VARGAS VILA

ANTE LOS BARBAROS

PEREZ ARAUNA

J. M. VARGAS VILA

ANTE LOS BÁRBAROS

EDICIÓN DEFINITIVA

EL YANKI; HE AHÍ

EL ENEMIGO

BARCELONA
RAMÓN PALACIO VISO, EDITOR
INDUSTRIA, 201 bis
1930

Imp. Ramón S. López.—Barcelona.

PREFACIO

Es un eco ya lejano...

muy lejano...

viene de más allá del Mar Atlante;

del mismo corazón de un Siglo Muerto...

y, en la Aurora del Nuevo Siglo, repercutió ese grito...

vibró sobre los pueblos despedazados...

en la Orgía de Victorias Miserables...

y, hasta en el propio corazón de la Tragedia...

siempre mi grito,

mi grito: ANTE LOS BÁRBAROS...

¿de cuándo data eso?...

fué en 1893...

que fundé en New York, mi Revista Ilustrada: HISPANO AMÉRICA;

en el propio campamento de LOS BÁRBAROS...

ante LOS BÁRBAROS...

contra LOS BÁRBAROS...

y, LOS BÁRBAROS, *oyeron mis clamores,* profetizando *los Crímenes que luego realizaron...*

la América entera oyó mi grito anunciador y denunciador, y ya no apartó mi nombre de esa CAMPAÑA CONTRA LOS BÁRBAROS;

yo, la inicié...

no tuve antecesores;

tuve sucesores...

con el hacha de mi Verbo yo les abrí esa trocha...

en el sendero que yo tracé, nadie iba adelante de mí;

todos los que han venido luego, se han visto obligados a seguir mis huellas...

eso ha lastimado la pretensión de muchos,

que no pudiendo borrarlas, se han conformado con escupir sobre ellas;

mi sombra los precedía...;

y, no pudiendo alcanzar ni avanzar esa sombra, la lapidaron cobardemente por la espalda...

yo, sentí, y siento aún, el zumbar de esos guijarros...

obligados por la inexorable ley del tiempo a marchar a zaga mía, que no les dejaba sendero virgen por recorrer, ni laureles primerizos por segar, en esa larga vía que poblé con mis clamores, los arroyuelos murmuradores, no pudiendo apagar la voz del torrente formidable, se conformaron con murmurar contra él, haciendo esfuerzos inauditos por igualar sus rumores...

me negaban y me imitaban...

como todos mis imitadores: los de mis novelas, los de mi Política, los de mi Literatura...

cuando hace treinta años, yo inicié esta

campaña, aparecí tan solitario, que cualquiera otro que no tuviera mi tesón o mi coraje habría retrocedido espantado ante esta Soledad...

de todos los que han venido luego a continuar esta Obra, los Jasones de la Tribuna, los Ulises del Periodismo, los Colones de la Diplomacia, no existían mentalmente aún...

los más jóvenes, no habían nacido aún, en el riñón de nuestras sèlvas bravías;

los otros, exprimían los pezones ubérrimos de las nodrizas, o picoteaban en los prados aledaños al hogar, por entre las vacadas pacíficas, a la sombra perfumada de los manglares en flor;

los mayores, ensuciaban las fojas de las Citolegias aprendiendo a deletrear...

de mis coetáneos, ninguno apareció al lado mío, ni cerca a mí en aquella Campaña Inicial, del antiyanquismo *en América;*

funciones de Diplomacia me llevaron a Roma en 1899;

y, en 1900, publiqué en aquella ciudad, en la Tipografía de Gaetano Pistolezzi, mi folleto: ANTE LOS BÁRBAROS;

ese folleto inició el despertar de un nuevo estado de conciencia en América;

el Peligro Yanqui, se diseñó claramente;

todo lo que se ha hecho y dicho después, derivó de ese grito mío, dado sobre las murallas romanas...

en 1903 fuí a New York; *y fundé allí a* «NÉMESIS»...

fué la cristalización de mi campaña antiyanquista, en el corazón de Yanquilandia...

el Crimen de Panamá tuvo lugar entonces;

y, yo clamé en «NÉMESIS», *tan alto, contra ese Crimen, que el Gobierno de Wáshington, volvió a mirar hacia mí;*

«Némesis» perinclitaba;

para salvarlo a él, y salvarme a mí, buscándome una salida honrosa, el Gobierno Liberal de Nicaragua, me nombró su Cónsul General, en Madrid;

desde entonces «Némesis» se publica en París;

la violencia de mi actitud, frente a la Política de los Estados Unidos, no ha cesado, ni ha cejado;

es toda esa campaña, hasta el final de la Guerra Mundial, la que aparece en este libro

. . . . . .

hacer la exégesis de él, aparecería trivial...

éste, es uno de los libros míos, que han marcado rumbo a la Intelectualidad de un Continente, y ha hecho cristalizar un estado de Conciencia, en la América pensante...

toda la Literatura y toda la Política antiyanqui de los últimos cinco lustros en América, emanan de las ideas, las teorías y las pasiones que forman este libro;

él, fué el álveo, del cual han nacido rumorosos y amenazantes, todos esos torrentes de Elocuencia, de Odio y de Justicia, que des-

cendiendo de la cima airada, han llenado con sus rumores, una vasta zona ideológica, trepidante de la más noble y agresiva Idealidad...

este libro, no contiene toda mi campaña anti-yanqui...

la continúo;

no me ha llegado aún la hora de sentarme a la sombra del Arbol del Silencio, contemplando la proyección de su follaje inmóvil extendiéndose sobre mí, como una mortaja sútil, suavemente perfumada;

no;

continúo en soltar las águilas de mi Verbo—las mismas de mi altanera Juventud—, y gozo en verlas volar, libres y vigorosas, haciendo sonoro el cielo, con la vibración de sus alas líricas...

no veo próximo el momento de suave pacificación, en que entrado en el valle asisiano de la Melancolía, no ame ya los grandes vuelos de mis águilas, y espere absorto de

beatitud, el canto del ruiseñor que en el diáfano azul, bate sus alas y canta sobre la soledad de una tumba, constelada de estrellas...

de pie, en todo el Orgullo de mi Fuerza, continúo en desafiar las borrascas, sin temor al rayo, que ha de reducir a polvo mi Corazón Indomable...

y con él, mi Ensueño de Libertad...

mi Unico Ensueño...

mi Vida, fué, un Combate por la Libertad;

y, hoy, acercándome al Ocaso de ella, siento el anhelo de combatir, tan fuerte, como en los días, ya lejanos, en que entré, por ese Pórtico Rojo, que fué mi juventud, a ese campo de todas las batallas, que fué mi Vida;

ya la Noche se acerca;

y, combatiré ante los ojos ciegos de la Noche, como combatí ante los ojos vírgenes de todas las auroras...

para nadie como para mí, fué más justamente dicho el decir de Séneca:

VIVERE MILITARE EST

vivir es hacer la Guerra;

y, pido al Destino, que, si he de envejecer, pueda, ya anciano como Héctor, tener en mi brazo la pujanza de Aquiles, y escribir con mi pluma, como el troyano con su lanza, el verso de Virgilio:

Pulchrum que mori sucurrit armis

¡Cómo es bello morir con las armas en la mano!...

y, más, si esa arma es una pluma.

VARGAS VILA.

Agosto 1923

ANTE LOS BARBAROS

Hora de las desolaciones, y, de las lamentaciones...;

ellas, llenan el Mundo, como gritos de profetas, sepultados bajo las ruinas de los templos, sobre cuyas murallas profetizaban...

murallas que se derrumbaron, como para aplastar con ellos, el horror de sus propias profecías;

ese gemido llena el mundo, con el rumor lamentable de un huracán, que solloza en el corazón de una vieja selva;

sordos están los cielos y la Tierra, para oír ese gemido formidable;

sordos y ciegos;

las manos de la Muerte, les tapan por igual los oídos y, los ojos;

y, hacen de ellos unos cadáveres más, entre los millones de cadáveres que empestan la atmósfera con un olor de entrañas en descomposición;

el Templo de la Justicia, está cerrado, y, la imagen de la Diosa, yace, rota en pedazos, al pie de sus altares;

el carro de la Misericordia, se ha volcado, aplastando en su caída, las últimas ilusiones generosas de los hombres;

montones de muertos, limitan los horizontes, como si la Eternidad no pudiera recibir en sus dominios, esta invasión inesperada;

nubes de cuervos velan las nubes de los cielos, ocultándolas a los ojos de aquellos que los ven morir...

la hora es de los grandes carniceros...

los unos se encargan de devorar, a aquellos que los otros empujan brutalmente al sacrificio;

ellos se alimentan de cadáveres;

cadáveres de hombres, y, cadáveres de pueblos;

es la hora de su festín;

¿quién consolará al Hombre sobre la Tierra, en esta hora de Dolor, en que todo, hasta las lágrimas, ha perdido su prestigio?

¡llorar!...

y, ¿para qué?

en ninguna hora de la Vida del Mundo, la inutilidad, y, la esterilidad de las lágrimas, fueron puestas más de manifiesto...

llorar, es, envilecer su dolor, y, el dolor de los otros;

hoy se llora tanto, que permanecer sin llorar, es una excepción;

el Dolor, ha envilecido al Mundo;

el Dolor y, la Muerte, son los únicos soberanos de esta hora...

llorar...

y, morir...

ésos son los únicos gestos que cumple el Mundo...

y, de ellos, sólo el de morir, es fecundo;

la Muerte, es inexorable, en su grandiosa misión de fecundar y renovar la Vida;

los hombres mueren, para que el Hombre viva;

el Patriotismo, mata al patriota, para salvar la Patria;

¡cómo la Vida es absurda!...

absurda y fatal;

durante medio siglo, el Mundo, no engendró hombres sino para el Sacrificio, y, las entrañas de las madres, no los parieron, sino para la Muerte.

Dios, ha desertado del Cielo, y, los hombres, no lo encuentran en ninguna parte, para pedirle Justicia;

espantado del Crimen de los otros, que es su propio Crimen, ha huído muy lejos, donde sus ojos no vean este campo de las desolaciones, y, sus oídos no oigan este gemido

formidable que se alza del corazón de la Tierra, castigada por él...

él, puso de nuevo la carraca del asno, en las manos de Caín, y volvió el rostro, para no ver el sacrificio de Abel;

huérfano de la Divinidad, el Hombre se halla solo; en manos de la Fatalidad...

solo, frente a su Destino...

y, el Destino se obedece; no se vence;

morir, es, el Decreto Inexorable del Destino, en este momento histórico, en que los dioses mismos, perecen ebrios de sangre;

el Horror, es uno como ser vivo, que ha tomado formas, y, mutila los hombres y, decapita los pueblos;

el Mundo agoniza, con las venas abiertas, sobre sus campos ardidos, al pie de sus dioses inútiles, incapaces de protegerlo, y, de vengarlo;

ahora, que las tinieblas de la Muerte, ciegan los ojos de la Humanidad y, le impiden mirar hacia la Vida;

¿quién dirá a la Europa en fuego, los dolores y, la agonía de la América Latina, asaltada y violada por un tropel de bárbaros, no menos codiciosos, ni menos crueles, que aquellos, que a la voz implacable del Destino, salieron de los silencios de la Selva Negra, con el designio de pillar y degollar el Mundo?

¿quién contará a la Civilización Latina, amenazada de morir, en Europa, el Calvario de la Raza Latina, pronta a desaparecer en América?

allí, la Odisea de la Barbarie, avanza amenazante;

allí, la Conquista avanza...; pero traidora y, silenciosa, como las aguas de una inundación en la Noche;

avanza, con los mismos caracteres de violencia implacable y de cólera asesina, que la que hoy devasta la Europa;

también allí se degüella a los pueblos, sobre los altares de sus dioses y, las cenizas de sus hogares;

también allí la Justicia es violada, y el Derecho no tiene otro refugio que los brazos de la Muerte;

también allí, el Dios de los vencedores parece ser más fuerte, que el Dios de los vencidos;

en aquella zona, donde hay una confluencia de razas antagónicas, enemigas desde el vientre de su madre, como los gemelos de la Escritura, se lidia la espantosa tragedia de Etocle y Polinice, y, en el silencio de las selvas, la carraca del asno hace en las manos de Caín, el mismo estrépito que en los bosques del Paraíso, en los primeros días del Génesis;

allí, los corceles del Despojo, piafan sobre campos vírgenes, que no son los suyos, y, el Mundo no siente el tropel de las hordas de Alarico, marchando redivivas en las montañas latinas, ni ve el rumbo de las naves de los piratas del Norte, que navegan fijos sus ojos en las estrellas del Sur.

Wáshington, apuñalea a Bolívar por la espalda; y roba sus tesoros;

los yanquis, se entregan al reparto y, al despojo de la América Latina, y, el mundo ignora este reparto hecho por los piratas de Cartago, creyendo en la derrota de Roma;

y, allí, la raza vencida, es la misma que resiste al vencimiento en las orillas del Somme, y en los desfiladeros del Carso;

y, sus hermanos de Europa, ignoran ese desastre, que no podrían por ahora, evitar si lo supieran...

el yanki, ha escogido bien la hora...

esta hora trágica y, crepuscular, en que nadie puede ir en ayuda de los pueblos que devora;

el yanki, ha explotado la guerra europea, como si fuera una mina...

ha engordado con la sangre que fecunda la Tierra;

pueblo sin corazón, él, no tiene sino vientre;

él, ha amonedado la sangre y las lágrimas de Europa, y, ha hecho de ese Infortunio, su fortuna;

pero, ese crimen de judíos avaros, no es el solo crimen, perpetrado por ese pueblo a la sombra de la guerra;

los mercaderes, se han hecho, merodeadores, y, aprovechando que los pueblos de Europa, combaten, ellos, roban;

el monroísmo, es, la consigna de ellos;

atracar, más que atacar los pueblos débiles;

ésa es la consigna de su cobardía;

mientras los pueblos de Europa mueren, ellos pillan;

ellos, prendieron la guerra en México, creyendo poder pillar entre las llamas de ese incendio;

retrocedieron asustados, cuando las hordas de Zapata y Pancho Villa, tan bárbaras como ellos, les salieron al encuentro, y, los

obligaron a buscar la Vida, más allá de las fronteras violadas;

su Cobardía, fué igual a su Osadía;

para vengarse de esa derrota de su codicia cayeron sobre Haití;

la Isla, verde y oro, los sedujo, como una joya caída de los cielos;

desembarcaron allí, se declararon amos de esa democracia turbulenta, de negros retardatarios, los fusilaron en las plazas públicas, los asesinaron en los campos, se apoderaron de sus aduanas, y, se declararon, amos suyos, aprovechando que Francia, su antigua Metrópoli, no podía ayudar a la Isla inerme caída bajo el escudo de Kir;

los merodeadores, meditabundos sobre el carro de sus conquistas, vieron que la mitad de esa isla no era bastante a su codicia, y miraron desde la frontera, la faja esmeraldina y luminosa, de valles y de montañas, la tierra próvida que se extiende hacia el mar: Santo Domingo;

vieron que ella, era tierra de promisión y de riqueza; y, cayeron sobre ella;

¿quién podrá defender la Isla gloriosa?...

la mano del bárbaro, la agarrota, y, la hace temblar bajo su peso;

la Europa, ahogada en sangre, no tiene tiempo, sino para llevar las manos a su herida.

¿España?

¡amada y gloriosa España!...

ella es nuestra madre, pero, no puede ya, ser nuestro apoyo...

le faltan fuerzas para ello...

sólo una nación, o un grupo de naciones jóvenes y fuertes, podrían salvarnos;

las naciones del extremo Sur de América;

eso, que ha dado en llamarse, el: A B C;

sólo esa constelación de estrellas, podría iluminar la noche del Continente;

es el tropel de los corceles de sus pampas, y, las naves que cruzan sus mares, los únicos que pueden detener el carro de los bár-

baros, y desviar la ruta de sus naves aventureras;

¿por qué permanecen ellos sordos al grito de la Raza, que muere?

¿no les importa nada la Raza, nada la Libertad, nada la República?...

en la reciente cuestión de México, dió la Diplomacia de esos pueblos, en los Estados Unidos, pruebas de una debilidad y de una ineptitud, rayanas en el prodigio;

muertos Julio Roca y, Sáenz Peña, que vivos vieron el peligro, y soñaron con afrontarlo y combatirlo, ¿no queda en la gran República pampera, un Político de talla, un Estadista eminente, un Hombre de Estado auténtico, capaz de abarcar la magnitud del problema, americano, y, buscar una solución victoriosa, a este alarmante y vergonzoso desaparecimiento de pueblos?

no quiero creerlo;

aun hay almas de héroes y de pensadores bajo aquellos cielos diáfanos de una azulidad

difusa y transparente y, en aquellas praderas verdes, que proclaman a gritos su fecundidad, para producir algo más que ganados y pastajes...

aun hay algo más que rebaños en esas pampas;

aun hay hombres;

el alma de la América, vive aún en el gaucho;

y, yo, gozo en evocar la visión de un Héroe, surgido de aquellos campos, para contener la ola de los bárbaros, que casqueados de oro, avanzan en oleaje, sobre el Serapeum de la Raza y de la Historia...

y, un día, llegarán hasta la pampa... si el tiempo no se encarga de probar, que San Martín, murió sin herederos, y, que su mano, fué la sola capaz de manejar una espada en aquellas latitudes, para la libertad de los pueblos;

¿y, Chile?

su plutocracia autoritaria, no ha dado has-

ta hoy el Hombre de Estado, bastante perspicaz, para adivinar la trayectoria, reservada al destino de su país, más allá de los mares y de los montes que le sirven de fronteras, y bastante audaz para ensayar un gesto trascendental, fuera de los diminutos y asfixiantes gestos de la política parroquial;

el Brasil, no ve o no quiere ver, la lenta invasión de búfalos, que viene de las riberas del Hudson, ese río paternal del Despojo y, del Pillaje, los dos gemelos nacidos de su seno;

el Hombre o el Pueblo, llamado a salvar la América en estos días aciagos de turbación y de perplejidad, no aparece por ninguna parte...*

ni hombres, ni pueblos trascendentales...

la Mediocridad, sin ojos para mirar el ma-

(*) Cuando este concepto vió la luz pública, la Grandiosa y Redentora figura de Álvaro Obregón no había aparecido en el horizonte de la América dominándolo con su Gesto Libertador.

ñana extenso y dominador, que naufraga tan cerca de ella...

esto llena de estupor y de incredulidad...;

esto llena el alma de pesimismo, sobre un tal conjunto de pueblos;

esta visión de caos, tiene los lineamientos insensatos de una alucinación;

es extraño;

parece increíble;

pero es evidente...

tierras apenas desfloradas y ya infecundas para producir un Grande Hombre, o un Gran Pueblo...

fíjese bien, que de grandeza moral y trascendental, hablo, que de grandeza material, yo, nada dije...

tales cosas, bastantes son, para hacer palidecer a un Hombre, sobre el cielo de sus visiones, y meditar con tristeza, sobre el abismo de las tinieblas, ante esta fuga de almas de pueblos y, de hombres que huyen de la Gloria...

¿dónde encontrar la Fuerza para defendernos, en este torbellino de fuerzas que nos rodea?...

* * *

En esos pueblos de América, que tal vez mañana no serán, sino una vaga nomenclatura en la Cronología de la Historia, hay un grado de inconsciencia estupefaciente, que sirve a explicar, ya que no a disculpar su abominable indolencia, ante el peligro real que los circuye...

¿es el fermento de la raza aborigen inerte y fatalista, el que los sume en este síncope de sueño en la Eternidad, que semeja una muerte real?...

yo, no sé lo que pasa en el corazón inculto de esas selvas de hombres, sobre los cuales, la palabra, no tiene ya poder, y, nada, ni el recuerdo de la Muerte puede despertarlos a la Vida;

y, sin embargo, lo único que hay heroico, lo único que hay grande allí, es la Muerte;

casi podría decirse, que es lo único que hay vivo;

toda grandeza se ha refugiado en el Pasado...

sólo los muertos viven...

sólo ellos hablan, con sonidos que los vivos no oyen, pero que eclipsan por su elocuencia, todos los gritos sin trascendencia, lanzados desde las tribunas de la Venalidad, en esa feria de pueblos...

la América, no está guardada sino por las tumbas de sus héroes...

y, ¡ay! ellos desambulan también, porque sus tumbas no son libres...

ellas son rehenes de la Conquista...

la de Bolívar, yace en tierra esclava del yanki, vendida, miserablemente vendida por un cacique bárbaro, por un Pretor analfabeto, que no sabe siquiera deletrear el nombre de su Crimen;

la de Santander, el «Hombre de las Leyes» yace entre hombres sin ley, en una patria mutilada por el yanki, su piedra tumular hendida fué por la espada de la Traición, coronada de laureles;

la de Morazán, yace en ese campo atrincherado de la Traición, que la hiena guatemalteca, cubre con su sombra fétida y, feral...

campo de yankis es;

las de Hidalgo y de Morelos, altas, como tumbas de águilas, no han sido aún profanadas...

grupos de héroes, montan la guardia en torno de ellas...

y, el yanki, retrocede ante estas tumbas inconquistables...

ese pueblo, tiene aún el recuerdo de sus Héroes, el recuerdo de su Obra magnificente, de Independencia y Libertad, que otros pueblos, en el colmo de la Degradación, no que-

riendo defenderla, se conformaron con venderla;

¿vendrá de México el Héroe, todo de Idealidad y de Verdad, que aprisionando el rayo de Damasco, incendie con él, el ramaje virgen de nuestros bosques, y, a la luz de ese incendio, no tan grande como la suya propia, baje hasta nuestros pueblos ayuntados y descoyuntados, y, amarre como Bolívar, su caballo vencedor, a las columnas de los más lejanos Capitolios de América, profanados por el yanki, o los pretores que reinan en su nombre?

¿será México el Pueblo Libertador?...

dejadme soñar a la sombra de mis banderas, vencidas...

* * *

Es esta hora trágica y sin ejemplo, la que escojo para la publicación de este libro...

él, sintetiza y, condensa, veinticinco años

de batallas verbales, al pie de un mismo Ideal...

veinticinco años de profetización estéril, sobre esas mismas murallas, ya medio derruídas y, en parte ocupadas... por los bárbaros;

inútil, estéril, como todo Verbo de Profeta, que anuncia el castigo y no lo evita...

relámpago que alumbra la boca del Abismo y, no impide al ciego caer en él...

inútiles fueron mis palabras, ante los pueblos ciegos, que no supieron sino insultarlas...

en plena guerra, hispano-yanki, yo dije la inutilidad del sacrificio, y anuncié que de la bella Isla disputada, no se haría nunca una nacionalidad independiente...

y, la Isla Heroica, no hizo sino cambiar de Amo...

la fatal Elena, cambió de lecho...

no dejando a sus defensores, sino el triste derecho de cambiar de idioma...

el sacrificio de Martí, estéril fué, y, no tuvo el Héroe Soñador, otro triunfo, que la suprema derrota de verse convertido en piedra...

y, dicen que en las noches, su estatua llora, sobre la tierra esclava...

yo, anuncié la separación de Panamá, cuando la inútil crueldad de José Manuel Marroquín, asesinando a Victoriano Lorenzo, estranguló en lo alto de la horca, la paciencia de aquel Pueblo...

un puñado de colombianos, arrancó después a Colombia esa estrella de su escudo...

y, esa estrella ha sido atraída fatalmente, hacia el sistema de las constelaciones del Norte...

yo, anuncié la Conquista de Nicaragua, y, la conquista fué...

y, como todos los profetas, fuí lapidado a causa de mis profecías...

y, ellas perdidas fueron, como tragadas por

la mar profunda o devoradas por la selva inmensa...

de esas profecías vencidas hago este libro...

es un tropel de gritos en la Noche;

de gritos encadenados...

voces vencidas...

los hombres y, los acontecimientos me vencieron...

estoy tristemente orgulloso de ese vencimiento;

mis derrotas, valen más que esas victorias...

ser vencido con la Libertad, eso es la Gloria...

vencer la Libertad, eso es el Crimen...

y, yo caí, vencido con la Libertad...

los gritos de ese combate forman este libro;

permanezco fiel a ellos...

fiel a ese Ideal, de mi juventud y de mi edad madura;

entro en la vejez abrazado a él...

espero el triunfo lejano de ese Ideal;

creo en ese triunfo, que mis ojos mortales no han de ver...

esperar es la forma más bella de creer...

yo, he matado en mí la Fe, pero no he matado la Esperanza;

ella canta en mi corazón...

Yo espero;

arrojo la semilla en el surco, y, espero el nacimiento del Sol, sobre los cielos remotos;

desde el fondo de mi Soledad, yo saludo el levantar lejano de esa Aurora.

VARGAS VILA.

I

La amarga desesperanza que los problemas insolutos de la política tormentosa y servil de nuestros pueblos, deja en las almas apasionadas y altivas;

la tristeza insondable que la crueldad de la vida, arroja sobre los espíritus luchadores, que han visto sus quimeras de libertad plegarse en el crepúsculo de sus sueños, como estandartes heroicos, desgarrados, que desaparecen sin rendirse, dejando solitaria el asta en que flamearon;

el espanto, que el bramido bestial de la multitud estulta, causa en el sagrado pudor de las ideas;

el asombro, probado ante el contacto de la vileza humana, que hace diluir en desprecio las cimas ríspidas de la más alta ambición;

el asco que inspira la lucha inevitable con la Envidia anafrodita, inconsolable y soberbia, ante la fecundidad prodigiosa del Genio;

la desilusión colérica de quien ha creído en el apostolado de la Palabra, en el sacerdocio del Pensamiento, y ve de súbito la Histrionía tribunicia profanando la cátedra, y el ara, y el santuario mancillados;

el desencanto de las almas que han visto la esterilidad de su vida, la inanidad de su sacrificio, la torpeza de su adhesión al culto de ideales, pisoteados por la multitud irresponsable y trágica—a un mismo tiempo augusta y vil—y que han sorprendido en la faz de ese monstruo, poliforme y rumoroso, la expresión de desdén estúpido que le inspiran los hombres superiores, porque ella no ama sino la mediocridad sumisa, que mira y no fascina, lame y no muerde, gime y no

ruge, acaricia y no desgarra... y ¡tiene miedo a la zarpa del león!

el desaliento invasor, la suprema desconfianza que caen sobre el ánimo , a la interrogación del porvenir, de la quimera formidable que se esboza en el fondo del Misterio;

la resignación al vencimiento, la nostalgia del ideal, todo eso que sume el alma en una quietud augusta y cineraria, y la envuelve en un halo melancólico de tristeza infinita, como la de las naves y los soles que se pierden en las lontananzas maravillosas de los horizontes marinos;

¡todo eso arroja el alma asombrada y vencida, en el reino inmutable del silencio!...

pero, el Silencio, no es la Vida;

el Silencio, es el sello de la Muerte;

la Muerte no combate;

sólo la palabra siembra la Vida; ella crea, ella vivifica, y ella salva;

el Verbo, es Vida;

he aquí por qué callar es un oprobio;

las esterilidades del Silencio, asfixian a aquel que vive en ellas;

el Silencio, no reina sino sobre la Muerte y la Desolación... es el sol de Pompeya y de Herculano; la brisa que agita las olas bituminosas del Mar Muerto;

es a causa del Silencio, que muere nuestro corazón y que los pueblos mueren;

es a la Sombra del Silencio que prospera el Mal;

el Verbo, es germen, y el alma humana es surco abierto ante nosotros;

sembremos en él, el germen de la Verdad y de la Vida;

el sembrador tiene el deber de la simiente;

sembrador que devora el grano y no lo siembra, mutila la Humanidad y defrauda la herencia de los hombres;

la maravilla de la Palabra es hecha como las auroras de los cielos, para esplender sobre la Vida;

la Tiranía se llama: Silencio;

la Libertad se llama: Verbo;

el Verbo es el rayo de la Divinidad, que brota de los labios del hombre, para herir la Iniquidad;

el Verbo, es el águila triunfal, que lleva la tempestad bajo las alas, y, desflora y, rompe con su vuelo todas las soledades del Silencio;

¡dejémosla volar!...

las cimas y, los valles espectantes, escuchan absortos la música lejana de ese vuelo...

¡paso a las águilas del Verbo!

II

Hay una palabra que condensa la Vida, y, la llena toda: el Deber;

y hay, para el hombre de pensamiento, a quien las multitudes están habituadas a escuchar, una forma indudable de ese deber; la de hablar alto y sin miedo, en las horas trágicas de la Historia;

la Musa divulgatriz de la Verdad, debe poseer su espíritu atormentado por la adivinación del peligro, inspirado por los dioses del prodigio, por la visión anunciatriz de la catástrofe, y debe fulgurar en los labios proféticos, y aletear en sus frases incendiadas;

su palabra, dominadora y sugestiva, como

una admonición, y un sortilegio, debe pasar como una oriflama conquistadora, por sobre las almas atentas y sorprendidas, mudas en esa hora de su revelación;

su frase, iniciativa como una caricia, magnífica como un crepúsculo, luminosa como un sol, debe vibrar sobre las multitudes, con el sonido augustal y grave, de una lira dórica, pulsada por la mano de un Profeta;

como una rosa de oro y púrpura, la palabra reveladora, debe brotar de sus labios prodigiosos;

como de una cornucopia mágica, toda la flora de la Elocuencia, todos los frutos de la Belleza y de la Verdad, deben fluir de su boca reveladora, hecha augusta, por la majestad del Verbo anunciador;

y su grito anútebo, debe sonar como una diana, en la calma somnolienta de los pueblos;

y debe ofrecer la linfa inagotable de la

Esperanza, al labio sitibundo de la Multitud, ardiente y pueril, exhausta de ideales;

y debe, como la figura del Cristo mitológico, proyectar la fiera mansedumbre de su virtud esquiva, sobre las ondas en furia, del incalmable mar humano, misterioso...

la caricia brutal de su Palabra denunciadora, debe pasar por sobre las muchedumbres, como una ala de fuego, y debe aplicar el beso sangriento de sus labios vengadores, sobre la máscara deforme del grande Enigma de Inconstancia y de Dolor: el Pueblo;

y su Verbo, embriagador y despótico, capcioso como un licor, vibrante como un Epinicio, debe sacudir la cabeza de esa Multitud—, fiera dormida — y, despertar en ella toda la brutalidad de sus pasiones atávicas, pasiones heroicas, salvadoras en la hora del peligro;

y, a su acento, los pueblos deben sentir la vibración sonora de una heroicidad ancestral vibrar en ellos, la levadura épica de genera-

ciones guerreras hervir en su sangre, el grito sonoro del combate subirle a la garganta, como una marea de grandes olas bélicas, mientras la Visión de púrpura y de luz, la radiosa visión de la Victoria, les arde las pupilas como un deslumbramiento;

tal es el deber de Hombre de Pensamiento, en la hora que precede a la Conquista;

y, los lustros son horas, en la vida de los pueblos;

y la hora de la Conquista ha sonado en América;

¡la hora fatal!...

. . . . . .

porque el momento es doloroso y solemne.

porque la caricia pérfida viene del Norte, fría como el ala de un halcón de la Groenlandia, disimulada y brutal como la garra de un oso polar;

porque los hijos de Jacob, llaman a su hermano y, le hacen señas a orillas de la cister-

na, desde la puerta de la tienda del mercader egipcio;

porque José, cándido, va hacia ellos, y, vendido será y hecho esclavo, y en esclavitud morirá, porque la ciencia de los sueños ha acabado, y la serpiente del mago no se retira ya al conjuro adolescente;

porque el lobo del Septentrión, ríe a los corderos del Sur;

porque las palomas acuden al grito del milano;

porque es la hora crepuscular, vecina de la Noche;

porque la Vida sería vil, si el culto del Deber no la llenara;

porque del Deber, lo sublime es el Dolor;

porque el Deber no sabe del Exito;

porque ha llegado la hora del Deber, la hora de la Palabra admonitriz;

y, es la hora del crepúsculo sobre los cielos; y de la Conquista sobre la tierra;

la hora en que los pueblos dormidos van a ser encadenados;

es la hora del grito en las conciencias;

es la hora de arrojar sobre los corazones la semilla de la Rebelión, del Heroísmo y de la Gloria;

es la hora del Sembrador.

III

¡Todo parece inclinarse bajo el ala formidable!

la cerrazón del horizonte aumenta el pavor de la hora trágica;

¡bajo el cielo lívido, el pájaro sangriento!

el águila imperial señorea sola, omnipotente en el espacio desolado... sus alas ocultan el sol de la Justicia;

y, el mundo tiembla, bajo las garras del ave carnicera;

no recuerda la mente de la Historia, otro momento de pavor igual;

el águila del Lacio, cubrió con sus alas toda la extensión del mundo conocido, pero

perseguida fué por los halcones furiosos de Cartago, por los cernícalos de Tartaria, por los pájaros negros del desierto, que en nubes tumultuosas, eclipsaron un día el sol de la Victoria;

y herida fué, y desplomada cayó de lo más alto de los cielos, y la tierra bebió su sangre, y se clavaron bajo sus alas todas las flechas de la derrota, todas, hasta la flecha del Partho fugitivo;

el águila anunciatriz de las legiones dominó el mundo, pero dejó un reguero de sus plumas, del Ponto al Eufrates, y de Sarmacia al Ebro;

y ¡asustada tembló un día! tembló ante el hijo de Amílcar Barca;

tembló ante la mirada del Cíclope;

aquel ojo formidable, brillaba como un sol de sangre, al día siguiente de Cannes;

y el Aguila del Sena, también cubrió con la sombra de sus alas el mundo sometido; y

su vuelo de *simoún* dispersó ejércitos y aventó pueblos, como arenas del desierto;

y con el sol que la Gloria hizo para ella la mañana de Austerlitz, vió huir despavoridos, ante el furor de su pupila roja, las águilas de Federico y las de Habsburgo, y la nube de aguiluchos emblemáticos de la heráldica sajona; con gritos de pavor, exangües, desplumados, como una bandada de gaviotas fugitivas...;

pero vencida fué a su turno, y acosada y herida en Badajoz y chamuscadas en Zaragoza las plumas ensangrentadas, y expulsada por el incendio de las torres y minaretes de Moscou, y azotada por la nieve en Beresina, y rotas las alas en Waterloo, y arrojada por la tempestad en un peñón abrupto, para morir allí, nostálgica y bravía, entre la inclemencia del cielo y de la mar, y la cólera implacable, la salvaje fiereza de un pueblo sin piedad;

¡hoy, no hay contrarios para el águila sajona en América!

los corceles alados de la Conquista, llevan por todo el Orbe conocido, su cuádriga incendiada;

y en este apocalipsis del Derecho, parece que arcángeles monstruosos, vuelta la faz a los cuatro puntos del horizonte, anunciarán en sus trompetas la ruina total de los débiles y el triunfo definitivo de la Fuerza;

las hordas adventicias del pillaje llenan el mundo, y los perros que lamieron la sangre de Jetzabel, aúllan en la sombra, cerca al cadáver insepulto de pueblos despedazados;

la nave de la Equidad humana, ha hecho naufragio;

arrojada fué sobre los arrecifes de la barbarie, como la galera de Cleopatra sobre las costas de la Táurida;

el siglo XIX reclinó en el seno de las edades muertas su frente cargada de desastres, y

murió en un estremecimiento de horror, en la derrota definitiva de todos sus ideales;

El sol del nuevo siglo se alzó sobre un horizonte cárdeno, mientras el rumor de pueblos esclavos o vencidos llenaba el espacio, semejante al grito de los seis mil samnitas, degollados en el Circo;

y el templo de Marte, con sus puertas abiertas sobre la colina sangrienta, preparó sus altares para nuevos sacrificios;

¡hasta llegar a esta hora de la sangre, a esta hora roja!

¡La hora del Terror y la Conquista!

IV

El Oriente fué la tierra escogida por la raza despojadora, para iniciar sus conquistas sobre la débil raza despojada, y las islas Filipinas fueron su primera víctima;

en el seno de sus selvas, como en el de la hembra de la Biblia, se libró el duelo formidable;

y el fuerte venció al justo;

el Archipiélago malayo fué como el vientre de Libia, el lugar de la tragedia;

allí, toda una nacionalidad, toda una raza, se vió próxima a desaparecer bajo el aluvión de la conquista;

las hordas de los bárbaros del Norte, aso-

laron, asesinaron, robaron los hogares de un pueblo entero, que sucumbió bajo el número, bajo las turbas ebrias de los voluntarios blancos y de los negros semi-salvajes de la *República Modelo*...

el silencio del horror cercó el Archipiélago incendiado, dónde en nombre de la Civilización, un pueblo ebrio de avaricia, como si hubiese visto abrirse ante él, el tonel que hizo locos los centauros, eclipsó la crueldad de los tártaros y el horror de las conquistas asirias, sembrando la desolación y la muerte, como los godos del Ponto Euxino, resuelto a tener la soledad por único testigo de su victoria...

y ¿Cuba?

¡agoniza aún entre las garras del águila también!

allí no hay un pueblo, sino una sombra;

desde que la independencia falta a un pueblo, se hace en el mapa un vacío;

aquel hueco sombrío, allí donde se hunde

la Grande Antilla, atrae nuestros ojos con la fascinación pavorosa del abismo.

Cuba, es como el vaso roto que arroja el Profeta en el camino de los pueblos de América;

es el hierro clavado en las entrañas;

sus llagas son nuestras llagas, sus dolores son nuestros dolores, y su hundimiento marcará el principio de nuestra desaparición.

Cuba, no puede acabar de renacer o de morir sin que nosotros, todos, nos sintamos vivir de su vida o morir de su muerte;

no puede ser extraña a pueblo hermano, los funerales de una nacionalidad desaparecida en medio a los festines de la fuerza;

¡oh Polonia del trópico! ¡oh Martí!

¡inanidad de un sueño generoso!...

. . . . . .

. . . . . .

el Africa fué también tierra de Crimen;

fué la Esfinge, en cuyos labios calcáreos sonó el pavor de la palabra trágica;

la virgen negra, la virgen tenebrosa, tendió sus labios de fuego al conquistador sajón, y sobre su seno de Isis insaciable y mortal, cayeron los hijos de Albión, cuyas cabelleras blondas, fingían rayos de sol en una urna de basalto;

y el suelo austral se hizo rojo de sangre humana;

y el grito que ensordeció a Caín, entre el ramaje de la fronda edénica, sonó violento sobre la selva africana;

y la República Boer murió degollada por Albión;

el fratricidio no conmovió a Dios;

la sangre de Abel no clamó a la Justicia;

el Mal es omnipotente y el Crimen es sagrado...

. . . . . .

y el leopardo devoró repúblicas en flor;

y pueblos libres expiaron bajo la garra potente;

y ante ese espectáculo de horror, la Eu-

ropa calló o aplaudió, cómplice o cobarde.

Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos proclamaron la grande hegemonía de su raza, que se cree destinada al dominio del mundo en virtud del *Derecho Divino de la Fuerza;*

ellos dieron la palabra de orden de la liga formidable: *los fuertes serán siempre los fuertes, y los débiles están llamados a desaparecer;*

y en virtud de este aforismo monstruoso, que como los cascos del caballo de Atila pasaba extinguiendo el germen del derecho en las llanuras sombrías asoladas por la guerra, fué la raza visionaria, la tremenda usurpadora, como una pantera hambrienta, ora en las selvas malayas cazando hombres amarillos, ora en el Africa Austral, destruyendo los hogares de un pueblo puro y heroico, religioso y bravío;

y ante este huracán de conquistas que por todas partes avienta pueblos y razas, y barre

los débiles como ramas secas de una selva, ¿qué hacen éstos?

¿qué hace la América Latina que es la presa codiciada por la Ambición, para el desmembramiento y la Conquista?

la América sueña o calla;

cuando se habla de Conquista sus hombres de Estado ríen... eso los libra del trabajo de pensar;

cada vez que un grito de angustia, una alerta cualquiera llega a sus oídos, ellos ríen...

y una prensa mediocre o venal les hace coro;

y es una carcajada homérica...

y los Sumos pontífices de la Histrionía, ríen de la Conquista;

y sienten que las uñas de la zarpa se clavan en el corazón del Continente, y ríen, y ríen...

y ven que los alemanes poseen casi todo el Brasil, que los ingleses velan la hora de llegar al Orinoco, que los americanos han to-

mado a Nicaragua y Santo Domingo, y nuestros hombres de Estado, ríen, ríen y ríen ¡oh hilaridad sagrada!

la prensa seria se ocupa por intervalos de este problema, pero una prensa tumultuosa y pueril, ahoga la voz del patriotismo;

se siente miedo de mirar al porvenir;

el *Carpe diem*, de Horacio, parece ser la divisa de los Gobiernos y de los Pueblos;

los grandes hombres y los grandes pensamientos parecen estar proscriptos del Poder;

en ese silencio profundo, en esa sombra impenetrable, sólo dos hombres pensaron alto y hablaron alto a la América indolente.

Eloy Alfaro, el espíritu de la Libertad hecho hombre, soñó con la resurrección de una gran nacionalidad, y llamó a la unión los pueblos de la antigua Colombia; y el silencio caviloso le respondió más allá de los lindes del Carchi y el tumulto de una soldadesca en delirio, apagó su grito generoso al llegar a las riberas incendiadas del Golfo Triste.

Julio Roca, que a más de un gran Caudillo fué un gran Pensador, ensayó algo trascendental y llevó si no la gran palabra al menos la grande idea a Chile y al Brasil y vió sus propios diplomáticos encargarse de denigrar en tropos de periodismo, la idea salvadora, y sintió que el beso del ridículo ensayaba desflorar su gran pensamiento y su gran sueño;

y el eminente hombre de Estado argentino, fracasó como el gran soldado de Pichincha, ante el miedo, la indolencia, la incurable trivialidad de los políticos de aldea;

y el pensamiento invasor avanza...

en Cuba hay un partido anexionista potente y dominador, una turba descastada en busca de un nuevo Amo.

Cuba es tierra y conquista americanas: *Vixit*, podrá escribir la Historia, como epitafio de aquel pueblo;

en Centro América, la idea de la nacionalidad desaparece por segundos;

en Nicaragua, algunos de sus más grandes

hombres, consideran ineludible la desaparición de la República y con una resignación, que tiene todos los caracteres de una traición, se preparan con la riqueza, un lecho donde pueda dormirse su bajeza; otros, extraviados por el *auri sacra fames*, ven con indiferencia la caravana yankee que va camino del Sur; otros, con una tristeza hebetada, aguardan la catástrofe...

el patriotismo alarmado vela;

la juventud y el pueblo se preparan a la defensa de la patria, y como el león de mármol de Lucerna cubre con el pecho y con las manos, el escudo paterno invulnerable...

Walker, proyecta otra vez su sombra aventurera sobre los lagos sagrados;

¡y Máximo Xerez, duerme en su tumba!...

las voces de Unión y de Concordia, se pierden en la obscura lejanía del horizonte, en la inmutable apatía de unos pueblos, y la vocinglería fratricida de los otros...

y mientras ellos duermen, en una indife-

rencia culpable, o se desangran en una lid homicida, la invasión avanza; la invasión rubia y astuta; el tudesco y el normando;

y en la bandera estrellada y en las alas de sus águilas, va escrito el lema formidable; la sentencia de muerte de una raza;

FINIS LATINORUM

V

La Verdad ha dejado de florecer sobre los labios inspirados;

el gran lirio albo se marchita y muere bajo ese viento de pavor, que hoy sopla sobre América;

el Miedo, centinela vil, guarda en la boca la palabra esclava;

la rosa púrpura, la frase ígnea, que brota de los labios en cólera, no tiene ya valor para nacer;

el anatema fúlgido estalla y muere sin eco, como el rayo sin fulgores en la tormenta polar;

sólo un himno, el himno de la victoria omnipotente, llena el espacio;

y se oye un rumor como salido de los ergástulos y el Circo, al paso del triunfador antiguo, como el canto de los vencidos esclavos, en torno a la tienda donde el jefe de los mercenarios, duerme harto de vino y de botín;

la embriaguez de la Victoria posee el mundo;

la América tiembla, ante el éxito coronado y sangriento;

la Victoria brutal, el Despojo vil, la Insolencia del bárbaro, marchan erguidas y soberbias llevando como séquito al mundo silencioso y asombrado;

así como el galo en pos del César, así como el númida uncido al carro del publicano de Arpino, así esclavo del Miedo, así va el Mundo;

estupefacta por la Audacia está la tierra en un momento de asombro;

despertada ha sido, despertada por las águilas, y tiembla de pavor;

conquistada ha sido por la Fuerza, dominada ha sido por el Crimen, y dobla la rodilla ante los bárbaros...

. . . . . .

ved la zambra en el campo de batalla;

ved los conquistadores victoriosos;

contemplad la odisea de ese pillaje;

al grito de libertad, se lanzaron sobre Cuba, sobre las Filipinas, sobre Puerto Rico, y las hicieron suyas;

se anunciaron como los hijos de Wáshington, y fueron los filibusteros de Walker;

cayeron sobre esos pueblos como el pie de un paquidermo, y aplastaron su corazón;

así agoniza entre sus brazos la República Cubana, la República Dominicana, la República Nicaragüense y la República de Panamá; así murió ahogada en sangre la República Filipina; así estranguladas por la mano amiga de los republicanos del Norte;

en Cuba la protección, conquista disfrazada; en Manila, la batalla, conquista declarada; en Puerto Rico la posesión, conquista tolerada; en Santo Domingo la ocupación, conquista descarada; en Panamá la intervención, conquista desvergonzada; siempre y doquiera la Conquista;

y a este despojo vil lo llaman: la Victoria;

y escritores, pensadores, diaristas de nuestra América Latina, noblemente engañados por el miraje lejano, han aplaudido este engaño pérfido, esta burla a la generosidad humana, este zarpazo de un tigre disfrazado de Tartufo;

y deslumbrados por la Victoria, se han convertido al culto de la Fuerza;

y así ¡se han empeñado en hacer creer a esos pueblos, en la generosidad de aquel coloso, en ponerles como modelo la *Gran República*, en pintársela como amiga y como hermana!

¡¡oh doloroso y funesto error!

él dará sus frutos; frutos de maldición y de CONQUISTA;

¿por qué no hacer ver a esos países lo que son en realidad esta raza y este pueblo?

raza voraz, enemiga y desdeñosa, pueblo inmenso, bastardo y cruel, insolente y despectivo hacia nosotros, con una idea monstruosa de su superioridad y una invencible idea de Conquista;

¿por qué no pintarle como es, este país heteróclito, orgulloso y dominante, que nos codicia y nos desprecia, turbión de razas aún informe y amenazante que va sobre nosotros?

¿por qué no mostrarles tal como es esta oligarquía poderosa, más que la oligarquía de los Eupatridas *aristocracia* moderna, salida del fondo de las minas de California y de las hulleras de Pensilvania, armada de cuarzos gigantescos, despreciando la grandeza de las viejas armaduras y de los muertos caballeros, vergonzosa de su sangre plebeya, orgullosa de su civilización monstruosa, de la be-

lleza tenebrosa, inquietante y viril, de sus vírgenes auríferas, mito deseado, vaso de oro en que van a apagar su sed los hijos de las viejas noblezas europeas, decrépitas y arruinadas?

pero no;

se les pinta como generosidad lo que fué ambición, como desinterés lo que fué emboscada, como heroísmo lo que fué pillaje y robo;

y en una horda opulenta, que regresa de la conquista, se les hace ver un ejército de héroes que vuelve de la victoria: *fama mendax;*

y esos pueblos lo creerán, porque el espíritu humano es ávido de fábulas, y así se hace de la Historia una conspiración contra la Verdad, como dijo José de Maistre, y así abre la Admiración el camino de la Invasión;

frente a ese error terrible y generoso, hay un deber inflexible e imperioso, el de decir la Verdad, toda la Verdad, a los pueblos de la América;

y ante el desenlace inesperado de aquella guerra (1) que cambió la suerte de los pueblos conquistados y *amenaza llevar el imperio de su fuerza y el tumulto de sus hordas hasta los mares del sur, al corazón de esos pueblos lusitanos, que viven cantando himnos al vencedor; sin temor de su salvaje violación;*

ante el avance fabuloso de la *bandera estrellada*, que ondea hoy, no ya a pocas millas de distancia, sino en las costas mismas del continente latino;

ante la llamada *teoría* imperialista, que no es otra cosa que la doctrina del pillaje, del robo y la conquista;

ante el Walkerismo oficial, o sea el filibusterismo yankee, proclamado y aplicado al Asia y a la América, en presencia del mundo sometido;

---

(1) La Guerra Hispano-Americana.

ante esas olas de fuego y sangre, arrojadas sobre los filipinos para ahogar su derecho a tener patria, su sagrada aspiración a ser libres;

ante la conquista simulada de Cuba, ante esta anexión solapada y cobarde;

ante el robo de Panamá, piratería insolente y falaz;

ante la ocupación de Santo Domingo, página de rapacidad sin precedentes;

ante la actitud de los papeles periódicos yankees, tan despectivos, tan ignorantes, tan agresivos para nosotros;

ante el pensamiento conquistador, que avanza como una ola, y crece y se hincha, en el corazón de aquel gigante;

ante el giro tortuoso que han tomado los acontecimientos,

ante la lúgubre visión del mañana amenazante;

ante tanta nube en el horizonte;

ante el tropel de aventureros, que marchan; callar es un delito;

es la hora trágica para los débiles; y debe anunciárseles;

el triunfo, cayendo sobre la fuerza como un torrente que engruesa otro torrente, lo ha hecho irresistible;

la Victoria ha hecho augusto el Crimen:

el apetito del monstruo se ha despertado;

el león no conoce otra enfermedad, que el disgusto de los alimentos, dice Plinio;

este león no está saciado, y su fiebre es de conquista;

es la hora nostálgica del bruto; ¡guay de los débiles!

ANTE LAS HORDAS DEL NORTE QUE SE APRESTAN A AVANZAR SOBRE NOSOTROS, demos el grito de: ¡Alerta!

los últimos de una raza destinada a sufrir acaso a la desaparición y a la Conquista, denunciemos el peligro;

y pongamos nuestra voz entre el pueblo

y la Conquista, como pondríamos nuestro cuerpo entre los invasores y la patria, si ese cuerpo pudiera detener un instante, siquiera un solo instante, la Victoria...

VI

Uno como soplo de tempestad pasó sobre la América;

el huracán de la guerra asordó el espacio, encrespó los mares, sepultó las escuadras, como las caravanas el vendaval de los desiertos, quebró un poder cuatro veces secular, desgarró la bandera de Lepanto, borró fronteras de reinos, hizo retroceder asombrados los tercios de Pavía, y a su conjuro formidable, se alzaron legiones de combatientes en una selva de esclavos...

temblaron a su paso las islas y los hombres;

en el incendio de la selva, el viejo león hispano huyó despavorido, y el águila salvaje persiguiólo, batió sobre él, las alas formida-

bles, desgarróle el flanco ensangrentado, desgreñó su melena encanecida, y tinto en sangre lo dejó partir;

y se fué... se borró su silueta enflaquecida en esas lontananzas incendiadas, en el crepúsculo gris de la derrota... mudo en el dolor del vencimiento... y su rugido, que tantos siglos repercutió en la Historia, no estremeció las selvas ni los valles...

sólo se fué el viejo león de los combates; y los cachorros que deja en América, se ocultan en sus selvas, asombrados, confusos ante el vuelo de las águilas;

y la bandera hispana, desapareció del horizonte americano;

y allí, donde extendía su rojo y gualda, señal de la Victoria, abren sus alas sangrientas, flámulas del combate, las águilas de Zaratoga y de Yorktown, señal de la Conquista;

¡lábaro de la Fuerza Vencedora!...

. . . . . .

. . . . . .

la Europa, vuelta de su asombro, de su pavor inmenso, herida en su orgullo con el despojo de su hermana débil, silenciosa y hosca, volvió sus ojos al Oriente, donde el oso del Cáucaso, velaba el letargo del hombre amarillo opiatizado;

y el águila del Norte, avergonzada de su lucha sin gloria, sedienta de conquistas, se resignaba apenas a plegar las alas, ansiosas de espacio y a cerrar las garras, nostálgicas de presas...

el reparto del Oriente, no la seducía;

no despertarán su apetito los miembros enflaquecidos de esos pueblos que duermen como faquires, en las faldas del Godjar, y en las riberas del Petchilí;

cuando hayan sido despedazados por otros, extenderá su vuelo desde el archipiélago malayo, donde colgó su nido; irá al festín de carne y se posará allí, silenciosa y hosca, sobre su presa escogida, con las alas extendi-

das y los ojos desmesuradamente abiertos sobre el inmenso y silencioso Oriente;

por hoy, no piensa en eso;

su pupila roja, se vuelve hacia el sur, que es su pertinaz visión;

es el país de su ensueño.

Cuba es tierra suya, Puerto Rico, Panamá, Santo Domingo son sus conquistas;

nada detendrá a ese pueblo en su camino de invasión; nada, sino la Fuerza;

un destino fatal e inapelable lo impulsa allá, y parece que oyera vibrar en el espacio las palabras de la Escritura: «date prisa al despojo, y apresúrate a la presa;»

los instintos brutales de su raza, lo llaman a la conquista;

son los hombres del Norte, los descendientes de los normandos, de los piratas del Báltico, que en las barcas de cuero cruzaron la ola negra, bajo el cielo brumoso, para dar principio al pillaje de los pueblos;

son los hijos de los teutones, que enterra-

ron en el silencio de sus selvas, las legiones de Varo, que hicieron la desesperación de Octavio, y asaltaron el Capitolio, con sus cabezas blondas, como un trigal movible, y sus ojos azules, llenos del estupor salvaje de sus montañas sagradas;

son los descendientes de los peores mendigos de Albión y de Germania, venidos en obscura emigración a América, hechos poderosos, y que hoy sienten vibrar en sí, todos los atavismos de su raza aventurera;

lo que pasó en Cuba, no fué sino el prólogo de un drama; la Conquista de América;

no fué una reflexión filantrópica, fué un odio etnológico, lo que levantó aquellas olas de fuego y de sangre, en que naufragó la independencia de dos pueblos;

no fué una guerra de dos países, fué un duelo de dos razas;

un pensador sajón lo dijo ya;

y el fracaso de la raza latina se acentúa;

todo es vencimiento, todo es ruina en tor-

no de esta raza, que parece herida por la cólera de los dioses, denunciada por el verbo de los profetas, tocada por la lepra de Lázaro;

¡Derrota y Decadencia!

. . . . . .

. . . . . .

algo más que el peripleo de Hannón, que las medallas de que habla el historiador, que los versos de Plinio, y el recuerdo de Aníbal, queda de Cartago;

queda su espíritu, encarnado en la raza sajona; queda el odio latente de las dos viejas razas;

Cartago, vive contra Roma.

Cartago, vence;

el triunfo es suyo;

hoy el mundo es cartaginés; sí, porque es Sajón;

hoy el alma latina está vencida;

nada puede el fantasma de Escipión;

todos los muertos de Zama están en pie;

los fenicios, rotos por Ciro, y los cartagineses, muertos por las legiones, se han rehecho y son los vencedores,

las ruinas de Tiro, se animan, con nueva vida, sin recordar el paso de Alejandro, y de la hoguera de Cartago, sale un cisne inmaculado, cisne con alas de oro.

Tyro, Babilonia, Capadocia, resucitan bajo otros nombres, Mercurio, el dios de alados pies, impera solo;

la India, el Sudán, Matabelan, Egipto, Dongola, Gibraltar, Malta, Manila, Hawáii, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Panamá, Nicaragua, tales son las grandes avanzadas de los modernos fenicios;

y el verso de Homero, que hizo llorar al romano, parece vibrar, no ya para un pueblo, sino para una raza.

Troya también verá su último día;

y el crepúsculo de ese día aciago, avanza ya;

los vencedores de Salamina, son mendigos

bajo el cetro de un Glencksbourg o esclavos bajo la cimitarra del Tártaro;

los campeones de Himera, no encuentran tierra donde posar el pie, y el último Hohenzollern, se une al turco para vencer a los armenios;

y los sajones, crecen, marchan, se dilatan, y uncen a su destino la Victoria;

tienen sus reyes en Escocia, e Irlanda, su *alma mater*, en Windsor, los retoños de su raza, en Berlín y Cristianía, sus abuelos en Copenhague, reinan bajo el cielo de Atica, tienen sus legiones en Egipto, en la India, en Africa, y los bastardos de sus pecheros y lacayos, tienen la garra puesta sobre América;

con tanta razón como Carlos V, pueden decir que en el Imperio de su raza no se pone el Sol, pues los primeros ojos, que lo ven surgir en el Oriente, y los últimos que lo ven ocultarse en el Ocaso, ojos sajones son;

el águila que se escapaba de las hogueras

en las orgías tirianas, cubre hoy con sus alas toda la extensión del globo;

nada detiene su vuelo majestuoso;

su aleteo formidable pone pavor en la conciencia humana, y una sola pluma caída de sus alas, basta para aplastar un pueblo;

raza soberbia y triste, soñadora y sensual, avara y cruel, va, bajo las banderas de Mercurio, conquistando el mundo, rapaz como los lobeznos de Sarmacia, astuta como las panteras de Sumatra;

libre ya de las neurosis semíticas que la agitaron en la antigüedad, más crueles sus atavismos de dominio, ya no crucifica los hombres, sino los pueblos, en las grandes veredas de la Historia;

ahí están, puestos en cruz, los tres últimos vencidos;

las águilas remolinean en torno a esos islotes de allende el océano, donde los pueblos conquistados principian su agonía;

y parten en obscura emigración;

¿a dónde van las águilas del Norte?

allá van en columna triangular a los bosques del trópico;

¡allá van!...

despertad los cóndores de Ayacucho ;

¡despertad los cóndores de Maipú!...

VII

Y nuestros pueblos duermen indolentes, en medio de su pompa florestal;

soberbios, descuidados, nada escuchan; ciegos por sus pasiones, nada ven;

el rumor de sus escándalos atruena sus oídos y el fulgor de sus hogueras les deslumbra las pupilas;

ocupados en forjarse ídolos, en la Ilíada interminable de las contiendas civiles, no alzan su cabeza poderosa, inclinada hacia la fragua formidable;

ensordecidos por sus querellas, por el rumor de sus disputas bizantinas *no sienten los pasos del Conquistador que avanza...*

y despertarán ante el Invasor, con la cándida sorpresa de los habitantes de Tarento, al ver la blanca aparición de las velas latinas, como la proyección de un vuelo de palomas, aparecer tras el Junius Lacinianum, el Promontorio Sagrado;

y el Conquistador avanza...

avanza en medio del silencio, como Escipión, a cuyo paso enmudecían los perros, cuando iba al Capitolio;

avanza, entre la inmovilidad o el miedo de unos gobiernos de la América del Sur, y la complicidad bochornosa de los anexionistas estipendiados, que viendo que por sí solos no tienen precio, señalan al invasor el camino, y le sirven de puente aunque perezcan luego, como la hija de Tarpeyo, bajo el escudo del Conquistador y el oro que les arroje encima, en pago de su infamia;

cuando los bárbaros, como las olas de un mar en cólera, se abalanzaban sobre el Lacio,

extraviados en la selva, las bestias feroces le servían de guías, dice el historiador;

y estas hordas del Norte, que van sobre nosotros, encuentran también bestias salvajes que las guíen;

los ambiciosos van a la cabeza de la Invasión, y reciben como Priscus, su imperio de manos de los bárbaros;

la Conquista los corona antes de devorarlos;

y el Conquistador avanza entre el silencio y el elogio de los pueblos latinos, indiferentes o abstraídos en el problema diario de su sociología parroquial;

y avanza entre la inercia, la incredulidad, la burla, de esos pueblos de nuestra raza, que armados del heroísmo de la muerte, no temen nada, ni su desaparición del globo;

es tiempo de despertarlos;

es tiempo de decirles que en este siglo el heroísmo es nada, y la fuerza es todo;

que el yelmo de don Quijote y su lanza enmohecida, no son ya armas de combate;

que los pecheros del Norte, han dado cuenta de los hidalgos de la Mancha;

que avanzan sobre sus nietos;

que el *proximus ardet Ucalegon*, el grito que despertó a Eneas, en el incendio de Troya, ha de vibrar sobre América;

que el Conquistador, veloz como Atalante, no se detiene;

que las manzanas de Hipómene, no estorban su marcha, porque él las lleva en las manos.

que en esas democracias nuestras, no hay para el criterio de este pueblo, sino turbas insurrectas, semi-bárbaras, agrupaciones de negros, aptas a la conquista;

que así lo dicen todos los días, a todas las horas, en todos los tonos, la prensa del país, indocta, es verdad, pero sincera;

que todo el poder, y el apetito de los conquistadores antiguos, reside en los músculos y el vientre de ese gigante sajón; que ya ex-

tendió un brazo hacia el Oriente y empuñó las Filipinas;

que el otro lo extiende hacia nosotros, y hace ya sombra la proyección de su mano sobre los pueblos del Sur;

los bárbaros van al Capitolio;

¿a dónde están los gansos divinos que perturben el sueño de esos pueblos?

¿a dónde está el Manlio dsconocido?

¿surgirá de las tinieblas?

¿se perderá la voz admonitriz como la de Casandra, bajo la maldición de los Dioses?

¿la indiferencia y el miedo devorarán al que grita, como las serpientes al sacerdote que extendía su mano impidiendo la brecha en la muralla?

eso no importa;

la hija de Príamo, fué arrastrada por la turba soldadesca, Laocoón fué devorado por las víboras marinas, pero la ciudad sorda, pereció en una noche, bajo el arado del fuego;

y en pos de sus profetas, va el fantasma de Ilión, ensangrentado;

ante el peligro anunciado, habrá quien dude y ría...

en la onda del cretinismo que sube al horizonte, todo es posible;

væ ridentibus...

. . . . . .

. . . . . .

y el águila del Norte eriza sus plumas y *mira* al Sur...

ya va a extender su vuelo...

Aníbal, niño, en las playas de Andrumeta, aprisionando una águila, la ahogaba contra su corazón, aunque le ensangrentara el pecho con las garras;

¡acaso la presentía como escapada de una legión, en el desastre de Zama!

nosotros, no podemos aprisionar el águila del Norte, y la presentimos ya, señoreando sobre el horizonte patrio;

cumplimos con señalar su rumbo, designándola al tiro del Arquero;

¡sagitarios de pampas y montañas, allá van las águilas del Norte!...

el último rey de los hérulos, habiendo prohibido que le anunciasen una derrota, no la impidió, ni la aplazó siquiera, y cuando el centinela, apuñaleado, gritó a las puertas de su propia tienda, ¡desgraciado rey! ¡desgraciados hérulos! las lanzas de los lombardos le traían algo más terrible que la derrota: la muerte;

en este trance supremo, cuando merced a la confusión y al desconcierto y a la espesa sombra que el estupor produce en la conciencia, el enemigo avanza silencioso, como los soldados de Brunswich, el escritor, como el caballero de Assas, debe dar el grito de alerta: ¡a mí, Auvergne! ¡he ahí el enemigo!...

aunque caiga después cubierto de dardos y bañado en sangre;

caer sin haber temblado, es la Victoria.

VIII

Procelaria de esta tormenta, ¿cuál la palabra de consuelo?

augur de la catástrofe, ¿cuál el conjuro a tanto mal?

profeta de la invasión, ¿cuál el remedio de escapar a ella?

¿qué dique levantaremos ante la ola de los bárbaros? así exclamarán las almas asombradas;

así nos dirán sonriendo, bajo su *espléndida máscula bilis* los apóstoles del yankisismo;

la Fuerza se repela con la Fuerza;

y *la Unión hace la Fuerza.*

Bolívar, dió la palabra salvadora, en los espasmos de la muerte, envuelto en las brumas augurales de su inmortalidad.

Unión, Unión, Unión;

así dijo el Genio moribundo;

unión de Méjico y de los pueblos de Centro América en una Gran Confederación;

unión, liga ofensiva y defensiva de los fragmentos de la Antigua Colombia, algo que levante en los mares del Sur, la sombra augusta de aquella visión imponente y grandiosa;

unión del Perú y Bolivia, las dos hijas gloriosas de Ayacucho;

unión de Chile y los pueblos del Plata;

unión por todo el Continente;

un Concejo permanente de esos pueblos y de esa raza, convocado por la Argentina, y residente en Buenos Aires, precisamente frente a esos Congresos Pan-Americanos, que la diplomacia pérfida reune periódicamente al llamamiento de la Nación Invasora;

convenciones y Tratados formales en que

esas repúblicas se comprometan a defender mutua y colectivamente, su Integridad y su Independencia, contra toda tentativa de anexión y de Conquista, intentada por yankees y europeos;

liga de fraternidad, liga de defensa mutua: *unguibus et rostro;*

un *Tribunal Arbitral*, permanente en esa misma ciudad;

la Gran Metrópoli del Sur, haciéndose el nido del alma latina, frente a la Gran Metrópoli del Norte, hecha, el nido sombrío del alma sajona;

las guerras internacionales conjuradas por el Tribunal Arbitral de Buenos Aires, sin necesidad de ir a mendigar justicia a la insolencia, o la mala fe, de Gobiernos europeos;

las guerras civiles suprimidas por la equidad de los gobiernos y el buen sentido de los pueblos.

PAZ *y* UNIÓN;

liga ofensiva y defensiva de todos esos pue-

blos, retoños del latinismo vencido, contra las invasiones crecientes de ese retoño soberbio del sajonismo vencedor;

liga de esos países contra la Invasión y la Extorsión, contra Europa y contra Norte-América;

admitir la invasión del Progreso y rechazar el progreso de la Invasión;

estrechar más y más nuestras relaciones diplomáticas y comerciales con los países latinos de Europa, especialmente con España y con Italia;

promover por todos los medios, la populosa emigración española e italiana, hasta mezclar, mejorar y cambiar las bajas capas de nuestros pueblos indígenas y formar ciudadanos laboriosos y conscientes, aptos para el ejercicio de sus derechos y prontos al cumplimiento de sus deberes;

hacer ciudadanos y soldados;

formar ejércitos permanentes, disciplinados y prepararlos: *Si vis pacem para bellum;*

las repúblicas del Africa austral, nos han dado el ejemplo;

a la unión, y a la previsión, debieron su fuerza y sus victorias;

ellas se unieron, ellas se armaron en silencio y se hicieron formidables, previendo al invasor;

y la invasión llegó;

por la unión, pudieron resistir, y por la unión pudieron combatir;

por ella acabaron con Jamesson, por ella tuvieron tanto tiempo en jaque las fuerzas fabulosas del Reino Unido;

¿qué no seríamos, qué no haríamos nosotros, mucho más fuertes, más numerosos, más aguerridos a la lucha?

la unión será nuestra vida;

paz y unión, he ahí el muro;

unión, he ahí el lema;

¿ideología? sea, pero generosa;

¿ensueño? sea, pero luminoso;

nadie puede obligarnos a pensar vil, ni a soñar ruin...

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

¿qué es imposible?

¿que esos pueblos anarquizados, divididos, rotos como las legiones de Perseo, sienten penetrar en ellos la muerte?

¡¿que están abiertos a la Derrota, a la Invasión y a la Conquista?

que el caudillaje los ahoga, los debilita y los entrega;

que allí no hay lugar para las grandes ideas, espacio para los grandes pensamientos;

que allí, no hay calor sino para la polémica local, ruidosa y estéril en su ruindad inconsolable;

que entre las recriminaciones del pasado, y las querellas del presente, nadie piensa en los peligros del lejano porvenir;

que en aquellos climas abrumadores, todo se arrastra y nada vuela;

que los cóndores emblemáticos han muerto;

que nuestro Símbolo de Victoria ha sucumbido;

que no hay el alma latina en América...;

¡mentira! ¡mentira! sofisma vil...;

no lo digamos, no lo pensemos siquiera, bajo las miradas del águila que otea;

aunque así fuera, deberíamos ocultarlo y recordar a la América su alma salvaje, para que escapara por el suicidio, del horror de la cadena;

la mujer de Asdrúbal, apuñaleando sus hijos, y arrojándose con ellos a las llamas, de lo alto del Acrópolis, fué como el alma de su patria, escapando por la muerte del horror de la Victoria, y de la suerte de Corinto;

¿que allí no hay unión, ni fuerza, ni pueblos, que organicen una sabia resistencia?

¿que no es posible salvarse?

¿que un fatalismo musulmán, prepara aque-

llos pueblos a la esclavitud y a la Conquista?

está bien;

entonces que esa América duerma en sus orgías de sangre, y lama como un lebrel, los pies de sus señores;

los bárbaros velan... y ellos la despertarán...

pueblos que se duermen en la Esclavitud, despiertan en la Conquista;

la América del Sur, despertará pisoteada por los hombres del Norte, y no se oirá siquiera su grito al perecer bajo el tacón del invasor;

y después de haber deshonrado la Libertad con sus escándalos, deshonrará la Esclavitud con sus bajezas;

y los que le anunciaron la hora trágica, morirán lejos... ¿de dolor? no, de vergüenza...

el dolor, es para el infortunio inmerecido;

la vergüenza, para la infamia consentida;

ellos, que se creían concebidos en la ma-

triz de una leona, resultaron ser los hijos de una liebre;

y ocultarán lejos, el dolor de su derrota, ya que no podrán ocultar la vergüenza de su origen;

¡pero, no!...

la América no perecerá así; ella se alzará y velará;

ella defenderá como leona la frontera del desierto.

Bolívar, San Martín, Hidalgo, Morazán, no fueron hombres, fueron pueblos;

y esos pueblos viven;

son cóndores que duermen en las cimas;

ellos despertarán, centelleando en el peñón, la pupila somnolienta, enarcando el cuello rojo, como la llama de volcán, y extendiendo el ala negra, pabellón de la Victoria;

esperan la llegada de las águilas;

¿que traen sangre en las garras?

ellos conocen esa sangre, porque desgarraron primero el vientre de ese león;

¿avanzan las águilas?

habrá choque en el aire y en las peñas, gritos de guerra, nubes de plumas desgarradas, sonidos de alas rotas, desbandada de águilas que huyen...

¡salve América!...

tu serás libre, mientras quede un cóndor sobre tus cimas;

¡despertemos los cóndores bravíos!

¡las águilas avanzan!

¡al ver los centinelas del desierto detendrán el vuelo!

ellas no temen al deshonor, sino a la Fuerza;

seamos la Fuerza.

Alejandro, arrastrando la Pitya por los cabellos, hizo hablar a los dioses: *nada te resistirá, hijo mío;* dijo la Pitonisa profanada;

seamos fuertes y arrancaremos la palabra de la Victoria, de la boca del Oráculo;

y haremos hablar al dios éxito para nosotros;

la Fuerza esclaviza la Victoria;
seamos fuertes;
así, no seremos nunca esclavos;
seamos fuertes...

IX

El peregrinaje devastador de la Conquista no detiene su marcha;

va por entre los granos magníficos y los campos florecidos, tronchando las espigas del derecho, sembrando la esterilidad en los llanos arados por sus garras de pillaje;

los pueblos en un espanto de agonía, apenas si alzan sus frentes de larvas, hundidas en la tierra para verlos pasar;

y no ven la Muerte, que llega, sino al resplandor de la espada que cercena sus cabezas;

un gran silencio, grande como el de una mar ante los náufragos, parece escuchar la

majestuosa voz evocatriz, que puebla el horizonte con la pesada gloria rítmica de las grandes evocaciones;

el vértigo de la gloria no pasa ya sobre los corazones trágicos;

los herederos de las grandes epopeyas, no saben resucitar de entre el lodo sangriento, la sombra de aquellos grandes victoriosos, que se alineaban para morir, ebrios de gloria, al sonido de las fanfarrias épicas, que sonaban sobre sus cabezas transfiguradas, como el himno luminoso de una tempestad de prodigios;

degenerados, enervados, se debaten en las tinieblas, sin acertar a salir de la angustia, por las puertas del esfuerzo;

su enervamiento poderoso es cuasi la apoteosis del marasmo;

las palabras sonoras y grandiosas, no dicen nada a sus corazones atrofiados;

¡la Gloria! es que dice algo a sus oídos

ese vocablo, intraducible y cuasi extraño a sus almas nostálgicas del yugo?

las visiones radiosas, apoteósicas de heroísmos antiguos, ¿no dicen nada a sus pupilas turbias, obscurecidas por el llanto del esclavo?

¡nada, nada!

nada despierta los cóndores, que duermen con las alas rotas, sobre los estandartes vencidos;

nada;

y las águilas llegaron, llegaron de mares muy remotos, poblados de maravillas, y posadas sobre el pecho de los pueblos inertes devoraron su corazón; su cobarde corazón que no había sabido ni latir para la Libertad, ni ofrecerse a la Muerte, en el amor heroico de la Gloria;

ahora que el Conquistador avanza, mutilando los pueblos que vence, insolente y feliz entre la turba de libertos, que baten palmas de victoria, delante del carro vencedor, ¿qué

dirán aquellos profetas de la Servidumbre, que rieron al anuncio de los profetas de la Libertad que anunciaban la aparición terrible de los bárbaros?

¿qué dirán de la miseria infinita de sus mentes sin vuelo, y de la enorme estulticia de sus palabras sin portada?

¿qué dirán?

¿conservarán aún adeptos en presencia del mentís que los bárbaros les dan, golpeando con sus picas, sobre sus cráneos sin pensamiento y sobre sus corazones sin valor?

¿qué actitud guardarán en presencia de la derrota que los acontecimientos les infligen?

la infatuación del sofisma les cerrará los ojos, ante la sangrienta lección que los hechos terrificantes y sangrientos les han dado?

ese contagio bélico, que gana todos los poderosos, y resucita las orgías de sangre, la saturnal de las hecatombes, que parecían cerradas para siempre;

esos gestos sangrientos del furor humano,

terribles gestos de barbarie, que hacen recular asombrada la pobre piedad consoladora, relegada a los limbos del olvido, ¿serán hallados bellos por estos indigentes de la mentalidad, por esos terribles acéfalos de la venalidad, cuya miseria intelectual se ejerce en trazar eternamente una curva ignominiosa en el vacío?

tal vez;

voluntariamente ciegos o ignominiosamente serviles, continúan en negar la amenaza que se alza formidable ante la clarividencia y la lucidez trágica de los grandes visionarios;

. . . . . .

. . . . . .

¡oh, pueblos de América! ¡la hora ha llegado!

las hordas mercenarias que devastan la tierra han llegado hasta vosotros;

no se detendrán;

marchamos a reculones ante ella, por un

llano sin senderos, ante un horizonte iluminado de relámpagos;

el movimiento de devastación avanza;

o armarse ante él, o sucumbir bajo él;

he ahí el dilema.

X

Porque de agotamiento en agotamiento, de falta en falta, fueron ciegos al abismo;

porque mandamiento tras mandamiento, gloria tras gloria, heroísmo tras heroísmo, todo lo violaron, y lo olvidaron todo;

porque sometidos fueron y dóciles se prestaron a la sumisión y al yugo del amo mercenario, que encadenó su cobardía;

porque vencidos fueron, vencidos hasta en el corazón protervo, y de su vencimiento hicieron gala y de sus coyundas fingiéronse diademas, y rieron y gozaron en la servidumbre, como esclavos ebrios, que huelgan en jocundia, para diversión del amo;

porque deshonraron la esclavitud amándola, y fueron voluptuosos del azote, y pobladores del espanto hicieron concierto con la cadena y acuerdo con la muerte, para esperarla en holgorio y alegría, felices de ser hollados;

porque con labios tartamudos elogiaron la iniquidad y en lengua extraña insultaron la virtud, y verbo de servidumbre fué su verbo;

porque el guijarro, pronto fué en sus manos a la lapidación de sus profetas, y la piedra de la honda hendió los aires para herirlos;

porque en esas manos florecieron las rosas monstruos de la adulación, cuando los amos vinieron;

porque como hembras de serrallo, se afanaron en tejerles coronas, y se tendieron ante ellos para ser violados;

porque su fortaleza, si la tuvieron, arrancada fué, y hollada fué, como flor caduca,

que el torbellino trastornador dispersó en polvo, sobre el valle estéril;

porque todo lo que en ellos era corona de gloria y diadema de hermosura, desapareció, como frutas de la vendimia, castigadas con turbión de granizos, y ahogadas en aguas recias que salen de madre;

porque hicieron ídolos de los hombres, y adoraron la esclavitud;

por eso heridos han sido los pueblos de la América;

¡heridos de gangrena moral!

¡y mueren de ella!

. . . . . .

. . . . . .

y he ahí que el cielo de las misericordias cerrado está sobre sus cabezas;

y como un viento recio, en día de solano, el dolor y la desolación pasan sobre ellos, como soplo de exterminio, castigador de iniquidades;

y desde las riberas de los ríos, a lo alto de

los montes, el sol no alumbra sino espaldas inclinadas, rotas por el azote, y cabezas de varones, dobladas ante los amos enseñoreados sobre los pueblos;

y como sombra de la noche, priva el silencio sobre la tierra triste, con la garganta llena de gemidos y los flancos repletos de dolores;

y como en el valle de la Visión, la sombra de la cólera oculta, todo lo torna en espanto;

¡y el corazón tiembla oyendo!

y el alma se espanta viendo;

. . . . . .

. . . . . .

y cuándo, ¡oh! ¿cuándo terminará la iniquidad?

¿volverá la voz a los pueblos, la fuerza al brazo, el corte a la espada, el valor ante el arco entesado, y el coraje y el amor de la batalla?

¿cuándo quebrantada será la Ciudad del Error, y quebrantada y puesta en polvo la

muralla, dentro de la cual los prevaricadores prevaricaron, la tierra fué mentirosa, el ánimo cobarde, el labio falso, el corazón del hombre, bajo y vil?

¿su gemido se hará cesar, y de lo postrero de la tierra salmos de gloria oiremos?

¡es tiempo! ¡es tiempo!...

de lo contrario, *el cantar de la conquista cantará sobre esos pueblos...*

y, extrañados vendrán de tierras lejanas, instrumentos de oculto furor para destruirlos;

y, como asolamiento omnipotente, caerán sobre ellos;

y, en vano henchirse han de terror y enojo, y ardor de ira han de sentir, porque tornados serán en soledad, y *arrancados del haz de los pueblos libres;*

murmullos de multitudes ávidas y, de naciones congregadas suenan ya hambrientas de devorarlos y furiosas de barrerlos de la superficie de la tierra;

y, del Támesis, y del Rin, y del Hudson, *partirá la altivez de los hombres blondos para abatirlos;*

y, como corzas amontadas, como ovejas sin pastor, sucumbirán ante ellos y caídos serán y atravesados a espada y a cuchillo;

y, el sajón, como el medo antiguo, no tendrá misericordia de fruto de vientre, ni perdonará a hijo nacido;

y, las águilas que hacen sombra sobre la tierra, caerán sobre ellos;

y, devorados serán;

y la luna, y el sol se avergonzarán de haberlos alumbrado, cuando caigan para no levantarse y atados por sus propias manos, hayan ido al invasor, temblando de bajeza;

y, hollados hasta en el polvo, cansados de deshonrar la Vida, irán con pasos menesterosos a deshonrar la Muerte...

Væ Victis...

XI

¿Cuál es el peligro de la América Latina?

EL PELIGRO YANKY;

alguien, desde lo alto de sus soberbias demencias, denunció al mundo occidental: *el peligro amarillo;*

y, la Europa se prepara contra él;

esas olas de tártaros feroces, que cayeron el rostro contra el suelo en los fangosos llanos de Mandchuria, fueron algo más que las vanguardias de la desolación y del pillaje, fueron las avanzadas de una raza, marchada a contener la invasión silenciosa de otra raza adventicia que despierta;

fueron la primera muralla, que Europa

desconcertada y vencida, quiso alzar ante el Asia vencedora;

esos esclavos armados, bestias de pasividad, que cayeron así en montón informe, los puños alzados contra la suerte adversa, al pie de los muros negros, y las fachadas centelleantes de oro, de los grandes templos mongólicos, fueron la primera cosecha que el miedo de una raza amenazada y, decrépita, ofreció a la hoz segadora de una raza resurgida, que avanza con el esplendor cegador de un *sol levante;*

en ese mar de sangre se ahogó la rebelión de un crepúsculo, contra un cielo oriental, resplandeciente de auroras;

. . . . . .

y, he ahí cerca de seis lustros, que vengo anunciando a los pueblos de la América latina, EL PELIGRO YANQUI;

y, con sus oídos, sordos por el rumor de sus vociferaciones, ellos no oyeron;

y, con sus ojos turbios por brumas de esclavitud, ellos no lo vieron;

desde la soledad de mis dolores, y, de mi ostracismo, sobre las playas del infortunio y, del destierro, por todos los climas donde la tempestad empujó mi barca, mi grito anunciador, y, denunciador no se ha callado...

dondequiera que he puesto el pie, he hecho tribuna de las tablas de mi barca, rota por los naufragios, y, desde ella he anunciado a la América Hispana, la llegada de los bárbaros...

y, ella no me oyó;

y, los bárbaros llegaron;

ellos han quitado los más bellos florones a la corona secular de la latinidad vencida y, dispersa en las selvas del trópico;

ellos han invadido a México, aprisionado a Cuba, a Haití, a Santo Domingo, conquistado a Puerto Rico, y despedazado a Colombia, y, cometido el robo audaz de Panamá...

el águila azteca tiene ya una ala rota y, aprisionada en el pico del águila sajona;

la *Estrella Solitaria*, cautiva cayó, como un pez dormido, en la red de oro de aquellos pescadores de pueblos;

las turbas hambreadas y, esqueléticas que en diaria y, dolorosa emigración, dejan cada día las costas de Puerto Rico, anuncian al mundo, cómo la raza invasora y, rapaz, persigue, aniquila, y, destruye la pobre raza vencida, que se les entregó allí como un rebaño;

la ironía cruel del insulto, responde al gemido de los que, debatiéndose bajo esa maza de Hércules, osan reclamar el derecho sagrado de la Vida, al derecho brutal de la Conquista;

¡pobres pueblos vendidos, no vencidos!

¡tristes fragmentos de patrias despedazadas, y, repartidas en pública almoneda!

los mutiladores de México, los espoliado-

res del Istmo, tienen el cuello de la América prisionero en esa tenaza formidable;

y, continúa apretando, y, estrangulando a esos pueblos, que se debaten prisioneros en ese círculo de hierro, amenazando su existencia efímera, que despojada de la fuerza, parece no tener una sombra de derecho para cubrirse;

¿cómo alzarnos, cómo organizarnos, cómo defendernos, ante estas avanzadas de hoy, débil anuncio de las que vendrán mañana, para despojar, anonadar, y, extirpar nuestra raza vencida, sin fuerza y sin cohesión?

¿cómo prepararnos para resistir y para vencer ante esta alba profunda—alba de sangre—ante este enigma de fuego que nos cerca, poniéndonos el pavoroso dilema de: *Luchar o abdicar; Vencer o desaparecer?*

no es posible otra solución;

¡vencer! y ¿nuestra debilidad?

pero, ¿por qué somos débiles?

porque estamos aislados, disjuntos y dispersos;

y así, extraviados, divididos, diseminados como tribus aventadas por el huracán de una maldición bíblica, somos un campo abierto a la conquista; y con los ojos cerrados ante el abismo, nada pensamos, nada acordamos, nada hacemos para organizarnos ante la invasión de los bárbaros, para repeler a Atila y Alarico, o para escribir con nuestra prudencia páginas de previsión, antes de desaparecer, escribiendo un poema rojo de heroísmo estéril, ante la obra inexorable de devastación que viene sobre nosotros;

¡el dolor tiene admoniciones trágicas!

inclinados sobre el abismo, como sintiendo el encanto del vértigo, los pueblos de América, parecen no escuchar las advertencias del Destino, cuando la lanza de los bárbaros se ha clavado en su corazón;

¿cómo no oír los toques de clarín de la

conquista, que compendia toda nuestra vida en su siniestra vibración?

PREVER O DESAPARECER; he ahí el dilema;

y ¿cuál es la palabra de la Previsión? Unión;

unión de esos pueblos, todos bajo el estandarte glorioso de la raza;

unión estrecha y fraternal de los pueblos todos de la América Latina, hasta hoy ferozmente encelados y dispersos;

unión de esos países con la Madre Patria, unión estrecha y filial ante el espanto y el peligro, frente al furor y al odio del contrario;

aproximación a la Italia y a la Francia, las dos hijas mayores de la raza;

como una continuación del Congreso Hispano-Americano, reunido en 1900 en Madrid; convocar un Congreso Ibero-Americano, para reunirlo en Buenos Aires, Santiago de Chile o Río de Janeiro, con diputados de España y la América española, *exclusivamente*, sin mez-

cla exótica con la raza invasora y voraz, como ha sucedido en esos congresos Pan-Americanistas, ideados e impuestos por el yanki y secundados por nuestros políticos intonsos y pueriles;

invitar a ese Congreso a los publicistas y periodistas que en Francia y en Italia secundan y defienden el pensamiento de esa unión;

promover de una manera ordenada, constante y pertinaz el movimiento de una grande emigración española e italiana hacia nuestros bosques ubérrimos y nuestros llanos desiertos;

y, para ello dar nuevas y, generosas leyes de emigración, que no conviertan en parias desventurados a aquellos que van hacia nosotros, en busca de trabajo y, de fraternidad;

a la diplomacia, protocolaria, apolillada y, vacua, suplirla con una mejor organización consular, activa, ilustrada, conocedora de las necesidades comerciales, industriales, y agrícolas de esos países y, los de aquende el mar;

dar por medio de tratados comerciales y, de nuevas leyes aduaneras, las mayores franquicias posibles al comercio de España y, los otros países de Europa, hasta *boicotear* y, colocar en una inferioridad marcada, el comercio yanki, que tiene acaparada hoy más que nunca las mejores plazas de nuestra América;

promover con el intercambio de productos, el intercambio de ideas, y, unirnos por los intereses, por el cerebro y, por el corazón;

aliarnos, es decir, amarnos y, ayudarnos,

unirnos, es decir, salvarnos;

he ahí la obra;

trabajar por ella, y, en ella, es la única obra digna de los pensadores y, de los hombres de Estado, de todos los conductores de conciencias, en esta época menguada en que todo se empequeñece, hasta los más altos ideales, y, en que entre la polvareda de una ruina total, nuestros pueblos parecen haber perdido todo: hasta la conciencia de la Vida;

es necesario no consentir en esta muerte social, en este desaparecimiento lento de la raza, en esta total abdicación de los corazones, en este envilecimiento de las almas, que no muestran ante el peligro, sino el ineluctable horror de una absoluta indiferencia;

es necesario reaccionar contra la inercia suicida de esos pueblos, que renunciando a las justicias humanas, parecen esperarlo todo del milagro, y, sólo traen con su marasmo, un acrecimiento mayor de sus calamidades;

es necesario arrojar al abismo el hacha ya mellada de las ideologías, e ir directamente a la acción;

nuestros invasores son los zorros escapados de los arenales de Cartago; nosotros somos lobatones, de los del Lacio y, cachorros de los leones de Castilla; sepámoslo probar;

frente a los mercenarios de Amílcar, alcemos la sombra de Escipión;

. . . . . .

es necesario combatir el yanki, o declararnos francamente sus esclavos;

to be or not to be;

pero, en caso de decidirnos por la esclavitud, tener siquiera el valor de proclamar altamente nuestra infamia;

y, probar claramente al mundo, que los leones de Castilla no dejaron descendientes en nuestras selvas, donde manadas de orangutanes bélicos, se dejan domesticar, apretando entre sus manos de palmípedos venales, las bellotas de oro que los conquistadores les arrojan, y, alzando al viento sus colas, como estandartes de victoria;

¡la triste victoria de la animalidad doméstica por la Fuerza!...

anticiparse a la derrota, es el triste recurso de los pueblos que no merecen ni el honor de ser vencidos.

Luchar o abdicar.

Vencer o perecer.

Unirnos o morirnos.

La Unión o la desaparición;
he ahí el Inexorable dilema;
es necesario escoger;
escojamos...

XII

Yo amo el heroísmo, más allá de los límites del Amor;

¿por qué amo yo tanto el heroísmo?

¿será la sangre de mi raza, que me grita en lo más hondo de mis entrañas, largos gritos reminiscentes, de heroísmos que son idos?...

¿será la voz de mis antepasados, «esos muertos que no mueren», lo que grita en mi soledad, grandes gritos de revancha?

¿será mi antecesor del lado materno, que cayó muerto sobre una cima caucana, combatiendo al lado de Cabal, en los días de la Guerra Magna, que me habla de su heroísmo

olvidado, borrado en las perspectivas del tiempo, como un paisaje nocturno en el corazón traidor de las tinieblas?...

¿será la sombra augusta de mi padre, cuya vida fué un poema armonioso de batallas, y, que se durmió rendido bajo un manto de victorias, en una tierra, en que empezaban ya a agotarse los laureles?...

¿serán ellos, que me hablan desde el fondo de sus tumbas, a donde arrullan músicas marciales?...

¿será el recuerdo que canta en mi corazón, un poema de adolescencia heroica, ya muy lejano, cuando mi mano de niño, se fatigaba al peso de una espada?...

yo, no lo sé...

pero, cuando oigo los héroes combatir tan lejos, los veo caer tan lejos, morir tan lejos... enloquezco de angustia, y, llevo la mano al flanco, buscando la empuñadura de una espada, y, no hallo en mis manos, sino mi pluma; esta pluma que hace treinta años, com-

bate por la libertad, sin rendirse a nada, ni a nadie, sin fatigarse nunca, sin venderse jamás...

¿qué hacer de mi pluma heroica, vencida por los acontecimientos?

saludar con ella, los héroes que caen... los héroes que mueren... los lejanos héroes, de las sangrientas batallas, perdidos en el crepúsculo de pueblos que agonizan, lejos de un mundo que no ama esa belleza, que hace el silencio en torno a esa belleza;

a la belleza augusta de ese gesto...

Gesta Dei per Homines...

el gesto de los Héroes, a las riberas del río taciturno de la Muerte, que retrata un momento sus sombras, en el espejo ilúcido de sus hondas sin brillo, y las lleva después, suavemente, dulcemente, obscuramente... al Silencio y al Olvido.

Silencio cruel;

injusto Olvido;

¿no veis cómo ellos empiezan a envolver

ya en su sudario de melancolías, a los héroes, sobre cuyas tumbas mal cerradas, no ha nacido aún la hierba, con su verde argentado, lleno de una dolorosa vaguedad de luz de luna?

los héroes, que nadie nombra;

los héroes, que nadie dice;

los héroes, que yo vengo a recordar;

los héroes, que yo vengo a saludar;

¿cuáles son esos héroes?

los héroes de Veracruz;

aquellos cuyos nombres, ni vosotros, ni yo, sabemos todavía;

que no sabremos acaso;

que duermen bajo las plantas del vencedor, tristemente hoscos y desconocidos;

los gloriosos muertos, caídos heroicamente, asesinados por el yanki; a la sombra odiosa de la bandera constelada, en la cual lucen las estrellas, como una nube de pájaros de presa...

muertos caídos ayer, y ya casi olvidados

totalmente por la laxitud cobarde, de este momento histórico, vilmente entregado a la asordadora salutación del Crimen Vencedor;

dejadme volver los ojos a aquella catarata de soles, desplomados en la sombra... Y, saludarla;

a la flora magnífica de muertos, cuyos cálices se abren bajo el topacio ámbar-rojo, de un sol de eternidad;

a aquellos que murieron ante la selva flotante de las naves piratas, el día en que las águilas del Norte, cayeron por traición, sobre el nidal de las águilas aztecas, y devoraron sus polluelos...

a esos, que murieron combatiendo al bárbaro invasor yankee,

los héroes, caídos ayer, olvidados hoy, tal vez renegados mañana;

traicionados acaso muy pronto por los hombres, por los acontecimientos y por la Historia;

esos héroes, que de lo alto de las murallas,

de lo alto de las azoteas, de lo alto de las torres, disparaban sus armas, contra los filibusteros voraces, y fueron bastante felices para no cerrar los ojos sin haber visto correr la sangre maldita del invasor, por sobre el pavimento de las calles, como un rocío de cielos de justicia, misteriosamente ocultos tras la mentida placidez de esos cielos cómplices, que presenciaban la Invasión, bastantes para negar a Dios, con sus manos estériles, que no lanzaron una lluvia de rayos sobre los filibusteros de Walker, resucitados para vergüenza de la Historia;

los héroes de la Escuela Naval, los niños épicos, que se lanzaron al combate, y fueron fusilados en pelotón, sonriendo ante la Muerte, como ante una querida prematura, con una gracia de Efebos tornados en Aquiles, sordos a los gritos de sus madres, Hécubas desesperadas, que gritaban ante el Mar, sordo también a todo clamor de Misericordia;

esas mujeres del pueblo, esas mujeres he-

roicas, que fueron fusiladas en los Mercados Públicos, haciendo murallas de flores, mientras las murallas de piedra se inflamaban, y el cielo se entenebrecía lentamente, bajo las balas de los obuses asesinos disparados por el yankee...;

los ancianos, salidos de sus casas a recoger sus hijos, y asesinados sobre el cuerpo de ellos, como la gloria majestuosa de una encina, cayendo sobre un prado de rosas en botón;

las madres, muertas de angustia, dando el pecho a sus hijos, como para lactarlos con el licor de la Revancha; y, los mamantones muertos sobre el seno materno, con un gesto de coraje prematuro, como si hubiesen exprimido el pezón de la loba de las Sabinas, en las riberas del Tíber;

todos esos muertos anónimos, fusilados sobre las plazas públicas, en aquellos días aciagos del Terror Yanki en Veracruz... en que la sangre caía sobre la arena incendiada, co-

mo lluvia de cenizas, sobre ponientes de oro...

esos muertos tan cercanos...

sin embargo ya remotos...

que se alejan, que se pierden, en los mares del Olvido...

como un vuelo de ibis pálidos, bajo un cielo tenebroso, ya vecino de la Noche;

con un suave ruido de alas que se alejan, y se borran en la bruma;

exquisitamente triste;

orgullosamente ausente;

los gloriosos ignorados; dejadlos que duerman en su calma inabordable;

ellos; que mañana van a ser traicionados;

ellos; que mañana van a ser vendidos;

ellos; cuyos huesos serán ultrajados por la Victoria;

entregados por la Traición;

mañana cuando la paz esclava, la paz inicua, la paz de Hawai, la paz de Filipinas, la paz de Haití, los envuelva como un doble sudario;

ellos; que entonces galvanizados por la vergüenza, se volverán de espaldas en su sepulcro, ocultando el rostro carcomido, contra el lodo de la tierra, para no mirar hacia los cielos, por temor de ver en ellos una estrella...

¡tan odiosas así se han hecho las estrellas, al corazón de los hombres libres de nuestra América, desde el día en que un pueblo de piratas, las aprisionó en su bandera, para ser despedazadas por el pico de sus águilas falaces!...

XIII

¿Somos latinos los americanos del Sur?

¿somos retoños puros del latinismo enfermo, que se transforma o agoniza, en los llanos tristes de la Historia, sobre las ruinas de su civilización greco-romana?

¿podemos incorporarnos, *sin objeción*, al grupo de naciones latinas, que se disputan la hegemonía del mundo, con las hordas crecientes y, voraces de la raza anglo-sajona?

¿somos puramente latinos?

yo, no lo creo;

no somos una raza; somos un turbión de razas, una como barra, formada por el oleaje fortuito de una marejada de pueblos;

toda nuestra ancestralidad está allí, contradiciendo la leyenda de nuestro latinismo presuntuoso;

¿todo está de pie para atestiguar nuestra procedencia bárbara y, el ocre impuro de nuestra sangre de mestizos?

ésa es la verdad, y, ése el orgullo nuestro debe ser;

¿por qué avergonzarnos de no venir directamente de los galos, o los helvéticos, de los iberos, o de los italos?

no hay razas inferiores;

la inepta teoría, hecha ya de un arcaísmo repugnante, ha sido arrinconada por la ciencia, en el rincón de los tráfagos inútiles;

hoy, no la profesan sino los ignorantes y, no la creen sino los necios;

el hombre, es uno;

todos iguales, todos producto animal, de esa *gelatina amorfa*, que forma las entrañas del planeta (*);

(*) El Bathybus.

en vano el orgullo de los estultos, ensaya todo para negar su obscuro pasado de cuadrúmanos, su gran abolengo de antropoides migratorios, del océano índico, a las mesetas de Irán, y a los tranquilos valles del Thibet:

el *Ramayana*, la Biblia india, ¿no consagra el abrazo de Rama, con el mono Hanouman, el universal lazo de todos los seres vivientes?

no hay diversas humanidades, no hay sino la *humanidad*—el hombre — este triste animal pensante, condenado a la pena de vivir;

el mismo, desde el caníbal antropófago de la Nueva Guinea, *al bello animal rubio hiperbóreo*, como llama Nietzsche al germano, descendiente de los dolicocéfalos de Reihangräber;

¿por qué, pues, dolernos de nuestra estirpe?

no somos latinos; somos latinizados;

el aluvión de todas las promiscuidades nos hizo una raza aparte, heteróclita y, multico-

lor, llevando en nosotros, todas las debilidades y, todas las energías de las razas genitoras;

y, por eso somos, esa mezcla abigarrada, de salvajismo y, de refinamiento, teniendo todos los furores de la selva, y, todas las arterias de la civilización; confinando por un lado con el mono, y por el otro, con los viejos dioses de las teogonías asiáticas;

como César, el romano, podemos hacer el alegato de nuestra ascendencia divina, y, según Darwin, el sajón, podemos enorgullecernos también, de nuestro abolengo simiesco;

colocados a igual distancia entre la barbarie y, la civilización, entre la Heliada y la selva, extendemos al Oriente y, al Occidente, nuestros dos brazos bravíos, de bárbaros autóctonos;

y, mientras grandes monos épicos y, enchamarrados, llenan nuestras selvas, con el grito guerrero de sus heroísmos mitológicos, o sorprenden y, asombran el criterio de la

Historia, con el horror de sus tiranías bozales y, grotescas, espíritus nuestros, cultivados y, exquisitos afinados y, sutiles, llenos del más puro helenismo, sorprenden el pensamiento de la Europa, y, fuerzan su admiración, con la riqueza de una cultura que asombra, y, la exquisitez de un gusto artístico que encanta;

pero, nuestras multitudes acerebradas y, analfabetas, vegetan en un limbo cercano al de las bestias, y, su inviolada animalidad, las hunde en un marasmo de larvas;

¿somos bárbaros? no;

¿somos civilizados? no;

estamos tan lejos de la civilización, como de la barbarie;

somos pueblos en gestación;

nada definitivo, se marca aún en esta hora de nuestro crecimiento;

no somos aún amorfos;

. . . . . .

¿somos latinos?

no, en el sentido étnico de la palabra;

no pertenecemos a la *raza* latina, pero sí a las *naciones* latinas;

la raza, implica la unidad de caracteres físicos y, etnológicos, la homogeneidad antropológica, mientras el ser naciones latinas, o latinizadas, no implica, sino el habernos asimilado por predisposición de gérmenes ancestrales, el genio y, la cultura latinos;

hablamos la lengua de los conquistadores, es verdad, pero, *la lengua no es un carácter de raza, sino de nacionalidad;*

nos falta cohesión orgánica, para ser pura raza latina, y, no podemos serlo, dentro del tributo de razas diversas que nos informan;

en el grupo de naciones latinas de Europa, la raza es *una:* todos son blancos;

¿podemos nosotros decir lo mismo? no;

en América hay gente blanca, gente india, gente negra, pero no hay una raza blanca, raza india, ni raza negra;

no hay sino la raza—nuestra poderosa ra-

za tropical—, hecha de todas las variedades humanas que han entrado en la formación de ella;

de ahí nuestra asombrosa y, oculta potencialidad orgánica para lo porvenir;

de ahí, que no tengan que ver con nosotros, esos estigmatas de muerte y, decadencia, que asaltan a la raza latina, como a todas las grandes razas que han culminado;

no se decae sino cuando se ha llegado al apogeo de la civilización;

nosotros, no hemos llegado aún a este cenit;

hemos sido y, permanecemos bárbaros;

las sutilezas de la falsa civilización, no han acabado con nuestra fuerza étnica, con el arcaísmo de nuestra barbarie, casi viejo como el Mundo;

nuestra salud, nuestra fuerza de pueblos vírgenes, es la garantía de nuestra individualidad;

pueblo que nace civilizado, nace enfermo;

haber nacido bárbaros, es nuestra fuerza;

lo que hay de enfermizo y, de morboso en nosotros, nos viene de las razas afinadas, que nos dieron su sangre;

nuestros defectos y, nuestras virtudes, nuestras debilidades y, nuestras energías, fruto de nuestras mezclas étnicas y de las infiltraciones extranjeras, nos hacen un grupo aparte, matizado, y, cambiante, incalificable e inabarcable;

somos amarillos y, berberiscos, africanos y, celtas; confinamos etnológicamente, con los nipones y, los hotentotes, con los iberos y, con los chibchas, con los ártabros y, los aztecas; llevamos el atavismo de todas sus religiones, de todas sus civilizaciones, de todas sus barbaries;

nuestra historia está allí para gritarlo...

. . . . . .

El Continente Occidental, dormía en una noche de siglos, en una quietud milenaria,

en la lenta agonía de los imperios estacionarios;

ningún viento extraño soplaba, sobre el pálido estancamiento de aquellas razas quietistas;

la civilización azteca, la civilización malaya, la civilización inca, la civilización chibcha, eran civilizaciones de origen oriental, imperios hieráticos y, teocráticos, llenos de la majestad de reyes salomónicos; de la quietud de pueblos esclavos, de la omnipotencia de pontífices erméticos;

lo que queda de sus grandes templos, de sus palacios suntuosos, de sus ciudades neolíticas, ardidos por la conquista, lo testifica aún por esas ruinas en pie;

¡ay! aquellas eran razas de adoración y, razas de sumisión, razas de sangre y, razas de fe, y, la sombra que proyectan en aquella época de la historia, es la de un trigal inmenso, doblado por el viento; un gesto de adoración;

esas razas habían venido en quién sabe qué obscura, antediluviana emigración, al occidente, pasando por el estrecho de Behring, que era entonces un istmo;

rota por las olas aquella puente, que los unía a su tierra oriental, lenta y, grandiosa; quedaron aislados los grandes imperios, y, las tribus bélicas, y se desarrollaron autóctonas, pobladores en el inviolado Reino del Silencio...

los siglos los usaron y, los domeñaron;

su civilización, se hizo decrépita, como la de los grandes imperios del Ganges, del Nilo, del Eúfrates, llena del silencio caótico y, pesado de los grandes valles mesopotámicos;

como nuevas Persépolis, sus grandes ciudades, languidecieron en la inercia, se hundieron en el marasmo, y, las torres de sus templos vacilaron en un miraje de muerte...

entonces llegó Colón;

el aventurero que iba a las Indias, tropezó con la América; la casualidad lo hizo inmor-

tal; su gloria es hija del Acaso; su genio se llama: el Azar;

cuando el genovés pisó la América, las civilizaciones orientales, crecidas bajo el sol del trópico, tocaron su esquila de agonía; la hora de morir les había llegado; y, fueron arrasadas;

como toda raza en decadencia, su resistencia fué débil, y, su desaparición silenciosa y, triste;

se hundieron bajo sus soles impasibles que habían adorado, desaparecieron en un mar de sangre, con sus dioses, con sus reyes, con sus tristezas y, con su historia...

nada se salvó;

Guatimozín, se esfumó, como el alma de una raza, como un perfume de heroicidad, entre la hoguera roja, como *sobre un lecho de rosas;*

Atahualpa, alzó su augusta cabeza sin corona, en la pica en que la justicia, debería

haber alzado, la de aquel bandido sin entrañas, que se llamó: Pizarro;

el cacique de Guatavita, al sepultarse en la laguna sagrada, con sus siervos, sus ídolos y sus tesoros, se hundió también con un jirón de la Historia, entre sus vasos de oro;

nada quedó de la raza...

sino las hembras sometidas, para procrear otra nueva;

en aquellos moldes indígenas, creó la semilla ibera, el *etalón* de la raza futura;

la que había desaparecido no era una raza pura;

cuando los amarillos, los aventureros malayos, aparecieron sobre el continente, debieron mezclarse con hembras aborígenes, de quién sabe qué raza de paleontología prehistórica, con las cuales crearon las muchedumbres de sus imperios obscuros y, babilónicos;

los aventureros de España, feroces y, sensuales, asesinaron todo germen de varón y, fecundaron todo vientre de hembra;

así latinizaron la raza, con lo de que latinos tenían, aquellos descendientes mezclados de árabes y, berberiscos, de astures y, cantábricos;

y, esa nueva raza híbrida, de conquistadores y, de esclavos, pobló los grandes campos talados, donde se alzaba antes, el esplendor de los imperios desaparecidos;

¡raza también de abyección y, raza de adoración! ¡raza también de fe y, de sangre! ¡raza homicida! hecha para pasto de los dioses y, de los amos;

aquellos aventureros que la engendraron, eran esclavos también, de un rey católicamente bárbaro; su sangre no era pura, ella tenía del vasco y, del évoro, del celta-nerio, y, del godo invasor, de los musulmanes soñadores, y, de los ligures braquicéfalos; en muchas de aquellas teces cobrizas, y, de aquellos grandes ojos, nostálgicos de soles blancos, brillaba el alma africana, el alma mora, engendrada en noches de luna en los adua-

res de Córdoba, o a la sombra de los grandes palacios de Granada;

mezcla de godos y, abencerrajes, del islamismo y, del catolicismo igualmente feroces, aquella raza llevó consigo, todos los fanatismos y, todas las violencias, todas las ignorancias y, todas las supersticiones de los cultos sangrientos y, tenaces; y, con ellos encadenó las almas que no mandó a la muerte;

a la teocracia oriental y, mongólica, sucedió la teocracia occidental y, católica; a los Emperadores sucedió el Rey; el culto de la divinidad, se hizo culto de humanidad; ya no se adoraron los astros, sino los hombres, y, al Sol, sucedió el Cristo, en la estirpe degenerada de los dioses;

y, al pie de la Cruz, y, de la espada, se ayuntaron la raza vencida, y, la raza violadora, en uno como abrazo de fieras;

y, de ahí surgió una raza triste y, rencorosa, llena de instintos vagos, de fatalismos

siniestros, de tradiciones absurdas, y, en cuya sangre el virus de la religiosidad, se infiltró como un morbus de muerte;

como en una confluencia de obscuridades, todos los fanatismos se encontraron en ella; y, fué religiosa y guerrera, como una tribu de Islam, aventada por la palabra de Mahoma, tumultuosa y, abyecta, como una turba de esclavos, educada por la palabra de Jesús;

así pasaron siglos, de una como vegetación animal, hasta que un día, como si esa pobre raza, hecha de bastardías, no tuviera bastante con la hibridez de su sangre, la codicia de los conquistadores y, la avaricia de los monjes holgazanes, trajeron a sus campos el esclavo africano, y, desataron sobre ella el aluvión de la raza negra;

y, el negro apareció entre nosotros, diseñando su silueta encorvada, sobre los campos taciturnos, bajo un ramal de azotes;

y, él, nos trajo también su alma enferma

de esclavitud y, fanatismo; su pobre alma estática y mímica, todavía más cerca que la nuestra del hombre primitivo;

su barbarie se unió a nuestra barbarie, bajo ese huracán de esclavitudes;

y, sus ojos, soñadores de los blancos soles de Nubia, y, de las obscuras selvas hotentotas, miraron con codicia de carne, la desnudez tranquila de la hembra indígena, perdida entre el agua y, el sol, bajo el follaje espeso, que la quimerizaba;

su cerebro caótico, tuvo acaso presciencia de los soles gloriosos del futuro, bajo los cuales sus hijos habían de ser como reyes...

y, acaso miró a lo lejos la sombra de Lilí, dominador, con una espada sangrienta; y, la gloriosa visión de Maceo, libertador, con una estrella en la mano;

y, en su cerebro, que la sombra cubría con nubes negras, como un flotamiento de hullas impenetrables, la esperanza abrió un hueco

de luz, tras del cual miró la vida, grande y, sonora como un mar...

. . . . . .

. . . . . .

Pasado el tiempo, un movimiento de revuelta, terrible como un cataclismo sísmico, conmovió ese mundo, bajando como un alud, de los grandes montes negros, hacia los llanos de oro;

todo lo llenó en un instante, con su potencia profunda, con el galope salvaje de sus corceles guerreros;

este huracán rompió las cadenas del esclavo, lo hizo hombre, y, lo ayuntó a las hembras libres;

y, sus nervios, su sangre, su fuerza hicieron alianza de esclavitudes vencidas, en los vientres estremecidos y, gozosos;

pero, ¡ay! esta raza era también de esclavitud y, religión, de sumisión y, fanatismo; también sufría la obsesión de los dioses y, de los amos... también era una raza de pre-

sa, vencida por la Conquista, domada en su triunfal orgullo; sus rodillas eran hechas para doblarse ante los ídolos, y, sus espaldas para inclinarse laceradas bajo el azote; fueron nuevos gérmenes de la esclavitud, que entraron en la raza nuestra; otra raza vencida, que vino a arrodillarse a nuestro lado...

en los Estados independientes y, oligárquicos; que se formaron entonces, prestos a la contienda y, a la disgregación desenfrenada, y, a la decadencia política rápida y, completa, imperó el alma ondeante y, maleable, inquieta, feroz y religiosa, de ese aluvión de razas, atónitas por la conquista; y, nuestro corazón rojo y, viril, sangró en la historia;

de ahí el estancamiento, la inmovilidad, el brillo artificial y, monótono de nuestra civilización oleaginosa y, difusa, que semeja el verde maléfico y, mortal de una madrépora;

¡inmóvil, como los dogmas que nos enseñaron a amar!

¡¡tristes, como los mitos que nos enseña-

ron a adorar! ¡rebaños en tumulto, como tribus berberiscas bajo el alfanje de un Profeta! ¡raza extática y, fanática, que se arrincona para morir, al pie del patíbulo de su dios! ¡raza católica, raza fatal! ¡es de nuestra alma mística que morimos!...

. . . . . .

. . . . . .

Hay, pues, que remontarnos a los orígenes de la raza, para explicarnos sus desgracias de hoy;

el elemento étnico, es toda el alma de nuestra historia;

es en él, que debemos buscar, las razones a nuestra cobarde postración de hoy, y la esperanza de una probable resurrección mañana;

¿por qué conservando casi todos los instintos de la barbarie, no conservamos la *energía*, que es el distintivo, aun de los bárbaros conversos?

¿por qué vamos de playa en playa, y, de

naufragio en naufragio, en un monótono peregrinaje de esclavitudes, sin acertar a dar con la playa, donde pueda asentarse nuestra integridad, como pueblos, y, nuestra libertad como hombres?

¿es donde nuestra alma occidental, se separa del alma latina, que podríamos llamar europea, para designarla de algún modo?

como la corriente de dos mares, una línea imperceptible, pero profunda nos separa; el alma oriental duerme en nosotros, indestructible como la vida, con su fuerza de inercia y, de meditación, su profundo y pavoroso caudal de inexorables fatalismos...

somos y, permanecemos ultra-orientales;

psíquicamente todo el problema de la civilización occidental, nos es extraño;

lo tomamos y, nos adaptamos a él, con un sentimiento vago de venganza, como los japoneses se han asimilado las fuerzas de Europa, para destruirla;

en nosotros, grita la revancha, un odio atá-

vico, muy rencoroso, mal oculto bajo nuestro dilettantismo artificial de bárbaros europeizados;

el Asia, enorme y, caótica, grita en nosotros, con su grito solitario de bonzo ante el crepúsculo, un lento grito nostálgico de su grandeza domada;

el Africa, pone en nuestras fauces el grito de sus leones famélicos, el huracán victorioso de sus desiertos, convulsionados bajo los soles, donde pasa el gesto de la luz, como una caricia de ala, en el rostro de la noche;

y, las razas eliminadas o esclavas, protestan como un largo lamento, en el fondo de nuestra sangre turbia de mestizos...

es ella la que hace esperar a algunos, en un florecimiento de razas autóctonas, en una resurrección de las razas vencidas, en un anfictionado amarillo, que ha de ser como la resurrección del Lázaro asiático;

según ellos, el Cristo, el pálido Cristo malayo, amarillo, y, exangüe, que ha de tocar

sobre la tumba muda, viene ya por los blondos arrozales; avanza por los senderos blancos, bordados de crisantemos, a la luz tranquila, cuasi estelar de un Sol levante...

el anfictionado de las razas se impone;

el humanismo, no puede nada contra el atavismo indestructible de las razas; el primero, es una teoría, el otro es un hecho; el primero, es un sentimiento, el otro, un instinto; el instinto triunfa sobre el sentimiento; la civilización educa el instinto, no lo destruye;

la amplitud mental de los pueblos, comprende ciertas fraternidades, que el instinto ciego del hombre, no posee;

los grupos étnicos, los grupos de humanidad se aproximan, pero no se eliminan: viven autóctonos a despecho de todas las teorías;

la cuestión antropológica, la cuestión étnica, la cuestión sociológica, nos separa por igual, de las dos grandes porciones de huma-

nidad europea, de la septentrional y, de la meridional, de la latina y, de la sajona, de la que se mira como un pino triste en las ondas del gris y, metálico mar del Norte, y, de las que se inclinan como un ramal de rosas, sobre las olas verde-azul de las aguas mediterráneas;

de esas dos ramas, la sajona, permaneciendo bárbara, según la dicción de un dialecto arcaico, por no haberse fundido en el mundo romano, está sin duda, más lejos de nosotros, que la latina que nos conquistó y, nos dió parte de su alma, ya consumida por el virus del romanismo, y, devorada por el catolicismo, como por una tisis voraz;

si se busca en nuestros orígenes históricos, tanto como en nuestros orígenes psíquicos, se hallará bien clara la razón de nuestra inferioridad actual, de nuestra lenta inadaptación a civilización cesárea y, decadente, de los pueblos greco-latinos, que nos educaron;

nuestra Civilización, es hija de la Conquista, y, de una Conquista bárbara;

por la rebeldía de su alma católica, el país que nos conquistó permanece estacionario, con todos los pródromos de la muerte, en medio del florecimiento prodigioso de las razas sajonas, que lo cercan y, amenazan ahogarlo.

Roma, cortó las melenas y, las garras, del viejo león histórico, que muere al pie de la cruz, cargado de amuletos, las pupilas agonizantes llenas aún del esplendor da sus visiones, sus garras tendidas hacia el espacio en duelo, como queriendo desgarrar con ellas, el velo misterioso de lo Desconocido;

¡ay! ese país fué la flor preciada del romanismo caduco, y, de la ortodoxia católica, que muertos ellos, comunicaron la muerte a las ramas aun florecidas por su savia delicuescente;

en cambio las razas sajonas, que reacias a la absorción romana permanecieron bárbaras y, autóctonas ante el Imperio Romano,

y, no fueron absorbidas por él, sino transitoriamente, separándose por completo con el movimiento de la Reforma, al conquistar el norte de América, sembraron una civilización que ha florecido en una brutal florescencia de energías, que se desbordan y, ahogan los raquíticos arbustos, que el latinismo decrépito injertó más allá del trópico;

¡todas las pasividades nos fueron dadas en el contubernio de las razas!

la pasividad atávica, que nos venía del remoto oriente, se alió a la que el latinismo y, el berberismo nos traían, porque nada igual al ejemplo del servilismo que las razas latinas de la Europa, dieron al mundo;

la docilidad del mundo latino a la conquista, asombró la Historia; mientras la hosquedad del mundo germano asombró a Roma;

la ferocidad de la selva que devoró a Varo, fué la mandíbula de una raza, que no se cerró nunca ante sus opresores, sino para triturarlos;

la ligereza, la inconsistencia, la versatilidad, la irrealidad, de nuestros conquistadores latinos, se mezclaron en nosotros, a la apatía, al estímulo, a la lentitud, pavorosa y, esquiva, de nuestros antecesores aborígenes;

no pudimos latinizarnos por completo, porque el orientalismo brumoso y, pesado, de nuestra sangre, nos protegía, y, no permanecimos, netamente orientales, porque el latinismo vivo y, móvil, nos entró por los poros como una fiebre, y por eso quedamos así, soñadores e impresionistas, lentos y fantásticos, y, fuimos unos como cides malayos peleando sin descanso, tenorios orientales, cantando trovas y, diciendo serenatas, cerca a las ruinas de los grandes templos brahámicos, donde aun mostraban sus caras de plácida bestialidad, los Budas, pensativos;

por eso fuimos así, de un abigarramiento monstruoso, un mosaico de atavismos y pasiones, guerreras y, místicas, líricas y, feroces, algo así, como una estatua de Cakiamou-

ní, con la armadura de Carlomagno, y, una tiara pontificia, sobre la cual flotara el penacho de plumas de Moctezuma;

la estupefaciente movilidad de nuestro carácter, no tiene igual sino en la estupefaciente docilidad de nuestra sumisión;

¿no se ha visto la inenarrable mansedumbre de Cuba y, Puerto Rico, ante la Conquista Yanki, y, la inconmesurable cobardía de Colombia, ante su afrentosa mutilación?

nada se hizo para conservar la independencia y, la libertad, y, una vez perdidas no se hace nada para recobrarla;

nada se hace para resistir, y, se desaparece en una lenta asimilación, sin murmurar;

la derrota de las conciencias, ha completado la derrota de los pueblos, y, las almas se entregaron antes de ser vencidas.

Cuba, Puerto Rico, Panamá, Santo Domingo y, Nicaragua, desaparecen sin defenderse;

su destino meteórico, no dejó huellas, ape-

nas dejó tristezas; la yankisación de esa porción de América, no ha sido una victoria, ha sido apenas una tarea; no es victoria, atar esclavos que tienden voluntariamente las manos...

¿qué hacer de las cabezas que voluntariamente se tienden a la coyunda? no queriendo cortarlas se les ayunta; el yugo hace las veces del hacha; sólo los rebeldes mueren por la espada; el yugo se hizo para el cuello de siervos; el tajo se hizo para cuello de héroes; las cabezas rendidas no se cortan;

como ante la conquista de las Galias, que cinco campañas bastaron para domarlas, lo que sorprende hasta hoy, y, derrota todos los vaticinios de fortaleza, es la docilidad con que los vencidos han aceptado el yugo, la facilidad de disolución con que se asimilan y, se funden, o mejor dicho se borran y, desaparecen ante los conquistadores;

lenguas, usos, tendencias, costumbres, to-

do desaparece, todo se acepta del vencedor, en un vértigo pavoroso de sumisión;

el *argot* anglo-español, que comienza a hablarse en Cuba y, Puerto Rico y, que se habla ya en Panamá, es una prueba sorprendente de esa facilidad de olvido, de inenarrable imitación y, de debilidad, que distingue a la raza sometida;

ni una voz de protesta, ni un grito de revancha;

pero, ¿por qué extrañarlo? ¿de dónde pueden sacar esos pueblos, elementos étnicos o sociólogos para la resistencia?

ellos no han conocido la libertad;

no la vieron, sino como un relámpago entre dos conquistas, en aquellos días de guerra gloriosa, que fué apenas un alto heroico entre dos coloniajes;

pueblos de riqueza y de belleza, hechos para regalo y, encanto de conquistadores, pasaron de manos de España a la de los Estados Unidos, casi sin darse cuenta;

no habiendo sabido conquistar su independencia, renunciaron a defenderla y, se durmieron a la sombra de los cañones, que los habían arrancado de la antigua servidumbre; y, entraron en la nueva, con el alma desnaturalizada, y, sin poderse hacer una alma yanki;

¡pobres tribus de ilotas; acaso tengan razón, la lengua de sus nuevos amos, es un emblema de fuerza; la lengua que hablaban es una lengua de vencidos; acaso hayan hecho bien en renunciar a la derrota colectiva de una raza destinada al vencimiento;

no somos una raza latina; pero, somos naciones latinas;

en ese concepto, tenemos el derecho y, el deber de incorporarnos a los pueblos latinos de Europa, para defender las conquistas latinas, la civilización latina, y, los ideales latinos, contra la bárbara agresión de la raza enemiga, que con la espada de Armorius sueña cercenarnos de un tajo la cabeza;

pero, no debemos contar sino con nosotros, con nuestro propio esfuerzo, para este duelo que sostendremos por el derecho imperativo de vivir;

el yanki, nos acecha;

el yanki, nos mutila;

es necesario unirnos contra el yanki; es necesario que de México al Cabo de Hornos, no haya sino un solo cerebro para combatirlo, un solo brazo, para resistirlo, un solo corazón para odiarlo;

el odio al yanki, debe ser nuestra divisa, pues, que ese odio es nuestro deber; un deber imperativo;

renunciar a él, es renunciar a la vida;

el yanki, *voilà l'ennemi;*

tal debe ser nuestro grito de combate ;

él, debe conmover nuestras ciudades y, nuestras selvas, sonar en las naves de nuestros templos, y, en los sepulcros silenciosos de nuestros abuelos;

sobre las cunas y, sobre las tumbas, debe sonar ese grito;

que los muertos y, que los vivos, se alcen con él en los labios, para combatir...

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La acre noche de la Conquista sube a nuestro horizonte, bajo un cielo cargado de vergüenzas;

el mundo, presencia nuestra cobardía momentos antes de presenciar acaso nuestra desaparición;

ni un hombre, ni un pueblo de pie contra el Conquistador;

nada que recuerde el orgullo de una raza;

ni un grito, ni una espada...

nada que contenga en su huída ante el enemigo, ese turbión de pueblos cobardes, que desertan de la vida;

¿quién detendrá esas masas de esclavos fugitivos, que escapan con gritos de espanto,

esbozando en las tinieblas el gesto lento de la rehusa a combatir?

¡naufragio de un rebaño en la noche!

¿quién lo impedirá?

no tenemos patria segura;

no tenemos banderas gloriosas;

el clarín de Walcker, lo ha puesto todo en fuga;

el enigma de nuestra cobardía, embriaga al vencedor;

desaparecemos en la noche, atropellados y, aplastados por los caballos salvajes de la conquista;

el huracán nos arrebata de sobre la faz de la tierra;

¿quién nos salvará?

nuestra infinita vergüenza hace soñar y, enrojecer la muerte;

no teniendo valor para buscar la calma en su seno, ¿la hallaremos en la cadena?

¡destino terrificante el nuestro!

¡sin fuerzas para vivir!

¡sin valor para morir!

¡oh, mengua!...

. . . . . .

todo renace, todo reverdece en la vida, aun bajo el ala del horror;

¿no renaceremos nosotros bajo este apocalipsis en que se lamenta el espanto?

¿quedaremos inertes en la sombra que crece y, se redobla ante el horror flotante de este huracán de hostilidades que nos empuja hacia el caos?

¿no tendremos nosotros, como todos los pueblos, una resurrección?

. . . . . .

. . . . . .

Podemos aún resucitar;

podemos vencer;

dejemos sobre la playa la cruz y, el cilicio depresivos y, opresivos que han hecho tan penosa nuestra marcha por la vida;

y, vamos al porvenir;

las olas sonoras cantan ante nosotros, un himno inmenso de esperanza;

el sol tiembla en los cielos, como ofreciéndonos una alba palpitante de victorias;

¡vamos!

la muerte no existe;

todo se transforma, nada desaparece;

la transformación y, la evolución, son las leyes triunfales de la vida;

las razas caen, no perecen;

los imperios se derrumban, los pueblos ruedan en ruinas...; en ese polvo luminoso queda en pie: el Hombre;

la Humanidad vive;

el progreso en marcha va hacia lo infinito;

vamos con él;

de cara al sol;

gritando con Gœthe:

Mehr Licht, Mehr Licht.

XIV

El abajamiento de las almas, flota como una atmósfera;

es más triste el momento actual, de lo que pudieran creer el pesimismo siniestro y, tenebroso de la época

un gran viento de catástrofe y, de muerte, sopla sobre América;

una gran nación se convierte en un gran bandido, y, decreta el degollamiento de los débiles;

el espectro de Wáshington, se hace pirata, y, la bandera de la Libertad, se hace un sudario inmenso, sobre la cabeza de los pueblos.

Wilson y, Roosevelt, han desgarrado el pabellón glorioso, y, agitan su harapo insolente, sobre la tristeza de una raza, a la cual, sueñan eliminar de la tierra, en la salvaje ferocidad de sus almas bárbaras;

los cazadores brutales, otean la presa, hoscos, pesados y, siniestros;

sus almas sin valor, tienen la fuerza; odiosos, han renunciado a la gloria; poderosos, sueñan en la victoria;

sus almas de teutones, testarudos y, groseros, no reconocen límites a su audacia;

imaginaos un jabalí hecho Faraón, marchando coronado de helechos, por la grande selva, al sonido de una fanfarria bárbara...;

¡oh, los odiosos aventureros encarnizados!...

¿a dónde van esos hombres, para quienes el honor, el sagrado honor, es un mito, y la vergüenza un pasto que se gozan en devorar?

van sobre nosotros, sobre la América latina, seguros de su victoria infame;

las grandes bestias fétidas, proyectan ya sus siluetas odiosas, en nuestras grandes selvas, bajo nuestros cielos profundos;

¿quién la detendrá?

¿no hay arqueros en los bosques?

¿duermen para siempre, el arco roto, sobre el sepulcro de las razas muertas?

¡horror! ¡horror!

¿nos matará el espesor de la vergüenza?

¡sombra! ¡y, Muerte!...

. . . . . .

los proxénetas líricos del yankismo, deben estar de plácemes;

una vez más, en nombre de la humanidad, Wilson y, Roosevelt, asesinan la Libertad;

los predicadores de la paz *a outrance*, deben rebosar de ventura, pues para acabar con la rebelión de un pueblo, los Estados Unidos, lo encadenan; eliminan la conmoción, por la invasión; y, castigan la guerra con la conquista.

Santo Domingo y, Haití, son las nuevas

presas ofrecidas en holocausto a la insaciable voracidad del Minotauro de Wáshington.

Wilson y, Roosevelt, envían su piratería artillada, contra aquellos pueblos, que no quieren ser vendidos;

y, los fusilan sin piedad;

pero, el corazón de estos pueblos resiste; sus brazos no se fatigan, ni se rinden:

allí se combate, se pelea, se muere... y, aun se vence;

pero, aquellos héroes, no tienen hilos telegráficos para contar al mundo sus victorias; sus asesinatos que sufren, porque sus asesinos los poseen todos, y, los cronistas estrafalarios y, brutales de su prensa a sueldo, proclaman la leyenda de la pacificación, de la derrota, del pacto definitivo con el yugo;

y, el *War Office* de Wáshington, dice por cable al mundo: «No creáis en la insurrección de Santo Domingo»;

y, el mundo, obedece, y no cree;

pero no ¡miserables lacayos del pensa-

miento! vosotros, habéis abofeteado la Verdad, pero no la habéis decapitado; ella caerá bajo vustros golpes, pero, no morirá bajo ellos, y, antes bien vosotros sucumbiréis ante ella, ella os dirá su amplio gesto definitivo, y, temblaréis ante él;

¡turbas de cronistas políglotas y, audaces, que deshonráis la prensa que os ha comprado, debéis saber que aun hay labios para la Verdad, y, que ellos os castigarán!

mentir es vuestra victoria; callar sería vuestra muerte; el huracán de la Verdad, os hará enmudecer;

él, os dice, y, dice al mundo todo, que en Santo Domingo se combate con un heroísmo suprahumano; que un huracán de muerte hace gemir la vieja selva insular, estremecida al paso de los héroes; que la cólera sagrada, lleva a ese pueblo en un vértigo de gloria, y, que el traidor, tiembla al amparo de vuestros cañones, como bajo el azote de las furias, que vuestros Amos han comprado allí un

hombre, pero, no han comprado un pueblo; que aquel pueblo colérico y, bravío está dispuesto a ser exterminado, antes que ser conquistado;

esperad;

hay algo más que vuestra procacidad de fámulos, y la voracidad de vuestro César hilariforme;

hay: el alma de los pueblos;

esperad;

si al desafío insensato y, cobarde, de vuestro César, ciego y bestial, responden los pueblos, con el Poema de la resistencia y, el grito de la guerra... vuestro arrojo de cerdos grasos, retrocederá hacia las playas de Filadelfia... confusamente, miedosamente...

habéis conquistado la aversión de América, y, no tendréis nunca su admiración;

habéis sembrado el terror y, no el amor;

y, esos pueblos, mutilados y, vencidos, os escupen a la cara con desprecio;

vuestras águilas de oro, han desgarrado

y, deshonrado las banderas gloriosas, al posarse sobre ellas, en Cuba, Nicaragua, Santo Domingo, Panamá, y, Haití;

pero, aun hay pueblos libres sobre la tierra;

desgarrasteis la bandera de Carabobo, tinta en sangre de Cedeño;

la derrota, duerme en el fondo de la trágica demencia;

vosotros no habéis vencido en ninguna parte; sois los hombres del pillaje, pero, no de la epopeya; sois las frentes sin aureolas; los terribles ladrones sin valor; asaltáis los pueblos en la noche y, violáis la Libertad, en las tinieblas; la gloria ignora vuestros nombres; como nación épica, la Historia ignora que existís; el laurel os es extraño; vuestro oro ha vencido en todas partes, vuestro plomo en ninguna; habéis sido vencidos en México, y, la espada de Moctezuma os ha cortado la garganta; cabalgáis en la mula de Filipo, pero no en el caballo de Darío; habéis

hecho arrodillar la infamia, pero no haréis arrodillar la Historia;

ella, os guarda acaso, una de esas palabras trágicas, que duermen en los labios del Destino;

el porvenir, es la emboscada;

entrad en él...

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

¡Oh pueblos de América! combatir es el deber, vencer es el azar;

temblar ante el yugo, es cobardía;

pero, caer bajo él, ésa es la infamia;

frente al cañón americano, la selva os llama; ¡la selva madre, repleta de laureles y de gloria!

id, a ello;

armad el brazo de vuestros hombres, el brazo hercúleo y, libertador, contra aquellos que venden la América, y, contra aquellos que la compran.

tomad el cuerpo negro de Lilí el dictador, y el cuerpo blondo de Walker, el invasor, y, haciendo de ellos un solo haz, colgadlo en el árbol más alto, a la entrada de vuestros montes;

y, refugiaos en ellos;

la sangrienta belleza de ese gesto, hará soñar a la Conquista;

¡desgraciados los pueblos que han dejado de ser feroces!

ellos serán vencidos...

XV

No envilezcamos los términos del debate;

respetemos al menos el lenguaje;

conservemos siquiera intacto el léxico que heredamos de nuestros mayores, ya que no hemos sabido conservar intacto el territorio que nos legaron;

no traicionemos también la Gramática;

no la entreguemos violada a los dialectos bárbaros;

conservemos a las palabras su significación precisa, ya que para algo fueron creadas;

dejémosle lo que ellas tienen de grave y, de profundo, en el fondo de su inmutable verdad;

no enmascaremos los vocablos;

hay ya bastante disfraz en las ideas, para que nos ocupemos de vestir de Arlequín al Diccionario;

seamos sinceros.

llamemos las cosas por su propio nombre;

y, definamos bien las palabras bajo las cuales estamos amenazados de morir;

no hablemos del *Imperialismo* yanki;

el *Imperialismo*, no existe en América; no existe sino el *Filibusterismo;*

el Imperialismo es uno; y, el *Filibusterismo* es otro;

acaso iguales en esencia; diversos en su forma;

el de Inglaterra, es Imperialismo;

el de los Estados Unidos, es Filibusterismo;

el Imperialismo inglés, es un sistema violento;

el Filibusterismo yanki, es un dilettantismo sangriento;

el Imperialismo inglés, es el designio de un pueblo;

el filibusterismo yanki, es un Sport de salvajes;

lo que en Inglaterra es una doctrina, en los Estados Unidos es un paroxismo;

esa megalomanía de advenedizos, ebrios de fuerza, no es sino la locura del pillaje y, el delirio de la prosperidad;

es una sed morbosa, una necesidad animal de aplastar lo que el Bachiller Rooselvelt, llamó en un libro suyo: *les peuples flasques;*

en ese pueblo de advenedizos, nada es normal: su vida, su crecimiento, ni sus sueños, es una mezcla confusa de cosas enormes, grotescas y, monstruosas;

es una tribu desmesurada y, fatal;

sin hablar de los grandes imperialismos históricos, de Carlomagno, Carlos V y, Napoleón, es preciso confesar, que entre el imperialismo inglés de Disrael y Sceli, y, el

filibusterismo americano, hay la distancia inmensa de una civilización a la barbarie;

el uno es, la civilización imperialista, el otro es el bárbaro imperante;

el uno es el imperialismo de una raza; el otro, es el bandolerismo de una tribu;

el uno es Roma Imperial.

el otro, Cartago, en plena piratería;

y, hay siempre una diferencia entre las legiones de César, y, los barcos de los fenicios;

el imperialismo inglés, civiliza: testigos, la India enorme y, próspera, el Egipto, Australia, Canadá, ricos y, casi libres;

el filibusterismo americano, brutaliza: testigos los filipinos cazados como fieras, los hauaiianos desaparecidos, los panameños despojados, los portorriqueños obligados a emigrar por la miseria...;

el imperialismo inglés, crea, ¡ved qué florecimiento de colonias!

el filibusterismo americano, destruye;

¡ved qué desaparecimiento de pueblos!

donde pasa el inglés, se alza un pueblo; donde pasa el yanki, muere una raza;

el imperialismo inglés, es una idea;

el filibusterismo americano, es un apetito;

el imperialismo en los ingleses es cuestión de cerebro;

el filibusterismo, en los yankis, es cuestión de vientre.

Beer, el más límpido historiador de ese instinto colectivo, lo calificó bien; *una cuestión de estómago;*

yo, condeno por igual, aquella idea y, este apetito; me son igualmente odiosos;

pero, el gesto, de estos bárbaros, tendiendo el brazo hacia la América latina, me exaspera; y, como no soy accesible al miedo, me encoleriza en vez de intimidarme;

el materialismo romántico de esos bárbaros, me enfurece;

la locura megalómana de ese pueblo, atacado del delirio de la grandeza; me exaspera;

estos reporteros en orgasmo de celebridad, quita a mi espíritu toda severidad;

y, si yo creyera en el cielo, pediría al cielo una cadena para esos asirios en furia, tocados del instinto de rapiña;

yo, sería feliz, viéndolos convertidos en bestias, como Nabucodonosor, pastar en rebaño con los búfalos de Arkansas, que hoy se encargan de cazar, como a tagalos fugitivos;

yo, no me indigno con este imperialismo, por su aparición, sino por su triunfo;

es la victoria de ese instinto, la que me exaspera;

yo, lo sé, viejo en la vida, y sé los designios de ese pueblo; yo sé cómo el motor de ese filibusterismo corrompido y, corruptor, asomó su faz de codicia aún embrionaria, con Seward, con Johnson, y, con Grant, allá en esos tiempos en que se trató de la adquisición de Alaska y, de la compra de Santo Domingo;

pero, sé también, cómo hubo entonces un

Sumner, un Butter, un Bayard, un Schurz, para oponerse al despertar de ese apetito de crímenes;

¡aun había virtud en aquellos bárbaros primitivos!...

el *expansionismo*, surgido y, vencido a raíz de la guerra de sucesión, *se alzó* para *no caer*, al pie de la guerra cruel y, falaz de la conquista de Cuba (1);

el sentimiento de megalomanía brutal, del robo como *sport*, es lo que diferencia el filibusterismo americano, de todos los imperialismos de la tierra;

el inglés, conquista por necesidad económica; el americano por vanidad política; por lo que uno de ellos llamó: *necesidad de mayor grandeza* (2);

la evolución rápida del barbarismo americano hacia la conquista, sorprende e indigna

(1) T. C. Smith, Expansión after the War.
(2) Ch. Conant. The United States in the Orient.

aun a los más enérgicos imperialistas ingleses, como Stead;

ese movimiento de regresión a la época de la fuerza brutal, desconcierta por su impetuosidad inopinada y, brutal, todo criterio científico y, moral;

la arrogancia suspicaz de aquellos bárbaros, se traduce en una fe: la superioridad de su raza;

y, esa fe se basa en un error;

no hay raza yanki;

la raza yanki no existe;

la raza murió;

sólo la emigración vive;

la raza americana en los Estados Unidos, es ya una visión de paleontología, una ficción histórica;

la raza de los viejos puritanos de la May Flower, es una fauna extinta, algo así como el Dinorah, de China;

los Estados Unidos no son el hogar de una raza, sino un inmenso campo de asimilación,

una fragua donde se funden y, bullen todas las razas de aluvión, y, todos los miserandos de la tierra; *the black country;*

no hay, pues, raza yanki, sino pueblos yankis, en aquella aglomeración de todas las razas, en aquel detritus de todos los desheredados trashumantes del orbe;

nunca imperio más poliétnico ha vivido sobre el planeta, que este imperio absurdo y, abrumador, que tiene por soberano a Wilson, digno sucesor de Mackinley y, Roosevelt;

él, es hecho de la hez de todas las nacionalidades y, del subtrato de todos los delitos:

todos los mendigos sin pan, y, todos los bandidos sin obra, lo fundaron;

ellos vinieron de Europa con todos sus apetitos y, todos sus delitos, para crear esa Rooseveltelia feliz, en la cual, Teodoro I imperó como amo y, ahora impera como *clown* en un Circo de jayanes;

judíos polacos, judíos alemanes, judíos rusos, fenianos irlandeses, campesinos de la Puglia, griegos, levantinos, chinos, y albaneses, he ahí lo que forma, esa trigésima tribu, que los historiadores de Jacob, no pudieron prever, para darle jefe;

no es una raza, y, casi no es un pueblo, esa amalgama de irlandeses, tudescos, chinos, y negros, que forman esa nueva Cartago poligénica, que hace pensar en los campamentos de bárbaros, descritos por Flaubert, en «Salambó»;

aquel Kaki inspirado que es Rudyard Kipling, no previó nunca, esa manifestación de sus poemas imperialistas, ni que sus *héroes*, se deformasen hasta esa parodia absurda de aquel César de pieles rojas, y, hasta cansar lo grotesco, en la inenarrable *epopeya* Rooseveltiana;

ni Asquith, ni Rosebery, pudieron sospechar jamás, la mueca bufa, que en el rostro

de Roosevelt, haría, tan terriblemente hilarizante la doctrina imperialista;

el mismo Sidney Well, el jefe ilustre del socialismo fabiano e imperialista; ha calificado este imperialismo ultra atlántico de: cobarde asesinato de pueblos (1);

y, mientras el imperialismo inglés, subleva los celos, y, el rencor del mundo, el filibusterismo americano, sólo despierta la indignación de las almas honradas;

pueblos de mercaderes, ellos siguen las banderas del filibusterismo, como una promesa de botín, *Trade follows the flag;*

que la civilización victoriosa se haga imperialista, es un fenómeno que la Historia explica a fuerza de repetirse;

pero, que la barbarie sin victorias, se haga tal, eso es absurdo;

---

(1) S. Well, «Social Democracy».

la degeneración del imperialismo se llama el *jingoísmo*, como la degeneración del inglés, se llama el yanki;

el yanki, es el espécimen degenerado de esa raza que hizo exclamar a William Stead: *la raza que habla anglo-sajón ocupa ahora el puesto más bajo del pueblo más bárbaro y grosero* (1);

el *jingoísmo* americano, es el imperialismo ebrio, el imperialismo irresponsable, lleno de insolencia y, orgullo irracionales;

es, como ya dijo alguien; *el imperialismo inglés, menos el sentido común y, los diez mandamientos de la ley de Dios;*

si el imperialismo inglés fué llamado por Gladstone, *negación de Dios*, ¿cómo llamar el filibusterismo aventurero de los asirios de la *Casa Blanca?*

Bennet, lo ha llamado ya: *The Big Stick*...

---

(1) *Review of Reviews*, octubre, 1899.

Mark Twain, en su humorismo inagotable, ya lo calificó (1);

T. Harrison (2), Carnegie (3) ya lo calificaron: brutal, grosero, y, asolador...

así lo llamaron;

¡he ahí el bandolerismo ante el cual permanecen beatos de admiración, ciertos fámulos reblandecidos de nuestra raza!

¡he ahí la única salvación que hallan para ella, los parásitos de la decadencia, unidos al conquistador por una cadena de oro!...

los fenicios plutócratas de Wáshington, que tienen ya sometidas y, vencidas a Puerto Rico, Filipinas, Nicaragua, Santo Domingo, Panamá y Colombia, que han impuesto y nombrado sus procónsules en Habana, Santo Domingo, Panamá, Managua y Bogotá, y que

---

(1) Mark Twain. A las personas que están en las tinieblas.

(2) T. Harrison: Meditaciones sobre los temas corrientes.

(3) Carnegie. El Americanismo contra el Imperialismo.

gobiernan en aquellos territorios ya suyos; *New american positions*, como ellos dicen, por la férula pedagógica de Estrada Palma, el hisopo sacristanesco de Carlos Morales, la espátula de Amador Guerrero y la tizona putumaya de Rafael Reyes (1), y cuentan también con la verbosidad mecánica de ciertos diaristas oficiales, y, la bufonería repugnante, de otros *latinos de Nubia*, que se gozan en difamar nuestra raza y, nuestra historia, con una impudencia inconsciente, de gorila arrojando sus excrementos a las estatuas de los dioses, y, los cuales, cuando se les habla de raza, de Patria, de Idealidad, se contorsionan en un espasmo de hilaridad, hasta dejar ver, por los orificios del hocico, sus cerebros de primatos, huérfanos de la substancia

(1) Para la verdadera interpretación de estos similes, no hay que olvidar que Estrada Palma, era Maestro de Escuela; Carlos Morales, era cura, y Amador Guerrero era farmacéutico.

gris...; y, ríen, los necrófonos de nuestra gloria...

y, hay rostros de hombres que ríen con ellos...

¡triste época!

desgraciados países, donde se busca en vano;

...la colère et la stupeur des lyres;

l'âpreté du mélos parmi la cruaute;

des regards sans éclairs et des mornes sourires...

triste sombra de pueblos vencidos, que gimen bajo la espada;

ellos no tienen fuerza de indignarse;

y, en los pueblos, como en las almas; allí donde ha muerto la Indignación, florece la Indignidad;

es la hora de espigar...

la hoz de la conquista fulge sobre ellos, su pálido disco mortal;

es la hora de morir...

y, mueren riendo, o al menos abiertas al sol sus mandíbulas de bestia sin coraje;

así como una partida de monos, acosados en una selva;

así, ruidosos, cobardes y, ridículos;

una hecatombe de orangutanes.

XVI

Que la Europa aplaude hasta romperse las manos, las aventuras bestialmente grotescas de los Estados Unidos, contra la independencia de nuestros pueblos; eso me tiene sin cuidado;

pero, que sus actitudes, amenazantes o despectivas para nosotros, lleguen a ser disimuladas o aplaudidas, por hombres y, prensa de Sur-América, eso sí, me indigna y, me subleva;

que el oro yankee, corra como un Pactolo, por las prensas europeas, haciendo crecer el nardo del elogio al bárbaro invasor, eso lo hallo lógico, en esas milicias del escándalo,

con la necesidad de la cocarda; pero, que ese solsticio de impureza, llegue a nuestros pueblos y, a nuestra raza, eso sí es el colmo de la afrenta, en nuestros imbéciles días;

afortunadamente, la *gloria* de aquellos argonautas del despojo, no tiene cantores entre nosotros, al menos entre los intelectuales dignos de este adjetivo;

si los tiene entre los otros, en las bajas capas de la grafópolis incipiente, en los subsuelos del pensamiento; yo no lo sé;

esas zonas del contrerismo guatemalteco, y, la animalidad vegetativa, zonas del escarabajo y el *candil*, no son zonas exploradas ni explorables por los altos obreros del pensamiento y, de la pluma;

así, cuando cierta prensa europea habla de las *doctrinas imperialistas* de los Estados Unidos, yo hallo lógica la confusión de términos, en la abyección milagrosa y, milenaria, de esa prensa hace siglos, adorativamen-

te prosternada ante la fuerza, tendidas las manos hacia el Becerro de Oro;

pero, me indigna que esa confusión prospere y crezca en nuestro periodismo, en el cual, si el cáncer del mercantilismo se propaga, aun hay zonas de lealtad y, de coraje, en las cuales escritores criollos, de un idealismo perfecto, lidian sin reposarse las batallas de la Libertad;

legionarios del honor, inaccesibles al soborno, ellos redimen en América, la gloria de su prensa, que otros deshonran en Europa, y, venden en New York;

ellos, hacen ver al mundo, que es bajo el cuchillo de los carniceros, y, no bajo la espada de los héroes que morimos;

ellos, arrojan mucha luz, en este crimen, el más inconcebible de los tiempos modernos, en que se disfraza el atentado, con las palabras plafonantes de una prensa de piratas, que en la lengua de Shakespeare, traduce los sentimientos de Amílcar;

ellos, hacen muy bien; llenan su deber en momentos en que otros lo traicionan;

con cerrar los ojos, no se evita el golpe del verdugo; es preciso mirar el hacha frente a frente, y, escupirla con desprecio, antes que caiga sobre nosotros;

que nos degüelle... sea; pero, que no nos humille;

si no hay ya, en ciertos países de nuestra América, hombres que sepan cómo se muere, es necesario que sepan siquiera de qué se muere;

es preciso que ciertos pueblos nuestros, como Colombia, que han huído arrojando las armas al pie del enemigo, sepan que si por su cobardía han escapado de la gloria, no han escapado de la muerte;

han renunciado al Honor, pero no al sepulcro;

el yankee va tras de ellos y, los ultimará de rodillas, ya que no supieron resistirle puestos de pie;

es necesario removerles la cloaca de su inocencia fétida y, convencional y, hacerles comprender que nada los librará de sucumbir, ya que débilmente, cobardemente, huyen para morir en silencio lejos de todo grito triunfal;

nada los librará; su terrible acosador va sobre ellos, y, los agarrota, sellándoles el hipo de su agonía, con el tacón insolente de su bota;

sólo se salvarán los que resistan;

los otros... aquellos en los cuales la pasión de la servilidad adoptada supera a la vieja pasión de la libertad abandonada;

que, encontrada la cadena, superan por su abyección en sufrirla cuanto habían hecho por huirla;

que, espantados de haber permanecido de pie, no saben siquiera donde poner ahora las rodillas;

y, doblan la cabeza esperando el tajo que se la corte;

ésos... que mueran;

que mueran ahora; que mueran ya;

cuando pueblos así han desaparecido, todo cesa en torno de ellos, todo, hasta el ruido de la Historia;

y, sobre esa terrible serenidad del fango y, de la nada, el destino, escribe como sobre un poste trágico alzado en la tumba de un esclavo:

SPOLIARIUM.

XVII

Lo que caracteriza los hombres y, los pueblos débiles, es la adoración a la fuerza;

sufrir la fuerza, he ahí la enorme tristeza; pero adorar la fuerza, ¿cuál vileza igual a esa vileza?

ella reviste en nuestra América, los caracteres inverosímiles del milagro, las proporciones desconcertantes de lo fantástico;

y, esa adoración ¿es hija de la Debilidad? no: es hija de la indignidad;

es que lo primero que esos pueblos olvidaron en su rápido descenso hacia la muerte, fué su Historia;

con ella perdieron su corazón, su corazón,

en el cual, un día el Heroísmo, había batido alas tan grandes, que la vibración de esas alas había hecho temblar la tierra;

por el olvido de esa gloria cayeron en la servidumbre; y, consumidos fueron por la llama de su degradación;

y, yugo sobre yugo, cayeron sin aliento, y yacen insepultos, en los llanos del silencio, devastados por el hacha conquistadora;

y, aun tienen fuerza para gritar desde el fondo de su miseria, nuevos títulos a su opresión;

se sienten hartos de la presencia y, de la omnipotencia de su propia tiranía, y, piden la extraña;

el tacón de las botas de sus amos, no les basta y, piden las de los amos extranjeros, para poner bajo ellas los labios tumefactos de Adoración;

y, adoraron a Roosevelt;

y, adoraron a Taft;

y, adoraron a Elius Rooth, el San Pablo

parlanchín de esos cristos de la Conquista, que fué diciéndole el evangelio del imperialismo por todas sus ardientes latitudes;

y, hoy adoran a Wilson, este pedagogo del despojo coronado de sonrisas;

la admiración al yanki, es en la América latina, la señal más viva y, más profunda de nuestra degradación;

el espectáculo del alma sud-americana, corriendo ante el yugo de los aventureros, que no se dignan ni acariciarla para encadenarla, es, el más bochornoso espectáculo que a los ojos humanos le haya sido dado contemplar en estos días tan tristes, en que muerta la Libertad, parece haber hecho testamento en favor de la Conquista;

en esta hora de las abdicaciones, esos pueblos que llevan la muerte en el corazón, comienzan, por confesarla;

en el alma de esas sociedades moribundas, vive la Traición y, el miedo a los amos de la

tierra, a los cuales tienen el triste orgullo de obedecer;

y, ellos, ponen el corazón de América, bajo las plantas de los invasores, para que lo rompan, y los aceptan como aliados de la Libertad, para que funden la Paz sobre una tierra que el recuerdo de las más grandes batallas hacía sagrada;

¿veis a Cuba, esa rosa de Gloria y, de Valor, caída del corazón heroico de Martí, cómo abre su cáliz repleto de lágrimas, en la aurora de una libertad mentida, y de una Soberanía, ilusoria como un miraje?

y, en Santo Domingo, desde que el cura Morales, aquel Iscariote del altar y, de la Libertad, entregó a los yankis esa isla griega, que el Destino hizo brotar en América, ¿no se ha formado un partido anexionista, que a cada minuto quiere perturbar la paz, para traer a su patria la quietud del protectorado?

al fin han logrado su infame propósito, y, los yankis son dueños de la primera joya que

Colón engarzó en la corona de la vieja España...

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

He ahí que cuando hablamos de la miseria de esos pueblos vencidos, que aspiran aún a ser conquistados, se nos grita en todos los tonos, por las bocas de los diaristas, llenas de los mendrugos de Wáshington:

«calumniais a los Estados Unidos, ellos no tienen la intención de conquistarnos»;

cuando la Imbecilidad y, la Improbidad, llegan a este alto grado, no se discute con ellas; se levanta acta del hecho, y, se vuelven las espaldas;

y, entonces el pensador, se conforma en dialogar fraternalmente, con las grandes almas que aun viven en medio de la ruina moral y, son como los últimos herederos de ese mundo, pronto a desaparecer;

y, escribe para ellos;

¿como un consejo?

no; como una confidencia en las tinieblas;

y, la voz de aquel que anuncia, tiene entonces el sonido de una campana en la noche;

ella incomoda a los vivos, y, no tiene el poder de despertar a los muertos;

y, la falange de los muertos, es lo único que parece quedar en pie, defendiendo con la fascinación del pasado, un mundo que la corrupción de sus descendientes entrega lentamente al invasor;

¡felices muertos!

ellos siquiera son libres;

en el Imperio de la Muerte no hay esclavos.

XVIII

La sola palabra, Pan-americanismo, me espeluzna;

esa palabra, principió por ser un sofisma, y, ha acabado por ser una emboscada; en ese *coupe-gorge* han sido degolladas, la Soberanía de muchos pueblos, y la Integridad de otros;

la Unión *Pan*-americana, no es otra cosa que el histórico y, ya enmohecido Pan-americanismo de Mr. Blaine, tan candorosa y, ardientemente predicado por el noble y, bello espíritu de Bolet-Peraza, en días que ya están lejanos;

ese *Pan*-americanismo, nos ha sido fatal;

él, ha sido el padre putativo, de esos congresos abigarrados y pintorescos, que han recorrido las capitales de nuestro Continente, despertando una incontenible hilaridad, allí donde un severo desdén, no los ha acogido;

yo, no creo en el *Pan*-americanismo;

creo en el panslavismo, en el pangermanismo, en el panislamismo, como resultantes del espíritu de defensa en pueblos de una *misma raza*, de una misma historia, de una misma tradición, que han tenido una igual grandeza pretérita, y, aspiran a revivirla en un seguro, aunque lejano porvenir;

pero, ¿cómo fundar un panamericanismo, entre los pueblos de dos razas, no ya extrañas, sino antagónicas, que no han tenido las mismas tradiciones, ni tuvieron nunca los mismos ideales, los mismos intereses, ni siquiera las mismas pasiones?

todo nos hace a los hombres de las razas del Sur de América, no los aliados, sino los

adversarios naturales, de la raza y de los pueblos del Norte;

toda nuestra historia del pasado, nuestras heridas del presente, nuestros ensueños del porvenir;

hoy, como ayer, como mañana, como siempre, seremos Etocles y Polinice; los hermanos rivales; los latinos, y, los sajones;

pero, aun dejando a un lado esas cuestiones de pura Etnica sociológica, encontramos que en el terreno de la Política, es más que difícil, imposible, la fundación de ese *Pan*-americanismo, a todas luces fatal;

eso, que algunos proponen como nuestra salvación, eso, ha sido ya muchas veces, la tumba de nuestra esperanza, y, será mañana nuestra perdición;

los Estados Unidos, no vacilarán en proclamar—como lo han proclamado siempre—«que la conquista queda definitivamente proscrita del Continente americano, compro-

metiéndose a no *ejercitar*, ni tolerar la Conquista de territorios en América»;

lo prometerán, sí, pero no lo cumplirán;

lo prometerán *solemnemente*, pero, para faltar, más ruidosa, más estrepitosamente, a esa promesa;

mientras más sea la solemnidad del juramento, ellos pondrán más lujo en ser desleales a él;

ellos no tolerarán nunca la Conquista, pero la ejercitarán siempre;

los que hemos nacido en territorios de la América hispana, y, especialmente en aquel rincón de tierra violada por el despojo, tenemos el derecho de decir ante el mundo, sin temor de ser desmentidos, que en el Gobierno yanki, no hay Fe Pública;

que lo que hay es Fe Púnica;

que el alma fenicia vive en él;

que nunca los Estados Unidos, han hecho con nuestros pueblos un pacto, que no haya sido para darse el bárbaro placer de violarlo;

que cuando han puesto su firma al pie de un Tratado, no se han dignado siquiera denunciarla o retirarla, sino que se han apresurado a desgarrarla, con la más impudente brutalidad;

¿cómo creer que el Gobierno que violó el Tratado de 1846, que lo obligaba a mantener la integridad y, la soberanía de Colombia en el Istmo de Panamá, con el solo designio de robarla y, despojarla, pueda ser creído por nosotros, o tiene puesto en el estrado de los pueblos de honor?

no, mientras tal crimen subsista;

su felonía lo ha inhabilitado para esto;

¿no hemos oído recientemente el cinismo exasperante, con el cual Mr. Roosevelt, cuenta al mundo entero las peripecias de aquel crimen, queriendo ahogar la víctima bajo el peso bufalesco de sus dicterios de jayán?

¿qué escritor o qué escritores; qué pensador o qué grupo de pensadores, por grandes que fueran sus méritos o su arrojo, ensa-

yarían hoy rehabilitar aquel Gobierno, y, llevar nuestros pueblos a unirse a él?

¿quién o quiénes se atreverían a salir garantes de la palabra oficial de ese pueblo, diciéndole a los nuestros: «Creed en él. Entregaos a él; es nuestro hermano?»

yo, no lo ensayaría siquiera;

y el *Pan*-americanismo sería eso;

tratar, como se quiere de «desvanecer el sentimiento de desconfianza que el mundo latino-americano, siente por los Estados Unidos» sería trabajar por destruir aquello más decoroso que nos separa de ellos;

otra es la meta de seguir;

tratar de exacerbar ese sentimiento hasta la exasperación y, hasta el odio;

tratar de ahondar ese abismo, hasta hacerlo incolmable;

y, ya que no nos es posible secar el mar cómplice, entre los Estados Unidos y, nosotros, sembrémoslo al menos de tantos escollos morales, que sus naves encallen en ellos,

ya que no pueden ser rotas por nuestros cañones insubsistentes;

hacer del anti-yankismo, una bandera, una política, un credo;

suplir el Pan-americanismo, por el Pan-latinismo;

¿cómo así?

uniéndose los países de *raza latina* en América, desde la República Argentina, hasta México, para hacer una declaración de Integridad Territorial, y, poner a la Conquista ese Veto, pero a toda la Conquista, y, más que todo, a la Conquista Yanki;

celebrar un Congreso, netamente *latino-americano*, con prescindencia absoluta de diputados yankis, impidiendo así, que los Estados Unidos, vayan, como en los Congresos anteriores, a ejercer en él, la pedagogía del miedo, sobre nuestra servilidad mestiza;

tratar de asuntos de nuestra raza, por hombres de nuestra raza, con exilio inflexible del terrible hiperbóreo, de que habla Nietzsche;

que ese Congreso haga una declaración, proclamando nuestra Doctrina, el monroísmo nuestro, contra todos, y, contra todo;

hacer esa unión por medio de tratados, comprometiéndose todos esos países a la creación de una marina de guerra, que cubra el Atlántico y, el Pacífico, como una coraza de acero, que ha de proteger el corazón de nuestra independencia;

aplazar las reivindicaciones; pero no renunciar a ellas;

apelar al Tribunal del tiempo, único que nos hará justicia, cuando seamos fuertes;

pero eso de precipitarnos en brazos de una conquista para evitar otra...

entregarnos a la realidad del peligro yanki (único existente) por huir a la *probabilidad* del peligro europeo, problemático y remoto, eso sería como suicidarnos por miedo a la muerte;

eso sería hacer imperativo el interrogante que tan donosamente ponen muchos a la

América; *¿A quelle sauce voulez-vous être mangé?*

razas y, pueblos vivos, no responden a esa pregunta, o lo hacen diciendo: *en mi propia sangre.*

XIX

He ahí un acontecimiento inesperado, que sería agradable, si la bajeza del fin, no quitase toda grandeza a su actitud;

la Europa, se impresiona ante los gestos bélicos del Presidente Wilson;

aquel pedagogo enfurecido comienza a darle recelos;

el charlatanismo irritante de aquel cabotín del pacifismo, que es Mr. Bryan, hecho de súbito agresivo y brutal, comienza a inquietar las graves cancillerías europeas, indiferentes hasta hoy a aquella diplomacia de Pieles Rojas, que desde hace veinte años, recorre y agota en Wáshington, todo el escala-

fón de las violencias, contra los pueblos débiles de la América latina, en nombre de aquella mandíbula de asno, vibrante en las manos de Caín, y, que se llama: la Doctrina Monroe;

los venerandos moluscos de la Diplomacia, asoman la cabeza de tortuga somnolienta y, creen apercibir un peligro, más allá del mar, y, lo presienten, más que lo abarcan, en su visión confusa de testáceos;

a esta actitud de la Diplomacia fósil, responde el diarismo, con voces de grande alarma;

y, se nos da por primera vez, el sorprendente espectáculo, de que ante los ojos de la Europa decrépita, un pueblo débil, sea algo más que un pueblo bárbaro, digno del menosprecio de la Historia;

reconfortante espectáculo este de que la Europa senil, reconozca, que el Derecho, es algo más que el patrimonio de los fuertes, y, que existen pueblos, más allá de los límites

geográficos, en que acampan sus ejércitos en vela;

yo, sé bien, que no son las ideas, sino los intereses, los que generan este movimiento de simpatía, que no es en el fondo sino un grito del Egoísmo alarmado;

pero...

¿qué queréis?

si hace ya tanto tiempo, que los ideales duermen bajo el polvo de los pórticos de Atenas y las alas inmóviles de las águilas de Roma, es necesario conformarnos con la voz de Cartago, única que dicta en este momento sus veredictos ultrajantes;

nuestra época, tiene el alma fenicia, y, es la voz de los mercados, y no la del Agora la que grita sobre el mundo...

si el alma de esta Europa, que siente el odio y, el pavor del Idealismo, se vuelve un momento hacia los oprimidos de la tierra para mostrarles simpatías, ningún hombre pen-

sante se hace ilusión sobre la generosidad de ese gesto;

sabe bien el móvil de él; y, sabe que es la codicia alarmada, y, no la conciencia indignada, la que lo dicta...

¿que no es desinteresado ese gesto?

sea;

pero, dejemos constancia de él;

¿que no son las olas de sangre humana que corren más allá del mar, las que alarman el sentimentalismo semita de los gobiernos bancarios de Europa, sino el oleaje virgen de los yacimientos petroleros, que duerme en las entrañas de esa tierra, hollada por los ejércitos en lucha?...

verdad;

pero, lo inusitado del hecho, le da a mis ojos, el prestigio de lo inesperado;

la Europa, no nos tiene acostumbrados a estos grandes gestos de Misericordia y, de Justicia;

su egoísmo empedernido y, tenaz, ha he-

cho que nuestros ojos, no se vuelvan a ella, con esperanza, sino antes bien, interroguemos en los suyos, qué nuevo peligro nos amenaza...

la Europa, ha sido, cuando no la incitatriz, la cómplice, de todos los atentados, que la audacia cartaginesa de los yankis, ha cometido contra la soberanía inerme, de los países de la América Latina;

cuando no ha extendido su mano para señalar la víctima, poniendo el victimario de instrumento de su ambición, como en los acontecimientos de Venezuela, se ha cruzado de brazos, aprobando el gesto violador, como cuando su intervención en la guerra de Cuba, cuando el despojo de Colombia, cuando el sacrificio de Nicaragua, cuando esta provocación lenta y aleve a la desesperacióu de un pueblo, que se ha llamado: la guerra de México...

desde hace medio siglo que Walker desembarcó en Honduras, hasta hace poco que

el Almirante Fletcher, desembarcó en Veracruz, la Europa, no ha sabido sino temblar o sonreír, ante el derecho de los fenicios, proclamado como único derecho internacional, sobre los vastos mares de la América lejana...

todos los filibusteros, desde los de Walker a los de Roosevelt, tuvieron, cuando no su aplauso, al menos la aprobación de su silencio;

¿por qué extrañar, que, cuando la bandera del Egoísmo, se enarbola sobre la costa, los piratas se apresuren a enarbolar la del Despojo en lo más alto de sus mástiles?

y, mares abiertos al pillaje, han sido los mares nuestros;

las naves de la civilización europea, encargadas de reprimir y castigar ese delito, en los mares de Anam y, en los de China, no aparecieron para reprimirlo en los de América, y, antes bien, se apresuraron a reconocer la beligerancia del Crimen, sobre esos mares indefensos, que no tenían para opo-

nerse a la fuerza de los hombres, sino la fuerza de sus tempestades, que esta vez ¡ay! nos hicieron traición, permaneciendo calmados, como el corazón cobarde de la Europa;

y, sin embargo, ese Crimen, no hería solamente nuestros propios intereses, hería también los intereses de la Europa cómplice...

¡los intereses, que son toda el alma de la Europa actual!...

y, sus hombres de Estado, cegados por las borrascas del presente, no alcanzaron a ver, cómo palidecía el prestigio de sus banderas, bajo los cielos del porvenir;

la Europa romántica, estaba muerta y, bien muerta; la Europa que enviaba a Lafayette, a combatir al lado de Wáshington, y, a la Legión Británica, a morir, al lado de Bolívar;

la Europa práctica no sabía nada de esos altruísmos guerreros;

¿qué le importaba a ella la suerte de los débiles?...

y, sin embargo, con esos débiles, sucumbía algo de ella misma, algo de su propia fuerza;

pasemos por sobre las ideas, que la apostasía colectiva de la política universal, parece haber condenado a la derrota;

pero, ¿los intereses?...

los intereses, que son toda el alma de la Europa actual... ¿no estaban en juego allí?...

sí, que lo estaban...;

y, sucumbieron con los intereses nuestros...

¿por qué no tiene hoy, el mundo un canal *internacional,* sino un canal *yanki*, para unir el Atlántico y, el Pacífico, bajo la feria de luz de los trópicos?

por su indiferencia culpable hacia los débiles;

por su complicidad con los altos *escrocs* de la política internacional, como Bunau-Varilla, que robaron cínicamente a un pueblo—,

corrompido y, culpable, es verdad—, pero posesor indiscutible de la cosa robada;

porque la Europa permitió y apoyó, el despojo de Colombia, protegida por la Fe de un Tratado, con su propio detentor...

porque ella permitió el crimen del Gobierno Yanki, que con una mano mutilaba a un país débil y, con la otra, desgarraba las hojas del Tratado, que lo unía a aquel pueblo y, lo hacía el protector de la cosa robada...

¡ese Tratado, que no tenía, como todos los suyos, sino el valor irrisorio del juramento de un pirata ebrio, hecho ante los mares y los cielos en una noche de orgía;

la Europa aprobó y, aun aplaudió, aquel despojo, bajo el pretexto de la corrupción manifiesta de los políticos colombianos ;

yo, no niego, y antes afirmo, esa corrupción.

pero;

¿desde cuándo la corrupción de los débiles, es un pretexto para la corrupción de los

fuertes?... poner la corrupción de los otros como escabel a su propia fortuna, es ser más corrompido que aquellos a quienes se explota;

la más baja forma de prostitución, es explotar la de los otros;

¿vamos a hacer de ese comercio una política?

¿vamos a proclamar la Ley del Contagio, como un postulado de Ética, y, a declararla resolutiva, en los problemas de la Política internacional?

tanto valdría declarar la Trata de blancas, incluída como un principio de nuestro Derecho de Gentes, más allá del mar...

ante esta solución, los límites de la lógica retroceden asombrados, más allá de los campos ilimitados de lo absurdo;

por esa indiferencia y, por esa complacencia culpables, fué posible que el Canal de Panamá, ideado por el cerebro de un francés, iniciado con capitales franceses, regado con el sudor de los franceses, encontrase un

francés, que haciendo traición a la Raza y al Honor, fuese a ofrecerlo en almoneda en los mercados de Wáshington... y, lo vendiese como lo vendió a la raza enemiga...

dueños ya de la llave de los mares, los Estados Unidos, se dieron al más desvergonzado cambriolaje internacional, de que tienen memoria los siglos, después de aparecida la Civilización sobre la tierra...

dueños ya de Panamá, no se creyeron seguros...

quedaba aún la posibilidad de un Canal por Nicaragua, más fácil, a través de los lagos, y, que una Potencia Extranjera, podría un día abrir, haciendo competencia y reduciendo a nada, la obra del Despojo...

Nicaragua, se negaba a vender su territorio, cediendo la soberanía de la zona; y, Nicaragua, fué condenada a desaparecer, con esa soberanía que no quería vender;

los Estados Unidos decretaron su desaparición y, apelaron para ello, a los métodos

habituales de su política corrompida y corruptora, libre de todo prejuicio de Moral.

ellos, buscaron y, hallaron un Traidor, en Juan J. Estrada, Gobernador de Blusffild, ellos lo pagaron con el mismo dinero, con que pagaron a Esteban Huertas, el indio traidor, en Panamá, ellos lo armaron, ellos lo equiparon, y, ellos lo lanzaron contra el Gobierno legítimo de la República...

la hoguera de la guerra civil, estalló, prendida por la mano criminal de los Estados Unidos, que condenaban a un pueblo libre a morir abrasado en ella...

la política yanki, entró en pleno ejercicio de matanza...

el Gobierno de Nicaragua, resistía, con una heroica tenacidad, de la cual nadie ha hablado, porque parece que el heroísmo de los débiles, no merece siquiera el nombre de heroísmo...

los Estados Unidos se encargaron de hostilizarlo en el Interior, y de calumniarlo en

el Exterior... porque en la despreciable cacografía de aquel calumniador de pueblos, el oro sirve por igual, para comprar el plomo de los cartuchos que han de asesinar al débil y, el plomo de las prensas que han de deshonrarlo...

hay genízaros del pensamiento, como hay genízaros de la Acción;

Roosevelt, ese *rough-rider*, es diarista;

con la una mano, despoja al débil, y, con la otra, hace la apoteosis de su despojo...

los Roosevelts, de las selvas africanas, no tienen esa osadía;

se conforman con robar a su víctima;

la matan... no la ultrajan...

siempre hay más pudor en la selva ecuatorial, que en la Casa Blanca...

acosado por todas partes, el Gobierno de Nicaragua resistía;

el de Wáshington, le buscó entonces, como hoy al de México, la vieja querella del león al cordero, que bebiendo en el mismo

arroyo, muy abajo de él, le enturbiaba el agua...

a la guerra civil era preciso añadir la guerra internacional, es decir, la Intervención...

¿el pretexto?

¿dónde hallar el pretexto?...

la barbarie, nace togada en estos asuntos, y, los Estados Unidos lo encontraron presto...

legiones de filibusteros americanos, ansiosos de botín, habían desembarcado por todas partes en Nicaragua, para engrosar las filas de la revolución...

dos de éstos, los más audaces, llegaron hasta Managua, y fueron sorprendidos con elementos explosivos en las manos, para hacer saltar los cuarteles de la Ciudad...

convictos y confesos, fueron condenados a muerte, por un Tribunal legal...

el Gobierno de Wáshington rugió...

¡cómo!

¿fusilar a un filibustero?

un filibustero es sagrado...

un filibustero, representa toda el alma de los Estados Unidos...

fusilarlo, es atravesar de un balazo, una estrella de su pabellón;

buques yankis partieron a la defensa de los filibusteros, y, los puertos de Nicaragua fueron sitiados...

pero, el Presidente de la República no tembló ante la amenaza... y los dos yankis fueron fusilados...

la pérdida del Presidente y, de su Gobierno, fué decretada en Wáshington...

Taft, se sacudió el polvo de su levita, creyendo que aquellas balas le habían atravesado el corazón de hipopótamo falaz...

el bloqueo fué declarado contra Nicaragua, y, el sofisma que hoy se proclama en México, se proclamó entonces allí;

la guerra no era contra Nicaragua, sino contra el General Zelaya, que había osado derramar la sangre americana en el patíbulo...

el Presidente de Nicaragua, quiso des-

armar el sofisma, convocó el Congreso, y depuso en sus manos la Autoridad Suprema...

el Congreso nombró Presidente de la República, a un abogado eminente, el señor José Madriz;

y, el General Zelaya, abandonó el país, en un buque enviado para salvarlo, por la generosidad del Presidente de México...

¿se desarmó la rabia ciega de los Estados Unidos?

no;

ellos, no querían nada con el nuevo gobierno de Nicaragua, porque lo que querían era a Nicaragua;

roto el sofisma que les servía de pretexto, se pusieron en pie sobre los fragmentos de ese sofisma y, continuaron en hacer la guerra a un país inerme...

así como lo hicieron con México, cuando Huertas se retiró; porque nada es bastante a derrotar el cinismo armipotente, de aquellos que, alechados por el Exito, han declarado

la Fe Púnica, único código de Honor, en su comercio con los pueblos débiles de la tierra;

fuertes en ese principio, los Estados Unidos, continuaron la guerra contra Nicaragua...

y, Nicaragua fué vencida...

pero, he ahí que uno de los jefes vencedores, el General Mena, se vuelve contra sus aliados, y, les ordena desocupar el territorio nacional...

los invasores se enfurecen, y, juran sobre la tumba de Walker, castigar al que así les pide cuenta de su usurpación;

Mena resiste, Mena, combate; la sangre nicaragüense es derramada a torrentes, se inundan con ella las calles de Managua;

¿sabe el mundo algo de aquellas horas de heroísmo, a orillas de aquellos lagos lejanos, donde la sombra de Esparta, se proyectó rediviva, sobre la azulidad difusa de las aguas?

aquellos héroes solitarios entre el cielo y la montaña, no tuvieron como eco de sus ha-

zañas, sino el tropel de las fieras, asustadas de la crueldad enorme de los hombres, y, la indiferencia estólida del cielo, envolviendo en su manto de luz, la cobardía victoriosa de Caín...

Mena, fué vencido;

agarrotado, ultrajado, herido, fué puesto en las bodegas de un buque de guerra, y conducido como un esclavo rebelde, a una prisión en la zona del canal...

de allí salió moribundo...

sobre tantas ruinas, los Estados Unidos reinaron;

y, Mr. Bryan, presentó al Senado de los Estados Unidos, el proyecto de Protectorado de Nicaragua: la Anexión...

finis Poloniæ...

libres ya de adversarios en Centro América, los Estados Unidos, previeron la posibilidad de un Canal interoceánico por México, o al menos un ferrocarril, que neutralizara en parte el poderío del Canal de Panamá...

y volvieron sus ojos y sus armas contra México...

ellos desarrollaron la guerra civil, ellos la alimentaron, ellos declararon libre el comercio de armas y municiones en las zonas rebeldes, ellos redujeron al Gobierno a los últimos extremos, ellos inventaron o provocaron una ofensa, y, con el pretexto de vengarla, desembarcaron en territorio mexicano, en nombre de la ventura de ese pueblo...

he ahí, la política yanki, en la América latina, sin contar las intervenciones en Cuba, que han hecho de la innata República, la más desgraciada de las colonias yankis;

su intervención en Santo Domingo, hasta tomar posesión de la Isla, y, ocuparla, militarmente;

su política en Venezuela, contra Cipriano Castro, que hizo de aquel Presidente errante, un pobre perseguido, embarcado y desembarcado en paños menores, pestilente y mori-

bundo, ante las miradas conmovidas de los gendarmes europeos...

no que yo disculpe al simio abominable que produjo aquel conflicto;

pero, ese simio, había sido Presidente de Venezuela y, se había sentado bajo el Solio de Bolívar, y la sombra de ese solio, es bastante para infundir respeto a cualquier hombre que ame la Libertad y tenga el culto de la Gloria;

pero, nadie, ni nada, en nuestros hombres, ni en nuestros pueblos, es capaz de detener, este tropel de bárbaros, surgidos de las riberas de Hudson, para iniciar el reinado del Hacha, el reinado del Hombre Primitivo, que parecía relegado a los manuales de Historia, en los limbos remotos, donde ésta se confunde vagamente, con la zoología;

pueblo que han hecho del Capitolio de Wáshington, la fragua de Tubalcaín, forjadora de cadenas;

pueblo que tiende para estrangularnos sus

manos mutiladoras, con las cuales ha clavado la bandera de Nemrod, sobre la tumba de Lincoln, y, aspira en su osadía a clavarla también sobre la tumba de Juárez;

pero, no; no la clavará;

sus primeros soldados han mordido ya el polvo en los muelles de Veracruz, y, han sentido temblar sus plantas profanadoras en el desgarramiento de entrañas de Laredo dinamitado...

México se alzó amenazante, para combatir a aquellos pedagogos del despojo, que se empeñan en hacerle creer, que no le hacen la guerra, o si se la hacen es para darle la Paz...

sí... la paz de los esclavos, bajo la cual yacen las Filipinas, Hawaii, Panamá, y Centro América...

la paz de los sepulcros, en la cual han entrado ya centenares de mexicanos, mal sepultos, en los cementerios de Veracruz;

ésa es la paz que nos ofrecen esos Catones de farsa, que han hecho del águila de Wás-

hington, el buitre de Prometeo, para despedazar el corazón de un mundo, devorándolo sin piedad;

ésa es la paz que nos brindan aquellos mercaderes cartagineses, habituados a confiar los veredictos de la Justicia al filo de la espada, y, a hacer de la balanza de Astrea, el platillo de Sylock...

esa paz es la Conquista, y, es necesario reaccionar contra esa paz...

morir de cara a ella;

en esta hora tan triste, en que las águilas de Wáshington ocultan la cabeza, bajo el ala, y, lloran de vergüenza...

XX

Lo que hay de más enfadoso en nuestra política, es la monotonía;

ella, nos impone, aun relatando el Crimen, la pena insoportable del Enojo;

el crimen, que siempre hace temblar, nos hace bostezar a fuerza de su monotonía, y mediocridad;

todo es pequeño, y todo se empequeñece en el matorral enmarañado de nuestra política continental;

en ese vasto médano de asesinato y de pillajes, los jaguares degeneran, hasta tomar la talla de gatos monteses, y, las terribles pumas, se hacen en la noche, diminutas, co-

mo si fuesen zorras pávidas, prontas a devorar un palomar;

la grandeza ha huído de nosotros, acaso por temor de empequeñecerse, al contacto de tanta bajeza nuestra;

solos quedamos, solos y huérfanos de gloria, ayunos de todo gesto heroico;

pueblos de Epopeyas fuimos, que un día ensayamos por ella entrar en el seno de la Historia;

y, hoy pueblos de farsa, tribus gitanescas, devastadas por todos los flagelos, melancólicamente acampadas bajo las tiendas del ridículo, cerca a los ríos tempestuosos que reflejaron nuestra grandeza;

en el escenario grotesco de ese carro de zíngaros que es nuestra política, los bufones se suceden a los bufones, los gestos simios a los gestos simios, el grito al grito, sin que nada redima esa farsa abyecta, de la espantosa monotonía de su vulgaridad;

los grandes ríos americanos, del Hudson

al Plata, del Plata al Amazonas, de éste al Orinoco, se hinchan, y, se desbordan, en un acrecimiento de Mediocridad, de Banalidad, de Vulgaridad, que se lanza en ondas enormes sobre el mundo, como para ahogarlo;

los saurios de la política, abren en las playas cálidas, sus fauces insaciables, y muestran sus escamas al sol que las abrillanta, en una caricia desdeñosa de misericordia;

ese espectáculo canicular, cansa nuestros ojos, estraga nuestros sentidos, usa nuestros nervios, y, nos llena, más que de Tedio, de una mortal fatiga;

ni un grande Hombre, ni un gran hecho, ni un gesto heroico o trascendental, que rompa la desastrosa unidad de ese horizonte bajo y grosero, donde un desfile de seres y, de hechos ínfimos, se suceden con una semejanza enojosa y, pueril;

¿no veis sobre el carro de feria de los gitanos del Hudson, esos polichinelas ruidosos, encascabelados, y, gesticuladores, que llenan

el horizonte, y, asordan los ámbitos, con sus gestos, y, sus gritos desbordantes de brutalidad?

son Roosevelt, Taft, Rooth, Wilson;

¿qué predican esos Pierrots, bajo el blanco de su harina, y, el cobre de sus cascabeles?

predican el Imperialismo;

y, ¿qué es el Imperialismo?

el Imperialismo, es el olvido de las tradiciones gloriosas, y, la apostasía de los viejos principios de la Libertad y del Derecho, que habían hecho hasta ayer, la fuerza y, la Gloria de esa democracia portentosa, convertida hoy, en un Imperio de mercaderes, del cual la infame pequeñez de un hombre, ha hecho el más esplinético libelo terrestre, contra la Libertad;

el Imperialismo, es el Cesarismo;

el Imperialismo es el cáncer que ha de matar la Democracia yanki.

Roosevelt, Taft, Rooth, Wilson, son ese cáncer;

son Césares en fermento.

Césares sin genio, pero que a falta de genio, tienen audacia;

extraños y fatales personajes esos, tan vacuos y, tan afortunados, como sus mediocres personalidades de reporteros, y, la atronadora insolencia de sus verbosidades;

nunca, ningún falso grande Hombre, ha pasado a la Historia, tan legítimamente falso como cualquiera de esos tres expoliadores de pueblos;

reporteros, como hay millares en esa prensa absurda y, fracasante;

escribidores sin genio, oradores electorales, de verbo populachero y, guapetón; notables únicamente por sus audaces sonoridades;

¿qué átomo hay, en la organización de esos hombres, que pueda decirse el de un gran

escritor, un gran orador, un gran hombre de Estado?

¿qué hay en ellos de un Pitt, de un Sheridan, de un Coben, o de un Gladstone?

es la platitud, la insondable platitud de su medio y, de su época, la que ha hecho la grandeza de esos Napoleones de gacetilla, tan pequeños y, sin embargo, tan deplorablemente fatales;

lo que ha hecho la popularidad y, el prestigio de esos hombres, es que ellos sintetizan y, representan a maravilla, todos los vicios y las bajas pasiones del alma contemporánea de su país;

ellos son los yankis modernos, insolentes, presuntuosos, terriblemente *snobs* y, fieramente crueles; la rapacidad, la voracidad, la mediocridad yankis, la representan ellos a maravilla; ésas son su significación y su grandeza;

profesores de energía, los llaman ciertos escritores delicuescentes, con almas de cor-

seteras, que enamorados de la fuerza material, aman en su histerismo, la brutalidad avasalladora del macho salvaje, y, la creen una virtud;

profesores del Despojo, del Engaño y, de la Mentira: les diría yo; profesores del Cinismo;

su exasperante insolencia, su mediocridad ensimismada y bullanguera, no puede hacer nunca de ellos, la noble concepción de jefes de Repúblicas, de hombres de Estado cautos y serios, de serenos y, aptos conductores de hombres;

esos pastores de búfalos, no pueden ser sino la encarnación raquítica de un cesarismo plutócrata, sin otro elemento de grandeza que el alcance de sus cañones, de un imperialismo matonesco, mostrando al mundo, como una amenaza, el furor de sus puños de gañanes;

y, aun hay quien me critique, no haber admirado nunca estos cazadores de pueblos dé-

biles, que desmembraron mi patria, que humillaron nuestra raza, que han hecho de nuestra América hispana, el predio de sus codiciosas aventuras;

que los admiren ellos, almas de esclavos, a quienes deslumbra el alba escarlata en que pasan envueltos esos Nemrods de *vaudeville;*

dejadle a un hombre honrado, el acre placer de despreciarlos;

nuestra América, no entiende de ese placer, es carne de esclavos y, de tumultos;

ella, está llamada a admirar a Roosevelt, a Taft, a Rooth, a Wilson, a los hombres que se empapan en ese gran homicidio de los pueblos;

es un espectáculo digno de su admiración, ver esos hombres echados sobre nuestra América, como un león en el circo romano, prendido a los pechos sin jugo de una virgen, hechos para ser devorados, pero incapaces de lactar una fiera;

un tigre prendido a los pezones de una mártir;

eso habría hecho reír a Domiciano;

y, eso, encanta a muchos de los descendientes degenerados, de aquellos que fueron héroes, y, a los restos insepultos de aquellos que fueron pueblos.

XXI

Política de Imprevisión y, política de Claudicación; ésa ha sido la política internacional de la América latina;

por la humillación han ido esos países al desastre, y, por la claudicación han escapado de la muerte;

en política, imprevisión, es degeneración;

imprudencia, es decadencia;

toda claudicación, es una humillación;

por lo que respecta a los últimos hechos de la política internacional en América, no se extrema el papel de acusador, aseverando, que es por la imprevisión, que esos pueblos han comprometido su soberanía, y, es

por la claudicación que han salvado una sombra de ella;

ver y, prever, son cuasi una sola palabra en política;

prever, es una manera de vencer;

la catástrofe tiene siempre por madre la Imprevisión;

donde el hombre pone la palabra Providencia, el buen sentido pone esta otra: Lógica; ése es su verdadero nombre;

Dios no es sino una palabra en la Historia; Dios es la disculpa de los acontecimientos, no la causa;

en política, Dios es, un pretexto, con el cual disculpan los audaces su imprevisión, y, buscan los débiles una excusa a su cobarde sumisión;

Dios, ensalzando y, humillando las naciones, es un tropo de literatura inmemorial y, primitivo, bueno para los versículos rencorosos de la Biblia, la prosa bárbara del Kai-

ser teutón y, las proclamas vacuas de los despotismos verbosos de América;

el hombre actúa solo, en los hechos de la Historia; el hecho, con su lógica implacable, es el que manda;

no fué Dios quien sumergió la Grecia bajo las olas de los Persas; fueron los hombres de sus democracias turbulentas, los que trajeron sobre ella las miriadas inconsiderables del Asia enorme; los horrores de Pelópidas, llaman los soldados de Darío; Hippias, es la vanguardia de los medos;

no fué Dios, quien destruyó el Imperio Romano; fué el cáncer del cesarismo, el que atrajo los bárbaros sobre él, en la hora de su inevitable descomposición, así como la podredumbre atrae los cuervos; Heliogábalo llama a gritos a Constancio; Atila completa a Tiberio;

Dios no hirió la Francia imperial en el año terrible; fueron los crímenes del Bonaparte apócrifo, los que trajeron la barbarie tudes-

ca sobre aquel imperio, fulminado por las maldiciones de la tierra; el 2 de Diciembre llamó a Sedán, y, los bárbaros llegaron;

la Justicia de la Historia es inflexible;

el Crimen atrae el castigo, como el imán atrae el rayo;

no es Dios, quien encadena los pueblos; son sus faltas;

no es la Providencia, quien destruye los imperios: son sus crímenes;

el destino se llama Justicia;

en política, la Providencia, es la máscara tras de la cual los hombres ocultan su insuficiencia, y, el escudo con que el miedo cubre su impotencia;

preguntad a los pueblos en desgracia y, a los hombres caídos, quién los hirió y, os responderán que fué Dios;

¡Mentira! fueron ellos;

cada pueblo, como cada hombre, se hace su destino.

XXII

Aliarse, es completarse;

la política exterior de una gran nación está toda en la elección de sus aliados, como su política interior, está toda en la elección de sus gobiernos;

el problema interior, se resuelve por la libertad: el problema exterior, por la seguridad;

ser lo más libre posible adentro, y, lo más fuerte posible afuera, tal es toda la política de un gran Estado;

el despotismo adentro, y, el aislamiento afuera, son en una nación, señales inequívocas de debilidad y, decadencia;

el aislamiento es el aminoramiento, el peligro más grande de un país;

el *Vœ Soli*, del proverbio, se cumple, para los pueblos aislados;

el aislamiento, es una extremidad, en la cual, una nación puede encerrarse transitoriamente con honor, pero en la cual no puede permanecer largo tiempo con prestigio;

el aislamiento, es un accidente, no un sistema;

erigir el aislamiento en sistema, es erigir la decadencia en principio;

el aislamiento es el suicidio;

así lo han comprendido todos los hombres de Estado, creadores de nacionalidades y, de pueblos;

así lo comprendieron a mediados del siglo extinto, la Alemania, el Austria y, la Italia, cuando formaron entre sí, esa cadena de hierro, con la cual quisieron estrangular la Francia agonizante: la Triple Alianza;

¡obra portentosa de Olvido y, de Odio, en

la cual el Emperador de Austria, hoy muerto, tendía una mano a la Prusia, por sobre los llanos sangrientos de Sadowa, y, otra a la Italia, por sobre los terribles campos de Solferino y, de Palestro!...

y, estrechó aquellas manos que acababan de infligirle las más sangrientas derrotas, y, las más dolorosas mutilaciones a su Imperio;

así lo comprendió la Rusia, uniéndose a la Francia;

así lo comprendió al fin Inglaterra, cuando rudamente aleccionada por la experiencia, resolvió salir de lo que sus hombres de Estado llamaban, su *espléndido aislamiento*, y, volviendo la espalda al grupo de naciones occidentales, marchó hacia el Imperio del Sol levante, y, puso su mano en las manos del Mikado, y, el hombre amarillo, que tanto exaspera la neurosis del Emperador de Alemania, entró en el concierto europeo, tomando puesto de honor al lado del más puro espé-

cimen de raza sajona, su Majestad el Rey de Inglaterra y, Emperador de las Indias...

. . . . . .

. . . . . .

Nuestros hombres de Estado, o para ser justo en la expresión, los hombres de nuestros Estados, en la América ¿piensan en algo semejante? ¿tienen algún plan de política internacional? ¿habla a sus corazones, algo más que el presente afanoso de sangre, de angustia, y, de miseria?

¿los problemas pavorosos y, obscuros del mañana inexorable, obseden sus imaginaciones, llenas de las querellas mezquinas, y, de las futilezas de la política local?

¿haciendo un hueco en la tiniebla espantosa, aquellos mandatarios se hacen visionarios?

¿aquellos Presidentes se hacen videntes?

¿no sienten en lo desconocido, la honda negra y, devastadora que va contra nosotros?

Méjico mutilado, Puerto Rico conquistado,

como Filipinas, y, Cuba amenazada en esa sombra de nacionalidad con la cual el cinismo de sus conquistadores la corona, ¿no les dice nada?

¡Santo Domingo, Nicaragua, Haití, traicionados bajo el pretexto de ser libertados de las guerras civiles, entregados al protectorado americano, y, despertando de sus sueños de gloria, sobre el jirón de una soberanía irrisoria!

Panamá, vendido por los conservadores de Colombia, y, amenazado de secuestro por el gabinete americano;

el fantasma del *Crette* a *Pierrot*, hundido en aguas haitianas, por el *Panther*, el buque pirata, de triste recordación... ¿nada dicen a esas turbas en tumulto?

sólo Argentina, Brasil y Chile pensaron alto, formando una confederación que aspira a ser y, es la Tripe Alianza del Pacífico;

Argentina, Brasil y Chile, se unen; ¿contra quién? ¿contra qué?

el espíritu de la Coalición es una forma del espíritu de Conquista;

no se coaliga para la paz, aunque se coaligue en la paz;

el fin de toda Coalición es una Guerra;

armarse, es prepararse;

nadie se arma para la Paz;

en proclamar la Paz, a horcajadas sobre un cañón, puede haber oportunidad, pero no hay sinceridad;

las coaliciones piden ejércitos permanentes, y los ejércitos permanentes piden la guerra; un ejército combate o se corrompe; es como el mar; envenena el aire, si no es purificado por la borrasca;

él, suele volver contra la libertad los cañones que no emplea, en defensa de la integridad; o héroes o pretorianos; no hay otra disyuntiva para los ejércitos permanentes;

las naciones se coaligan o para premunir, o para intervenir;

las cosas tienen sus leyes inviolables... quien se arma hoy, combate mañana...

los buques de guerra, o se desarman o se emplean; los cañones o se disparan o se oxidan;

toda coalición se ensaya por expediciones infructuosas e intervenciones peligrosas;

provoca el fracaso, para castigarlo...

la Conquista no necesita un motivo, sino un pretexto;

y, las coaliciones saben hallarlo;

ellas, son la paz armada;

la paz armada, es la paz calumniada;

la paz armada, es la guerra lenta, sucediendo a la guerra violenta;

Argentina, el Brasil y Chile, han seguido la inevitable rotación de las cosas;

de los ejércitos permanentes, han ido a las coaliciones inminentes;

de las escuadras formidables, irán a las guerras inevitables; *Dura Lex;*

¿contra quién?

ellos mismos no pueden preverlo.

amar la guerra por la guerra, como el ar-

te por el arte, eso es *sport* de pueblos bárbaros, y, sueños de conquistadores primitivos;

hoy, las naciones se arman, se coaligan, y van a la guerra, con un fin no menos cruel, pero sí más alto;

¿cuál será el de la Triple Alianza del Pacífico?

¿hacia dónde dirigirán sus ambiciones, para tener en absoluto el dominio del Plata, y el control indiscutido de los mares del Sur?...

¿qué hace el resto de la América, ante el esfuerzo de aquella Triple Alianza, que mañana llenará el Pacífico con sus flotas formidables, y, las pampas, y las selvas con sus soldados innumerables?

Méjico, se consume en una hoguera;

las repúblicas de Centro América se encelan hasta el coraje, sin pensar en alzar el sueño heroico de Morazán, frente al fantasma de Walker, que aparece sobre el mar;

y, en esos pueblos tristes, y, azotados,

fragmentos de la Colombia antigua, ¿quién piensa en evocar siquiera el sueño del gran libertador: Bolívar?

¿quién se atreve a hablar de la creación de la gran Colombia?

nombrarla es un crimen;

los hombres de hoy son demasiado pequeños, para llevar en sus frentes el peso de tanta gloria;

ese sueño los aplastaría;

sólo un gran soldado amó esa idea, sólo él, habría sido digno de realizarla, y, ese grande hombre, es hoy un muerto: Eloy Alfaro...

¡sólo él tenía entre sus manos, el fragmento de la espada rota de Bolívar!...

¡sólo él habría sido digno de continuar la obra gloriosa del Libertador, y, realizar su sueño!...

en la abyección del momento, la grande idea no tenía sino esa espada.

¡Oh, si esa espada pudiera resucitar!

¡ella realizaría las grandes Epopeyas de la Historia!

¡cómo se alzaría de bella esa Confederación de cinco pueblos, la creación boliviana, el mito heroico!

Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y, Bolivia, en liga ofensiva y, defensiva, dominando dos océanos, pesando con su peso decisivo en las cosas de la América y, del Mundo;

los tiempos han venido en que sería necesario un Hombre, o un Pueblo, que tuviese la superioridad, la iniciativa, la grandeza, el Genio;

todo el pasado de discordia, abdicaría el cetro entre sus manos;

en la esterilidad infame del momento, no hay ese Hombre, ni ese Pueblo.

¡Nadie! ¡Nada!...

cuando el destino quiere castigar una época, la condena a la esterilidad;

el primer síntoma de los pueblos en deca-

dencia, es su imposibilidad absoluta de producir grandes ideas;

y, la señal definitiva de su desaparición, es la impotencia de producir héroes capaces de morir por ellas...

los pueblos mueren con el Ideal que alimentó su vida;

de la ruina misericordiosa de los pueblos, suelen alzarse genios heroicos, que parecen heredar la grandeza del mundo destruído...

¿quién se alzará del fermento de estos pueblos en descomposición?

¡Nadie! ¡Nada!

In Solitudine Vacat Terra...

la tierra está en desolación;

y, las ruinas arraigan en la muerte.

XXIII

Van llegando, van llegando las siniestras hordas trágicas;

de ultra-mar...

las flamantes hordas, vírgenes de combates y victorias;

avezadas en el Crimen, nada más;

de esos bárbaros en marcha, ya se escucha el alarido y, el tropel...

se diría el relincho de mil corceles númidas, olfateando a distancia la yeguada...

los guía el instinto del botín;

los mil morbus ancestrales, de su sangre poligénita, se despiertan y, se avivan a la idea del pillaje...

ya se sueñan posesores, de los campos y ciudades, que el Destino va a entregarles;

sueñan ya en devastaciones, como aquellas que ejercieron, sobre pueblos indefensos más allá del hosco mar;

legionarios de exterminios, sembradores de cenizas, escapados de las ruinas de los campos y ciudades que talaron e incendiaron, en la América latina...;

¿dónde van?

van al campo de batalla...

¿quién las guía?

¿Alarico dónde está?...

surgirá del polvo mismo, que levantan esos bárbaros en marcha...

ya relincha su caballo, sin jinete en la llanura...; él, vendrá;

y, al frente de sus hordas, dictará la ley al mundo...

¡guay del mundo que al dictado del bárbaro se dió!...

el bárbaro, cortará el cuello del mundo;

entretanto, ya sus hordas van llegando; van pasando con marciales actitudes...

sus banderas se despliegan bajo el cielo luminoso de la Francia...

manchas rojas las mancillan;

son las manchas escarlatas de la sangre que vertieron, en los pueblos sin defensa, bajo el cielo tropical...

es la sangre que vertieron en Veracruz, cuando asesinaron en las calles, el pueblo desarmado, y, los cadetes de la Escuela Naval, que cayeron en la actitud heroica de un grupo de Tindáridas;

es la sangre de los hombres, de las mujeres y de los niños asesinados en los campos y, en las ciudades de la República dominicana, diezmada y pillada por sus esbirros sin piedad;

es la sangre liberal, vertida en los campos de Cuba, en una Revolución, que ellos ahogaron, en un Pactolo de oro...

es la sangre de los campesinos y de los

mestizos de Puerto Rico, cazados en los campos y fusilados en las ciudades, porque se niegan a alistarse en los batallones de VOLUNTARIOS, que van a acupar la zona del Istmo, mientras los blondos choriceros de New-York y de Chicago, son mandados a Europa, en busca de laureles, que ya otros conquistaron;

es la sangre de los nicaragüenses épicos, asesinados en Blussffield, en Leon, en Managua, cuando los descendientes de Walker, ocuparon la República, con el pretexto de pacificarla...

es la sangre de los soldados de Mena, cayendo frente al invasor con un gesto de coraje, capaz de hacer palidecer ante la Historia, los héroes de Maratón...;

es la sangre vertida en Panamá;

es la sangre del Presidente Araujo, aquel Abel salvadoreño, asesinado al pie de los volcanes...

es toda esa sangre, vertida por ellos, por

los *Cazadores de pueblos*, por la horda blonda, atenta al toque del cuerno de Odin, en la montaña;

es esa sangre que los aires apacibles de Francia, no logran orear, y, que licuada, cae gota, a gota, sobre las manos que sostienen las banderas, y, las hacen rojas, como las manos de un Verdugo;

a la sombra de esas banderas, tintas en sangre de pueblos oprimidos, avanza la horda sonriente, por los caminos de Francia, y las calles de París;

la histeria nacional, los saluda con aplausos;

la histeria femenil, los saluda con sonrisas;

y, la horda, jocunda y satisfecha, sonríe de placer; y, avanza la horda bélica, con tal aparato de Opera bufa, que si no fuera por la sangre inocente que empapa sus banderas, pediría a gritos, la batuta de Offenbach;

¿a qué vienen los opresores de América?

vienen a *libertar* a Europa;

los que han hollado todos los derechos en los pueblos de América, vienen a defender en Europa, el derecho de los pueblos;

comicidad irritante, que hará un día, enrojecer de vergüenza las páginas de la Historia;

vienen a defender el derecho de las *débiles nacionalidades*, en Europa, ellos, que violan, y, están violando, el *derecho de las débiles nacionalidades*, en América;

vienen a restaurar a Bélgica, ellos que ocupan militarmente a la República Dominicana;

la mitad de su ejército ocupa los territorios oprimidos por ellos en América;

y, con la otra mitad, vienen a libertar, los territorios oprimidos por otros en Europa;

vienen a restaurar la Independencia de Bélgica, ellos, que han arrebatado su Independencia a Cuba, a Haití, a Santo Domingo;

vienen a pelear por la soberanía ultrajada, de Servia, de Montenegro, de Polonia,

ellos, que han ultrajado y arrebatado su Soberanía a los pueblos que acabo de citar...

¿no es eso un sarcasmo irritante, que sólo la locura sanguinaria del mundo actual, puede tomar por un noble gesto de Libertad y Heroísmo?...

¿lo que es la Soberanía de un Pueblo en Europa, no es la Soberanía de un Pueblo en América?

¿las palabras cambian de sentido y, las doctrinas, de esencia, porque las ideas o las cosas a que se refieren, estén cerca o más allá de la línea ecuatorial?...

¿lo que es Verdad, Justicia y Derecho, al lado acá, no lo es al lado allá del Océano Atlántico?...

¿el mar cambia el alma inmutable de las ideas?

tal parece ser la tesis, o al menos es la práctica, de aquellos trogloditas del despojo, que han hecho de nuestra América, el campo

de sus depredaciones, y vienen a hacer en Europa desplantes de Libertad;

ésa es la tesis sostenida por la oratoria de flebotómano, de aquel Pastor del Ridículo, mitad forajido, mitad *clown*, que se llama: Teodoro Roosevelt;

ese janisismo desvergonzado, que muestra un lado de la máscara al Oriente, y el otro al Occidente, es el que les permite venir a Europa, en son de libertadores, a romper las cadenas de los pueblos esclavizados, con las manos callosas y tibias todavía, del roce con las cadenas que pusieron al cuello de los pueblos libres de la América...

vienen a defender la Fe de los Tratados...; ellos, que no tienen otra Fe, que la Fe Púnica, con la cual han cumplido los suyos...

ellos vienen indignados contra Alemania, que violó el Tratado que la unía a Bélgica, y la invadió y la ocupó por razones militares...

y, ¿ellos?

¿qué hicieron del Tratado que les obliga-

ba, no sólo a reconocer la Soberanía de Colombia, sobre el Istmo de Panamá, sino a protegerla contra todos aquellos que quisieran arrebatársela?...

lo violaron ellos mismos;

despojaron la nación que habían jurado proteger;

y, le arrebataron el jirón de tierra, que estaban obligados a defender, por ese mismo Tratado;

esa teoría de los *papieres mouillés*, atribuída a la Cancillería Alemana, era ya, no una teoría, sino una doctrina, consagrada y, practicada en el Capitolio de Wáshington, por esos seres corpusculares, que allí se llaman Hombres de Estado...

¿son esos insolentes violadores de los Tratados internacionales en América, los que vienen a velar por el cumplimiento de los Tratados internacionales en Europa?...

irritante Osadía, que si el mundo actual, fuera algo más que un campo de gladiadores

en orgasmo, habría sido castigada, rechazando el concurso de los bárbaros en marcha, que no tienen ningún derecho a decirse defensores de una Civilización, que ellos violaron...

si la Europa contemporánea, es bastante desgraciada, para no denunciar o no recordar estas felonías históricas ¿por qué la América contemporánea, finge olvidarlas, y, una parte de su prensa, en vez de recordarlas, no tiene sino tartamudeos de admiración para ese pueblo, capaz de todas las audacias, que ha vivido, vuelta la faz hacia el Sur de América, amenazándola con sus puños de jayán, o ha avanzado sobre ella, rompiendo y aplastando los pueblos débiles, bajo sus pezuñas de búfalos, hechos súbitamente rapaces?...

¿y, son esta falanges hecatonquiras, de sacrificadores de pueblos en América, las que vienen a defender los pueblos sacrificados en Europa?...

si es un crimen ocupar militarmente, un

país como Bélgica, ¿por qué ocupan ellos, militarmente un país como Santo Domingo?

los alemanes ocuparon a Bélgica por *razones militares;*

¿qué razones militares pudieron obligar a los Estados Unidos, a ocupar a Santo Domingo, cuando ellos estaban en plena paz, sin enemigo ninguno que amenazara sus fronteras?...

¿cómo osan ellos venir en son de protesta contra las ocupaciones y los gobiernos militares establecidos en países conquistados, cuando ellos ocupan militarmente países que no son suyos, y, ejercen sobre esos países el más brutal despotismo, en nombre de la Conquista?

¡de ese *derecho* de Conquista que ellos vienen a combatir!...

Gobierno Militar *Military Goverment of Santo Domingo*, es el Gobierno de Fuerza y de Conquista que han establecido en la Isla;

oíd, el Decreto, por el cual, el Capitán de

Nawd, H. S. Knapp... después de desterrado el Presidente Henríquez Carvajal, despoja a los dominicanos del derecho de ejercer los puestos públicos:

GOBIERNO MILITAR DE SANTO DOMINGO

ORDEN EJECUTIVA

1.° Siendo necesario a los propósitos de la OCUPACIÓN, que los Despachos de Secretario de Estado, de los Departamentos de Guerra y Marina y de Interior y Policía, no continúe bajo la Administración de ciudadanos dominicanos, sino que sean administrados por Oficiales de las fuerzas de Ocupación de los Estados Unidos:

2.° Se ordena que, hasta nuevo aviso, los ciudadanos dominicanos no son elegibles para desempeñar esos Despachos, y, cesan en el desempeño de ellos, los cuales quedan encomandados al Coronel I. H. Pendleton, U. S.

M. C. Jefe de las Fuerzas de los Estados Unidos desembarcadas en Santo Domingo.

(firmado) H. S. KNAPP (1).

a este decreto en que el CAPITÁN Knapp, nombra al CORONEL Pendleton, Ministro General del Gobierno Usurpador, han seguido otros que no es del caso reproducir dividiendo y subdividiendo esos ministerios, y nombrando para desempeñarlos a los oficiales de los diversos buques anclados en la bahía de Santo Domingo, dándose el caso, de que hoy sea Ministro de Relaciones Exteriores, un Teniente de Navío, que no sabe hablar el español y se comunica en inglés, con los cónsules dominicanos, residentes en Europa;

¿y, esa orgía de marinos en tierra firme, es lo que se llama, cínicamente: Gobierno de

(1) Tomado de la Gaceta Oficial de Santo Domingo, de 9 de diciembre de 1916.

Ocupación de los Estados Unidos, en la República Dominicana?...

¿han hecho algo distinto o siquiera semejante los ocupantes de las pequeñas naciones violadas y vencidas en Europa y cuya libertad y Autonomía, vienen ellos a defender?

yo no defiendo ni disculpo los invasores de las pequeñas nacionalidades en Europa;

yo, acuso a los invasores y defensores de las pequeñas nacionalidades en América;

y, les niego el derecho, de venir a libertar naciones oprimidas, mientras no hayan vuelto su libertad a las naciones que ellos oprimen;

yo, acuso esa Oligarquía de pecheros, que desde el Capitolio de Wáshington, habla al mundo de Libertad, ejerciendo la Tiranía;

yo, le niego el derecho de hablar contra las guerras de Conquista, mientras ella ejerza la Conquista en países que no han tenido siquiera fuerzas para hacer la guerra...

yo, les niego el derecho de hablar de li-

bertad de los pueblos, mientras ellos tengan agarrotados pueblos libres en América...

mientras Cuba sea un país sin soberanía, estrangulado por el dogal de la enmienda Platt;

mientras Puerto Rico sea una Isla Esclava, a cuyos mejores hijos se da una sombra de ciudadanía ultrajante, que no habría tenido aceptación en un mercado de esclavos, y sin embargo tienen que aceptarla para no morir cazados como ilotas, por las carabinas de sus conquistadores, bajo los cafetales próvidos;

mientras Panamá, tenga una soberanía, Irrita, y, sus hijos sean ayuntados para ir a servir en la zona militar, defendiendo los intereses de sus opresores;

mientras Santo Domingo, sea esclava bajo su dominación...; yo niego a los Estados Unidos, el derecho de hablar de Libertad, y, el más glorioso aún, de combatir por ella...

no;

si uno solo de los opresores de América llegara a morir combatiendo por la Libertad, los cadáveres de los héroes que duermen bajo la tierra, se alzarían indignados de aquella Prostitución del Heroísmo, y huirían del Intruso, que así venía a deshonrar su sacrificio...

no;

un Pueblo, que ha deshonrado así la Vida, no tiene derecho a deshonrar la Muerte...

yo se lo niego;

en nombre de aquellos que han muerto, y, que mueren, asesinados por ellos, más allá del Mar...

XXIV

Porque fueron los salvajes agresores de los pueblos;

porque fueron los que hollaron el derecho de los débiles;

porque fueron los que nunca conocieron la Piedad;

porque fueron los que en días no muy lejanos, a los pueblos extenuados apretaron la garganta, y en sus pechos lacerados, les pusieron rudo el pie;

porque fueron los que a Cuba, engañaron en sus sueños de anhelada Libertad, y, le dieron, como cambio de su antiguo colonia-

je, esa Ley de Servidumbre que se llama Enmienda Platt;

porque ellos a Colombia oprimida desmembraron, arrancándole un jirón de su antiguo territorio (1), que en virtud de un Tratado (2), deberían proteger;

porque ellos, a ese Istmo noble y bueno traicionaron, despojaron de sus tierras, le quitaron una zona enorme y rica, y la hicieron tierra suya, y clavaron sobre ella, su bandera desleal;

porque ellos, comerciaron en revueltas asesinas en la América Central;

y, el espíritu de Walcker, el salvaje aventurero, guió muchas carabelas de piratas hudsonianos, a través de nuestros mares sin defensa;

porque ellos negociaron con la sangre de

---

(1) Panamá.

(2) El Tratado de 1846, entre la entonces República de Nueva Granada, y los Estados Unidos.

esos pueblos, y, después encadenaron al vencido...

¿no lo hicieron así, en Nicaragua, el pueblo heroico y, bravío, que se vió arrebatar una a una, las cinco perlas de sus lagos, por la avidez de esos fenicios ansiosos de abrirse un nuevo camino hacia los mares de Balboa, atravesando el corazón leal de aquel pueblo que creyó en ellos, y, hoy ruge de coraje, engañado y descoronado al pie del Momotombo?

porque ellos alentaron las revueltas en México, creyendo dominarlo después de anarquizarlo; lo desangraron primero y cayeron un día sobre él, dispuestos a vencerlo...; y fueron ruidosamente, estrepitosamente, ignominiosamente, vencidos...

y aun hace sombra en el horizonte, el vuelo de las águilas yankis, perseguidas por las águilas aztecas...

vencidas y fugitivas, llegaron al capitolio de Wáshington, maltrechas las alas ensan-

grentadas y llenas aún las pupilas del pavor de la Derrota...

sueñan con las futuras revanchas, cuando vuelvan de Europa, vencedoras o vencidas...

¡guay, de las águilas aztecas, si no afilan los picos y las garras!...

. . . . . .

ellos mantuvieron la Discordia en estado latente en Santo Domingo, hicieron endémica la revuelta alentando y protegiendo por turno a todos los caudillos rebeldes, o los cabecillas usurpadores, desde Morales hasta Jiménez; agotaron la sangre y las lágrimas insulares, y, cuando después de quince años de ese infame tráfico, vieron la presa ya exhausta y vencida, cayeron sobre ella, la ocuparon militarmente, y la llenaron de exacciones, de asesinatos de luto y de ignominia;

y, allí están, con las garras clavadas sobre la esmeralda virgen de la Isla, hecha roja por la sangre de los asesinatos, y, por las humi-

llaciones a que los Procónsules exactores, la someten...

por sus crímenes contra la Civilización;

por sus violencias contra la Libertad;

por sus atentados contra la Independencia de los pueblos;

por ser la amenaza de la América latina, hoy;

y tal vez la muerte del latinismo en América, mañana...;

he ahí por qué los pueblos de la América, vuelven la espalda a los requerimientos pérfidos, del Presidente Wilson, para acompañar a su país en esta aventura, en la cual han entrado, no con el designio de libertar a Europa, hoy, sino con el de esclavizar a la América, mañana;

es por eso, que la República Argentina con una rara lucidez de criterio y consciente de sus destinos futuros, que la llaman a ejercer la hegemonía de la raza y de los pueblos latinos, en América, se ha negado a hacerse

un satélite, de la política de Wáshington, de la cual está llamada mañana a ser la rival histórica;

porque el duelo de las civilizaciones mañana, ese duelo formidable de dos razas, se librará entre Roma y Cartago.

Roma, a las riberas del Plata, y, Cartago a las riberas del Hudson;

eso lo saben los hombres de Estado de la República platense, y, se reservan, impidiendo que su país se haga caudatario de los Estados Unidos, en esta aventura de mercaderes, que vienen a Europa, a cobrar con las armas en la mano, los intereses del oro, que han prestado a los pueblos combatientes...

es también con los ojos fijos en los horizontes esotéricos y tormentosos del mañana, que Chile, serio y fuerte, permanece neutral, haciéndose sordo a los cantos de la Sirena de Wáshington;

es por eso, que México, restañando la sangre de sus recientes heridas, se niega a figu-

rar en la guardia de alabarderos, con que el Presidente Wilson, quiere presentarse ante Europa, como árbitro de los destinos de América, con su corte de Presidentes, que le rinden vasallaje.

México, sabe que los Estados Unidos, no se aunan contra Europa, sino contra América; que esta Opera bufa de la Intervención, no ha sido ideada, sino como un pretexto para levantar ejércitos con que aplastar la América latina; que sus recientes derrotas en México, enseñaron a los Estados Unidos la necesidad de armarse, ¿contra quién? contra México primero, y, contra el resto de América después.

México, es el baluarte de la Raza;

es por eso que el Salvador, esa Grecia latina, enclavada en el corazón de la América, no ha querido sumarse al movimiento de coloniaje y al motín de servidumbre, de los pueblos que lo circundan, y permanece, con el arma al brazo, al pie de sus volcanes recién

abiertos, atento a los veredictos del mañana, sin sumarse a los pocos pueblos, que la necesidad o la ineptitud, ha hecho feudatarios de la política wilsoniana;

es por eso que Colombia, con sus seis millones de hombres y, sus costas enormes sobre los dos mares, se niega a olvidar su ultraje, y, a unirse a sus despojadores de ayer;

es, por eso que Venezuela, esa colmena inagotable de héroes, permanece atenta al eco del clarín que ha de sonar, y no acude a la llamada de Wáshington, para hacer en su Capitolio, guardia de honor a los verdugos de la República Dominicana...

si la República Argentina;

si México;

si Chile;

si Colombia;

si el Salvador;

si Venezuela...

permanecen neutrales, sin dejarse atraer a la órbita de acción, de la política yanki, no

es por desamor al ideal latino, ni a los pueblos latinos que combaten en Europa...

no;

es por previsión y por temor;

sí;

por temor al yanki aventurero; a su orgullo, a su rapacidad de pueblo conquistador;

¡ay de la América, si un solo ramo de laurel, llega a coronar la frente de aquel Pueblo Proditorio!

es por eso, que al día siguiente, a aquel en que los Estados Unidos entraron en la guerra, la conciencia de América cambió de rumbo;

no fué contra los aliados;

pero, no fué ya hacia los aliados...

¿por qué?

porque un nuevo peligro había nacido;

el peligro más grande que podía amenazar la suerte de esos pueblos;

la Victoria de los Yankis;

si ellos que han venido a Europa, creyen-

do sumarse a un grupo de vencedores, obtienen la victoria... ¿qué será de la América latina? ¿qué de su Independencia? ¿qué de su Libertad?...

si esos millones de hombres regresan vencedores a la América suya ¿contra quién se emplearían sino contra la América nuestra?

ellos han venido a Europa, a pedir su parte de botín, en el reparto;

el pedazo de carne, pedido por la avaricia de Sylock.

ellos, no piden nada en Europa;

no piden, sino la América;

la América será su botín...

la Europa, no podrá negársela;

no se niega nada a un acreedor que tiene dos millones de hombres en casa de sus deudores, para cobrar con las armas en la mano;

los países de Europa, no se han apercibido de este cambio, o fingen no apercibirse;

no están ellos para estudios de psicología colectiva en este instante trágico;

pero harán mal en creer, si creen, que esa escolta de Presidentes latino-americanos que con librea de la Casa Blanca, rodean al Presidente Wilson, es una escolta de pueblos;

en esos países de América, los pueblos y, los gobiernos son casi siempre antípodas;

no palpita casi nunca, el corazón de esos pueblos, bajo el damasco y los alamares del Solio Presidencial;

si los Pretores del Presidente Wilson, han dicho su última palabra...; los pueblos, no la han dicho aún...

ese Silencio, aumenta la Soledad de los Estados Unidos...

aislados en sus designios...

aislados en su Crimen...

su Soledad, es como la lepra de Philoctetes: un castigo, unido a otro castigo...

es necesario que el mundo lo sepa...

la América latina, no está con los Estados Unidos;

la América está, contra los Estados Unidos...

ese coloniaje adventicio, que ellos quieren hacer aparecer, como un grupo de pueblos que lo rodean, no es sino un grupo de gobiernos que las necesidades del momento, colocan en esa actitud;

tras de los enchamarrados pintorescos de ese grupo netamente oficial, están los pueblos, silenciosos y, amenazantes, apercibidos a defenderse, de su Unico Enemigo: los Estados Unidos.

esos pueblos limpian en silencio las banderas que han de desplegar mañana, contra la bandera estrellada;

contra ese Pueblo Opresor, que sembró su pabellón de estrellas, para demostrar, que es capaz de pillarlo todo: hasta las soledades del cielo.

FIN

Obras completas de Vargas Vila

EDICIÓN DEFINITIVA

1. La Simiente.
2. Ibis.
3. Sobre las Viñas Muertas.
4. Alba Roja.
5. María Magdalena.
6. Aura o las Violetas.
7. Los Discípulos de Emaüs.
8. Los Estetas de Teópolis.
9. Sombras de Águilas.
10. El Camino del triunfo.
11. La Conquista de Bizancio.
12. El Minotauro.
13. Las Rosas de la Tarde.
14. Flor del fango.
15. La Demencia de Job.
16. Los Parias.
17. De sus Lises y de sus Rosas.
18. La Voz de las Horas.
19. Archipiélago Sonoro.
20. Lirio Blanco.
21. Huerto Agnóstico.
22. Lirio Rojo.
23. Lirio Negro.
24. Salomé.
25. De los Viñedos de la Eternidad.
26. Horario Reflexivo.
27. El Final de un Sueño.
28. La Ubre de la Loba.
29. Los Divinos y los Humanos.
30. Cachorro de León.
31. El Sendero de las Almas.
32. Libre Estética.
33. El Ritmo de la Vida.
34. Los Césares de la decadencia.
35. Rubén Darío.
36. La República romana.
37. La Muerte del Cóndor.
38. Copos de Espuma.
39. Verbo de Admonición y de Combate.
40. Del Rosal Pensante.
41. En las Zarzas del Horeb.
42. Ars-Verba.
43. El Huerto del Silencio.
44. Laureles Rojos.
45. Prosas-Laudes.
46. Pretéritas.
47. Clepsidra Roja.
48. Belona Dea Orbi.
49. Saudades tácitas.
50. Históricas y Políticas.
51. Prosas Selectas.
52. Polen Lírico.
53. Gestos de vida.
54. El Imperio Romano.
55. Ante los Bárbaros.